









# Akbal

Édgar A. Rivera

FONDO   
EDITORIAL  
TAMAULIPAS

*Akbal*

© Édgar A. Rivera

Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-80-4

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Dr. Américo Villarreal Anaya

*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Dra. Silvia Lucero Casas González

*Secretaria de Bienestar Social*

Mtro. Héctor Romero Lecanda

*Director general del*

*Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Mtro. Julio Andrés García Pesina

*Director de Publicaciones y Fomento Literario*

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles

Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán

Edición y corrección: Patricia Guzmán Rosiles y

José Alfredo Barriga Juárez

Diseño de forros e ilustración: Manuel Tovar Campos

La colección *Altas Llamas* debe su nombre a la novela *Casa de altas llamas*, de Juan José Amador. Esta colección reúne obras narrativas y ensayísticas de escritores tamaulipecos, seleccionadas mediante convocatoria abierta del Programa Editorial Tamaulipas 2025.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y

Gaspar de la Garza 421, zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000

Tel. 834 315 2977

Derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Altas llamas**, una colección que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de autoras y autores tamaulipecos.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento y la mirada crítica de nuestras comunidades. La literatura es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué soñamos y qué defendemos, y en Tamaulipas creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de diálogo y resistencia. Por eso, defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

A quienes hoy publican sus obras gracias a esta convocatoria, les extiendo mi más sincera felicitación. Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

**Dr. Américo Villarreal Anaya**

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas



Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, se convocó a las escritoras y escritores de nuestro estado a participar en el Programa Editorial Tamaulipas 2025. Celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

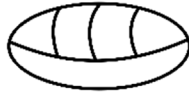
Por eso este programa no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

Quienes publican gracias a esta convocatoria demuestran un compromiso tanto con su obra como con la generosidad de compartirla con otros. En estas obras, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

**Mtro. Héctor Romero Lecanda**

Director General del Instituto Tamaulipeco  
para la Cultura y las Artes





El hombre corrió a través de la selva tan rápido como sus desgastadas piernas le permitieron. Jadeaba, llevaba el taparrabo cubierto de sudor y polvo con el pecho y los brazos descubiertos arañados por las ramas y los pies descalzos ardiéndole y sangrando. Faltaba poco, adelante se encontraba una aldea, o eso creía recordar, entre la confusión y la incredulidad dudaba de haber tomado la dirección correcta. Se detuvo para darse un respiro y mirar atrás. Estaba solo, no se había percatado del momento en el que se separó del grupo. Se preguntó si se había rezagado, perdido o si habían capturado al resto. No escuchó nada ni aves ni insectos; la selva padecía un silencio insólito, quebrantado solo por la respiración agitada y el palpitar de su corazón acelerado. Llevó la mano al pecho e intentó tranquilizarse, inhaló profundo y exhaló un par de veces, pero era inútil, no podía olvidar lo que había visto, la mano le tembló y de su boca escapó un sollozo. ¿Era posible que alucinara todo a causa de la bebida? Se cubrió los labios con ambas manos, guardó silencio y permaneció atento. Partículas de polvo flotaban a la luz de la luna que se filtraba entre el follaje, nada se movía frente a él. Sin embargo, persistía la sensación de ser observado,

quizás estaban ahí ahora mismo, rodeándolo al abrigo de las sombras, esperando el momento para atacar.

No era seguro permanecer estático durante mucho tiempo, era casi un hecho que vinieron detrás o, tal vez, no. Quizás, no lo habían visto. O quizás, lo mejor era echarse en la tierra, reclinar la cabeza sobre un montón de hojas y entregarse al sueño. No había una parte de su cuerpo que no le doliera, necesitaba descansar. Esto solo podía ser una pesadilla, los dioses lo castigaban por beber demasiado como de costumbre. Mañana despertaría en su casa con algo de resaca, al lado de su esposa y con su pequeño hijo descansando sobre los cuerpos de ambos, con la cabeza en la barriga de él y los pies sobre la madre. Casi podía escuchar la tierra seca bajo sus pies rogándole que se recostase. Recordó los rostros, su mirada abismal y los riachuelos negros y carmesí brotando de sonrisas mordaces. Lo vieron y fueron tras él, pero, era probable que ya los hubiera dejado atrás, se alejó bastante, más de lo que jamás imaginó podía andar en una sola noche. Unos minutos bastarían, cerraría los ojos un momento y tomaría fuerza para seguir su camino. El chillido y el aleteo de un murciélago sobre su cabeza le causó un sobresalto y evitó que cayera desmayado.

Faltaba poco para llegar a la aldea y se obligó a seguir caminando. Arrastró los pies por largo rato hasta llegar a una pendiente rocosa donde el bosque terminó de tajo y escuchó a su derecha no muy lejos de ahí, el romper de las olas en la playa. Le pareció distinguir la punta de algunas canoas sobre la arena, apenas sobresaliendo de la espesa vegetación. Se dio un par de golpes en las mejillas y se talló los ojos, echó un vistazo rápido sobre la hondonada frente a él y se estremeció de gusto. Detrás de las dunas, reconoció la silueta de casas danzando sobre el follaje alto, trazadas por el fulgor de llamas tenues.

Los ojos se le humedecieron y dio gracias a Itzamná, a Yum Kaax y a Chaac, sus dioses, por permitirle llegar a salvo hasta ese lugar. Buscó un camino para bajar, las rocas eran afiladas y descender por ahí representaba un esfuerzo muy grande, lo más seguro sería rodear por una ladera, aunque le llevara más tiempo. Se disponía a iniciar el descenso cuando sintió que lo jalaban de un pie.

Azotó contra el suelo sin que le diera tiempo de meter las manos. Golpeó su rostro contra una piedra, le brotó sangre de la nariz y los labios. De cara al suelo no pudo ver más la playa, ni los cultivos, ni los fuegos y la claridad de la luna se esfumó cuando lo arrastraron del tobillo y lo internaron de regreso a la espesura de la selva. Desesperado buscó algo de que aferrarse, los dedos se hundieron en la tierra sin lograr sujetarse a nada. Gimoteó e intentó gritar por ayuda, pero sus alaridos eran débiles y no había nadie cerca para socorrerlo. Fue liberado por un momento e intentó levantarse, estiró los brazos y se apoyó en las rodillas, quería correr, mas no tenía fuerza para hacerlo. De pronto, algo o alguien tiró de su larga cabellera y cayó de espalda. El golpe lo dejó sin aire, tosió un par de veces, gimiendo, apretando los ojos empapados, rogando al cielo despertar de aquel mal sueño.

Creyó alucinar, sentía que algo acariciaba su boca. Abrió los ojos y vio a una mujer desnuda y en cuclillas junto a él. Tenía el rostro y el cuerpo lleno de polvo, con hojas secas y pequeñas ramitas atoradas entre los nudos de su cabello suelto y alborotado. Dos colmillos afilados sobresalían de su mandíbula inferior. La mujer le introdujo un dedo en la boca y rozó el interior de sus labios, recogió sangre con la yema y lo acercó a su propia lengua para saborear, sonrió y sus ojos negros como obsidiana brillaron a la luz de la luna. El hombre sintió ardor

en el pecho, una segunda mujer lo rasgó con la uña amarillenta desde el cuello hasta el abdomen, dibujando un hilo rojo titilante a su paso. El hombre quiso responder con una patada, pero la misma mujer le sostuvo ambos pies con las manos y lo sometió de un tirón, luego le separó las piernas mientras abría el hocico revelando dos pares de colmillos alargados, babeando y retorciendo la lengua a medida que se acercaba lentamente al área del taparrabos. La mujer a su lado lo jaló con fuerza de la mano quebrándole los dedos hacia atrás, mientras acariciaba su antebrazo. Después lamió su muñeca haciendo pequeños círculos con la lengua, llevándola de abajo hacia arriba una y otra vez. El hombre intentó propinarle un puñetazo en un último y patético intento por defenderse, cuando de pronto recibió un pisotón en la cara y sintió la presión de alguien inmovilizándole el brazo con el pie.

La tercera mujer era mucho más alta, de piel pálida y de cabellos como fuego. Los ojos negros idénticos a los de las otras dos lo miraron con gesto desafiante. El hombre sintió dos manos recorrer sus piernas hasta los glúteos, la calidez del aliento en su entrepierna y luego una punzada en el muslo interior izquierdo que lo adormeció. No sintió la segunda mordida que recibió en el brazo, ni pudo ver la manera en que ambas creaturas se retorcían de placer mientras le drenaban las arterias. Comenzó a perder el sentido de la realidad, solo sabía que estaba muy cansado y necesitaba dormir; cerró los ojos y pensó en su mujer, imaginó la cabeza de su niño reposando sobre su abdomen y escuchó la voz del pequeño llamándolo con dulzura desde Xibalbá.

Pasado el frenesí de la sangre, las dos mujeres se des-pabilaron un poco y se acercaron cautelosas a la pendiente de rocas. Observaron los techos de palma y las paredes de barro

de las casas de la aldea frente a ellas, escucharon a las personas que las habitaban y sintieron hambre de nuevo. Se pusieron en marcha andando a cuatro patas por entre las rocas, pero no llegaron muy lejos. Se detuvieron al mismo tiempo, obedeciendo al llamado, un susurro, menos que un murmullo entre las hojas, un suspiro en el viento que se les metía en la cabeza y no les permitía ver nada más. Regresaron a la selva, a gatas, arrastrando la cabeza por el suelo. La mujer pálida veía el cielo que comenzaba a clarear, dio un último vistazo a la aldea que acababan de descubrir, acomodó sus cabellos rojizos detrás de la oreja y se relamió los labios pensando en el manjar que les esperaba la noche siguiente. Chistó y las otras dos comenzaron a cavar un hoyo con sus garras. Allá abajo las familias se levantaban y salían de sus casas, listas para comenzar un día de trabajo como cualquier otro, ajenas a la amenaza que aquel hombre había conducido hasta sus hogares.





Se movió lento y pesado sobre las hojas y el barro, con sus ojos negros diminutos centrados en el alimento, ajenos al peligro que lo acechaba. Abrió el hocico, dejando ver sus colmillos rectos y hurgó con la trompa en busca de raíces. Parecía entusiasmado, sacudiendo el largo pelaje gris y haciendo ruidos que imaginé, eran de felicidad. Se alejó demasiado de sus semejantes, guiado por el hambre, y renunció sin quererlo a la seguridad que le daba la piara. Respiré hondo, sostuve el arma con la mano derecha, me equilibré levantando el brazo izquierdo por delante de mí, me incliné hacia atrás para tomar vuelo arqueando la espalda y di un paso al frente. Una ramita se quebró bajo el peso de mi pie y el animal se puso en alerta. Arrojé la lanza con todas mis fuerzas. El alargado proyectil con punta de obsidiana voló a través de las ramas bajas con un zumbido de latigazo y se clavó en el lodo a cinco pasos del pecarí. El animal hundió las patas antes de pegar un brinco y huir despavorido, chillando y advirtiéndole de nuestra presencia a toda la manada. Corrí para alcanzar mi arma, pero resbalé en el fango y caí de nalgas. Apoyándome en mi lanza intenté levantarme del suelo resbaladizo y tardé demasiado, cuando encontré mi objetivo, ya era tarde. El pecarí chillaba tirado sobre un costado con una lanza clavada por encima del vientre. Nahil salió por detrás de los helechos

y agarró al animal de las orejas, con un hábil movimiento le enterró su cuchillo bajo la axila izquierda y el animal se hundió en un gemido triste mientras luchaba inútilmente por respirar y la sangre se le escapaba del cuerpo. Taat se acercó a mí.

—Ya puedes bajar el arma Akbal —me dio un par de palmadas en la espalda—. Relaja el cuerpo, tu hermano ya se ha encargado. Te adelantaste, hiciste mucho ruido. Recuerda lo que te hemos dicho, respira profundo, en calma, y espera el momento.

—¡Qué importa ya! Tenemos comida, gracias a Nahil —apreté mis dedos alrededor la lanza— ¿Podemos regresar a casa ahora?

Taat retiró las manos de mi espalda y resopló ladeando la cabeza. Busqué su mirada queriendo disculparme por interrumpirlo y elevar la voz, pero ya iba en camino a ayudar a Nahil que tenía problemas para elevar al animal de un árbol y desangrarlo por completo.

—Trae las cuerdas Akbal —me dijo taat en tono muy rígido.

Bajé la punta de mi lanza y la clave con fuerza en el lodo. Después de unos minutos cuando el cuello cercenado del pecarí dejó de gotear, lo amarramos a una rama gruesa y alargada que mi padre cortó con su cuchillo, para que mi hermano y yo lo transportáramos en hombros.

—No te detengas huesitos, ni te vayas a resbalar otra vez.

—Cierra la boca Nahil. Tonto, me robaste la presa.

—No te robé nada, tú la habías dejado ir, pero si tanto la quieres puedes cargarla tú solo.

—Silencio. No importa quien lo haya matado, esa carne nos fue dada por los dioses para la comunidad, no es de ninguno de ustedes.

Casi llegábamos a la aldea caminando cerca de la playa, donde el camino era más fácil de transitar a pesar de ser un poco más largo cuando un silbido alto y sostenido emergió de los árboles a nuestra izquierda. Taat respondió la señal con otro silbido igual de pronunciado.

Nos detuvimos, mi hermano y yo bajamos nuestra carga para esperar a que nos alcanzaran.

Eran tres hombres. El mayor de cabellera blanca caminaba al frente, otro lo seguía con una canasta a la espalda y detrás venía el más joven, Kinich, con una vara sobre los hombros de la cual colgaban a cada lado dos pescados muy grandes de escamas color turquesa.

—El sol sea siempre con ustedes compañeros —dijo el de cabellos blancos.

—Y con ustedes —contestó mi taat.

—Akbal, Nahil, qué gusto, los dioses los han favorecido —nos dijo el muchacho.

—Kinich a ustedes también les ha ido muy bien hoy —le contesté sonriendo.

Kinich tenía mi edad y era una de las pocas personas en las que confiaba plenamente. Mi hermano, que se creía mayor de lo que realmente era, le dio una palmada a Kinich en el hombro y fue detrás de taat para escuchar la conversación de los mayores con atención, sonriendo y asintiendo a lo que los tres decían, pero absteniéndose de participar él mismo.

—¿Lo has matado tú esta vez? —preguntó Kinich. No hizo falta que le contestara, debió ver la respuesta en mi rostro—. Te adelantaste de nuevo, ¿verdad? Será para la próxima, no te desanimes. ¿Qué te pasa, qué te preocupa?

Miré al cielo, el sol ya había pasado su punto más alto y comenzaba el descenso. Esperaba que los mayores no demoraran

demasiado con su charla, necesitaba volver pronto para cumplir con la promesa que le había hecho a Yatzil el día anterior.

—Nada, es solo que necesito volver pronto a la aldea, tengo... algo importante que atender.

—La sigues buscando ¿eh? Debes tener más cuidado con ese asunto o los descubrirán.

—Les ha ido muy bien, esta noche habrá comida de sobra —señalé los pescados.

—En realidad esto es para el Konol. Hoy pasa cerca del pueblo en su camino al sur y esperamos hacer un buen trato.

Taat se acercó, sujetó ambas lanzas a la vara donde colgaba el animal y dio órdenes.

—Nahil lleva el pecarí a la casa y comienza a quitarle la piel. Akbal tú y yo iremos al camino de piedra junto con Kinich y su familia.

El viaje para encontrarnos con el mercader podría extenderse horas, no creí que pudiéramos regresar a la aldea antes del anochecer.

—No —contesté sin pensarlo.

Taat se sorprendió por mi respuesta y su rostro se tensó.

—Por favor... deja que yo lleve el pecarí a casa. Nahil ya le dio muerte, déjame a mí hacer este trabajo.

—No querrás presumir en la aldea que tú lo has matado, ¿verdad? —inquirió Nahil.

—Calla, hijo. Tu hermano no haría eso.

Noté un aire de duda en su gesto.

—Por favor, deja que yo lo lleve, que Nahil te acompañe.

—¿Crees poder con la carga tú solo? —preguntó taat.

—Claro —mentí.

—Está bien. Lleva tú el pecarí a la aldea y ayúdala a tu tío a preparar la carne y el fuego, toma mi cuchillo, amárratelo

a la cadera. Nahil y yo vamos a acompañar a nuestros amigos al camino de piedra. Volveremos pronto, asegúrate de ayudar a tu tío.

Me fue imposible levantar al pecarí yo solo, apenas si podía hacerlo con la ayuda de mi hermano. Arrastré al animal por la tierra y las hojas, tirando de la rama y las lanzas con todas mis fuerzas. Tardé mucho más de lo que hubiera deseado, los hombros me dolieron, pero no me detuve. A cada paso, con cada tirón, me convencía que aún podía llegar a tiempo, solo tenía que esforzarme un poco más. Al entrar al claro donde se levantaba nuestra aldea descansé un poco. Sin haberlo planeado, llegué por detrás de la casa de Yatzil, guiado por los designios de mi corazón. Tomé aire y apreté la rama contra mi cuerpo por debajo del brazo, di un tirón y traté de hacerme el fuerte al pasar frente a la choza, echando un vistazo adentro por si acaso la veía, pero no fue así. Su na' se dio cuenta de que intentaba ver hacia dentro. No me dijo nada, solo levantó la barbilla, frunció el ceño y enchuecó la boca como hacía siempre que me veía para darse a entender.

Continué jalando al pecarí que parecía pesar cada vez más.

—¡Corre Akbal! ¡Más rápido! ¡Vamos, vamos!

Unos niños se treparon sobre el animal sin que me diera cuenta para que los llevara en rastra.

Los paseé brevemente, di un giro rápido y por poco los hago caer.

—Listo chaneques, bájense ya que no tengo tiempo. Otro día seguimos jugando

Los pequeños se bajaron con fingida tristeza y se fueron corriendo entre risas. Vi dibujada en la tierra la línea recta que el pecarí dejó detrás de mí, dividiendo por la mitad a la aldea

desde la casa de Yatzil hasta la casa de mis tíos, quienes vivían en una choza junto a la de mi familia. Ahí sentadas entre ambas casas, estaban mi tía y mi na'. Na' tejía sobre su panza abultada y mi tía arrullaba a su nené en brazos. Cuando me acerqué, mi tía dijo algo que no alcancé a escuchar y de espaldas de mi na' salió Itsin de un brinco, corriendo con sus pies descalzos y cabello recogido a toda velocidad hacia el interior de nuestra casa. Al poco tiempo la pequeña volvió con un vasito de barro pintado, na' vació en él un poco de agua fresca de papaya de una vasija que tenía junto a ella y me la trajo.

—Ten hijo, veo que vienes acalorado batallando con ese animal. ¿Dónde están taat y tu hermano?

Bebí desesperado y miré por encima de los árboles grandes hacia el risco que se elevaba a lo lejos. Me pregunté si Yatzil ya habría partido.

—Fueron con la familia de Kinich al camino de piedra —le contesté a na' con un poco de agua de papaya escurriéndome por el mentón—. ¿Cuándo va a enseñarme a tejer como usted?

—¿Qué cosas dices muchacho? Eso es cosa de mujeres, usted concéntrese en aprender la caza o la pesca.

—No, pesca no. Primero tiene que aprender a nadar —dijo mi tía recogiendo el vaso de entre mis manos.

Na' me hizo una mueca y se metió en nuestra choza con mi hermana. Mi tía arrullaba con un brazo a su hijo y susurraba una canción en su oído para que se durmiera. Me acerqué a él para acariciarlo. Mi primito me sonrió con un par de ojitos brillantes que se asomaban entre las tablillas que apretaban su cabeza.

—Estas bien pelón nené, pareces hueso de aguacate,  
La mano de mi tío me sorprendió al jalar de mi cabello.

—Pues tiene mucho más cabello del que tenías tú cuando naciste ¿Tú has traído eso? Sabía que tarde o temprano podrías con la caza. ¡Pero mira cómo lo traes! Todo mugroso, lleno de lodo y hojas.

Mi tía entró a su choza arrullando al nené que comenzaba a llorar.

—Ese niño no sabe hacer otra cosa que no sea llorar o mamar. Anda, vamos a preparar la carne.

—Lo siento tío, yo debo atender otro encargo.

—¿Ah sí?

—Sí, tengo que... —tomé las lanzas atadas al animal y otra más que estaba frente a la puerta de mi casa, las anudé y las colgué a mi espalda— tengo que afilar las puntas de las lanzas. Eché a perder varias hoy, lo siento, tengo que hacerlo.

No me sentía cómodo mintiéndole, él siempre había sido bueno conmigo, aun cuando sus juegos fueran bruscos y jalara de mi cabello. Él me había enseñado a tallar la madera y la roca y le hubiera ayudado pero el tiempo apenas no bastaba si quería cumplir mi promesa.

—Mi hermano piensa que porque ustedes cazan yo debo preparar al animal solo. Y con el sueño que tengo, ese nené no me deja dormir...

Mi tío era mayor que mi padre y se casó antes que él, pero, aun así, este era su primer hijo. El pobre la había pasado muy mal desde que el pequeño nació, siempre se le veía cansado y distraído, aunque también, más sonriente. Aproveché el momento en el que dio un largo bostezo y se rascó la cabeza con los ojos cerrados para echarme a correr. Miré al cielo, el sol se precipitaba sin descanso hacia el ocaso. Detrás de la casa me enjuagué el sudor con el agua que guardábamos en vasijas y decidí rodear la pendiente rocosa, subir apartado del camino

para que no me fueran a ver y, por alguna razón, no solté las lanzas cuando pude, así que tuve que cargar con ellas todo el trayecto. En el camino arranqué algunas flores y las froté contra mi pecho, cuello y axilas. No creí posible llegar a la hora que había prometido, pero de todas formas lo intentaría.

Habíamos quedado de vernos un rato y regresar antes del anochecer para no levantar sospechas. Para cuando alcancé la cima del risco, el cielo se había pintado de naranja y púrpura. Llegué al punto de encuentro, una roca larga y lisa entre árboles enanos cerca de la orilla. Era un lugar muy bello desde donde podíamos apreciar parte de la aldea, la selva y el extenso mar. Por el ángulo, podíamos observar el paisaje sin ser vistos desde abajo. Era perfecto. Sin embargo, no había nadie. Dejé caer las lanzas. Puse mis manos alrededor de la boca formando un cuenco, aullé y esperé respuesta, pero no la hubo. *Tal vez se cansó de esperarte y se fue.* Volví a aullar sin éxito. Me sentía algo cansado. Desamarré de mi cadera el cuchillo de taat y lo coloqué sobre las lanzas a un lado de las rocas. *Lo conseguiste, la decepcionaste una vez más. Por fin logaste que se cansara de ti, lo echaste a perder, como todo lo que haces.* Me senté con las piernas cruzadas y extendí los brazos apoyándolos en las rodillas, eché la cabeza atrás y cerré los ojos para que la brisa salada que soplabá del este lavara mi rostro.



Me observó desde la maleza, desprevenido y expuesto. Se movió silenciosa a mis espaldas, se abalanzó sobre mí entre gruñidos y caí de costado. Me dio la vuelta con violencia y se sentó sobre mí. Presionó mis hombros con sus manos, sus piernas rodearon mi abdomen, su cabello rozó mi cara y el collar de conchas rosadas con pececitos cuidadosamente tallados que yo mismo fabriqué, reposó en mi pecho al igual que sus pequeños senos de pezones pronunciados.

—Te atrapé, cachorrito —susurró.

Acercó sus labios a los míos, sentí su aliento cálido y la humedad de su boca. Me sonrió y mi corazón se inundó de calidez a la luz de sus ojos cafés. Acaricié su mentón, su mejilla y sien. De sus orejas colgaban dos pendientes de jade que su na' le regaló al nacer.

—Eres tan hermosa —le dije, totalmente embelesado.

—Lo sé.

Enderezó la espalda, pero se mantuvo sobre mí, sentada en mi abdomen. Se acomodó la ropa y se trenzó el cabello desde la parte alta de su lado izquierdo, rodeando su cabeza hasta caer sobre su hombro derecho.

—¿Vas a dejar que me ponga de pie? —pregunté.

—¿Por qué, no te gusta tenerme aquí? —se recorrió un poco hacia atrás— ¿Estás cansado de mí?

Reí nervioso.

—Quédate el tiempo que quieras.

La verdad es que sí era incómodo y me dolía la espalda desde que me arrojó al piso, pero traté de disimular. No podía dejar que me viera como alguien débil. Cuando terminó de arreglar su cabello se sentó sobre la piedra y me hizo una seña para que me sentara junto a ella.

Me estiré, sobé mi espalda y fui a su lado cojeando.

—Discúlpame, no quería lastimarte.

—No te preocupes, ya no soy un niño, ahora soy más fuerte. Además, tú no querías hacerme daño, eres incapaz. ¿O sí?

Sonrió. Pasé mi brazo por encima de ella y Yatzil rozó su mejilla contra mi hombro.

—Es solo que no pude dejar pasar la oportunidad. Te vi tan frágil y desprevenido, como un venadito lejos de su madre y no tuve otra opción más que darte un buen susto.

—No me asustaste.

Yatzil soltó una fuerte carcajada.

—Debiste ver tu cara. ¿Por qué tardaste tanto? Por un momento pensé que no vendrías.

—Lo siento, taat nos llevó de caza y nos alejamos más de lo acostumbrado. Gracias por esperarme, tuve miedo de no encontrarte.

—Te esperaré toda la noche.

Mi corazón se llenó de júbilo y latió más deprisa. Yatzil se recostó, puso su cabeza sobre mis piernas y cerró los ojos.

—No me gusta tener que escabullirnos. Estoy cansada de tener que amarnos a escondidas.

—En unas pocas lunas ambos estaremos en edad de comprometernos.

Giró y apoyó la mejilla sobre ambas manos, todavía en mi regazo.

—Ayer escuché a mis padres hablar.

Hizo una pausa larga.

—¿Y? ¿Qué decían?

—Quieren proponerles a tus padres un matrimonio para mí... con Nahil.

Me equivoqué, después de todo, sí era capaz de hacerme mucho daño. Mi respiración se hizo más fuerte al escuchar esas palabras y sin darme cuenta, empecé a apretar sus muslos. Yatzil se levantó un poco y acarició mis mejillas. Desvié la mirada.

—Oye, mírame. Yo te quiero a ti. No me importa lo que digan nuestros padres —cerró los ojos y unió sus labios con los míos—. Podemos escaparnos, podríamos irnos muy lejos los dos, encontrar otra aldea o irnos a la ciudad y comenzar una vida juntos.

—¿Y vivir en la vergüenza? Sabes bien lo que les hacen a quienes escapan.

Nos besamos por un largo rato. Casi no hablamos esa tarde, sus palabras sembraron en mi corazón una tristeza que no me dejaba hablar, pero nuestros cuerpos no sabían de palabras y continuamos besándonos, nuestras manos recorriendo libres la piel del otro hasta estremecernos y con el pecho agitado nos obligábamos a parar. Nos abrazamos y contemplamos el atardecer sobre el mar como tantas veces lo habíamos hecho, hasta que las estrellas comenzaron a brillar sobre nuestras cabezas y llegó el momento de regresar a la aldea. Caminamos tomados de la mano durante un tramo, pero tuvimos que separarnos, no podíamos llegar juntos.

—¿Nos veremos mañana aquí mismo? —preguntó.

No era prudente vernos tan seguido, podrían descubrirnos.

—Sí, desde luego.

—¿Me lo prometes?

Era una mala idea.

—Te lo prometo.

Nos despedimos con un beso tierno. Yatzil se adelantó por el camino de hierba más espesa, protegida por una barrera de árboles más grandes para que nadie la viera descender. Yo esperé unos minutos para darle tiempo de llegar. La imaginé yendo de la mano con Nahil por ese mismo camino. Me senté cerca de la pendiente rocosa, con las rodillas cerca de mi cara y abracé mis piernas. Desde ahí se podía ver la aldea al frente, chiquitita, en medio de una selva interminable, excepto a la derecha. A la derecha estaba el mar. Tomé unas piedritas y comencé a arrojarlas para matar el tiempo y el coraje, imaginando que era la cara de mi hermano quien recibía los golpes y no la tierra. Llamaron mi atención unas manchas sobre una roca, parecía sangre, aunque no muy reciente. *Los jaguares no suelen pasearse por aquí, nunca se acercan demasiado a la aldea.* Me preocupé por Yatzil. Quizás debí haberle dado la lanza o al menos el cuchillo, aunque si la vieran llegar con él, nos delataríamos. ¡Las armas! Las había olvidado junto al lugar donde nos recostamos. *Es demasiado tarde, mañana temprano vuelves por ellas.* Bajé por el camino, esperando verla a la distancia para asegurarme de que estuviera bien. No la vi en todo el trayecto, pero tampoco me sorprendió, pues corría ligera como venado y tenía el apuro de llegar con sus padres. Yatzil tenía que rodear una distancia mayor a la mía para entrar a la aldea cerca de su

hogar, por donde yo había entrado con el pecarí. Ya la buscaría al llegar, alguna excusa se me ocurriría para acercarme a su casa.

Mi tío me vio salir de entre los árboles. No me dijo nada, solo movió la cabeza en gesto reprobatorio, pero con sonrisa cómplice. Sospecho que desde hacía tiempo estaba enterado de lo que hacía por las tardes, aunque nunca me hizo un comentario directo. ¿Habría visto bajar a Yatzil? No me atreví a preguntarle. Era de noche y la aldea estaba iluminada por varias fogatas. Nos acercamos juntos a una donde diferentes trozos del pecarí que mató mi hermano estaban asándose sobre el fuego. Mi taat y dos de sus amigos estaban sentados; compartían las anécdotas de la jornada mientras tomaban balché. Kinich y Nahil comían cerca de ellos.

—...si son verdad las historias que se están contando, es posible que se avecine una gran guerra. ¿Por qué otra razón el K'uhul Ajaw llamaría a tantos? —dijo Pixan, el taat de Kinich.

—No debemos de preocuparnos amigo mío. Las guerras son tan comunes como la lluvia que Huracán nos manda y así como los dioses nos han protegido de las tormentas, también lo han hecho con las batallas. La verdad es que a ningún rey les importan estas tierras. Somos un pueblo tan pequeño que no me sorprendería que ni siquiera sepan de nuestra existencia —contestó mi taat.

—Los esclavos que acompañaban al Konol hablaban sobre la llegada de los Uay y dioses —le murmuró Kinich a un incrédulo Nahil.

Taat me sintió pasar detrás de él.

—¿Dónde estabas Akbal? —preguntó taat.

—Entrenando con la lanza, perdona, se me hizo tarde.

—¿Qué te mandé a hacer? ¿Por qué no ayudaste a desollar el pecarí?

Bajé la cabeza.

—Déjalo, yo le ordené que fuera a practicar, necesita mejorar con las armas —intercedió mi tío—. Algún día tendrá que hacerse cargo de una familia y contribuir con la comunidad como es debido.

—Queda claro que la pesca no es lo suyo —agregó Pixan a quien nadie le preguntó—. Por poco se ahoga.

Todos rieron, hasta Kinich.

—¿Por qué no me lo habías dicho hermano? Yo lo envié para que te ayudara.

—Ya sabes cómo ando de distraído últimamente, no seas tan duro con el muchacho, perdóname, fue mi culpa —mi tío me sonrió nervioso.

Taat asintió inseguro, con el peso de su mirada sobre mí. Apretó la mandíbula e infló un poco los cachetes. Parecía que estaba a punto de decirme algo, quizás reprenderme, pero prefirió darle un trago a su bebida. Una joven se acercó a él con algo envuelto en trapos. Taat tomó lo que nos ofrecían y le entregó una vasija honda. Por el aroma, deduje que eran frijoles machacados que debieron cocer mi na' o mi tía. La muchacha regresó con su familia, taat abrió lo que habían traído. Eran tortillas de maíz, la cuales repartió entre sus compañeros. Lo que taat hubiera querido decirme, lo olvidó o decidió que no era un buen momento para hacerlo. Cortó varios trozos de carne de una de las piernas sobre el fuego y los puso en dos platos de barro decorados, las salpicó con un poco de sal y me lo entregó. —Ve llévale uno a tu na' y hermana. Diles que nos manden chile.

—Vamos Akbal —dijo mi tío levantándose con un plato similar—, yo también voy a llevarle a tu tía, no sé por qué no ha venido ella, debe estar muy ocupada con el nené.

Esa noche no soplaba mucho viento, apenas una brisa suave, por eso me pareció extraño ver uno de los árboles grandes meciéndose detrás de la casa, como si algo lo hubiera golpeado. No le di mayor importancia y entré con la comida. Itsin tenía la cabeza apoyada sobre el vientre de na'.

—¿Se está moviendo? —pregunté.

—Sí, ven rápido. Hija, hazle espacio a tu hermano.

—Se está moviendo mucho —dijo Itsin.

Dejé los platos con comida en el suelo junto a na' y pegué mi oreja a su barriga.

—Hola nené, ¿a qué juegas allá adentro?, ¿ya quieres salir?

El nené pateo un par de veces.

—¡Uff! —se quejó mi na' y se sobó la panza —tranquilo nené, es tu hermano Akbal, nos trajo comidita para que crezcas fuerte como tu taat. Anda hijo, regresa con los hombres.

—Preferiría no hacerlo.

—Hijo, ya sabes que debes quedarte con ellos. Ve, antes de que tu taat se moleste.

Itsin me dio los chiles, salí de la choza y volví a la fogata. Me senté junto a Kinich y Nahil aunque no hice el intento de platicar con ellos ni ellos conmigo. Los mayores habían cambiado la conversación, bebían y reían muy alto. Terminé mi comida algo desanimado, haciendo un esfuerzo por ignorar las risas de Nahil. De rato en rato volteaba hacia la casa de Yatzil pero no alcanzaba a ver a nadie.

—¿Dónde está tu tío? —preguntó mi taat.

—No lo sé, en su casa, supongo.

—Ve a buscarlo, dile que venga.

Así lo hice, contento de tener algo más que hacer lejos de ellos. Me detuve frente a su puerta y le llamé.

—¡Tío! ¿Qué está haciendo? Taat quiere que vaya con él.

Estaba muy oscuro al interior, la cortina de la ventana estaba cerrada y casi no se filtraba luz de luna ni de la fogata.

—¿Tío, tía? ¿Están aquí?

Escuché algo extraño, pero no supe distinguir qué. Me pareció que se oía como cuando un perro vomita algo y se lo come de nuevo. No teníamos perros. Entré despacio, mi tía estaba sentada en su cama de espalda a la puerta, parecía amamantar a su nené y lo mecía muy fuerte.

—¿Tía, sabe dónde está mi tío?

Tropecé con algo muy pesado y casi resbalo con la humedad del suelo. Era mi tío, que estaba inmóvil en el suelo bocabajo sobre un charco de sangre con los ojos muy abiertos.

—¡Tía! ¿Qué le pasó a mi tío?

El ruido extraño se detuvo. Mi tía se giró, tenía los ojos completamente negros y de la boca le escurría sangre espesa. Sostenía entre sus manos un pedazo de carne maltrecha y desgarrada. Escuché el golpe húmedo del cadáver de mi primito cuando lo dejó caer, golpeándose contra el piso. Caminó hacia mí, gimiendo, con los brazos extendidos como si quisiera abrazarme. Quise gritar, pedir ayuda, pero no pude. Caminé hacia atrás buscando la puerta, salí y miré hacia la lumbre, los hombres seguían bebiendo. La cosa de ojos negros que se parecía a mi tía salió de la casa y se cubrió los ojos al ver el resplandor de la fogata. Con las piernas temblándome y sintiendo que me faltaba el aliento me dirigí a los demás, sentí mareos, casi caigo. Abrí la boca para pedir auxilio, pero no pude emitir ningún sonido. *Concéntrate Akbal, grita, por los dioses, haz algo.*

El grito partió la noche e hizo que todos callaran y voltearan, incluyéndome. Era el grito de una mujer, proveniente del interior de mi casa. Taat y Nahil corrieron para socorrer a mi na'. El pescador de cabellos blancos, abuelo de Kinich y

amigo de mi taat se detuvo junto a mí para ver si yo y mi tía estábamos bien. No pudo terminar su pregunta; la cosa que era mi tía lo atacó. Tomándolo del hombro izquierdo, empujó y apartó su cara con la otra mano para exponer su cuello. Hundió los dientes entre la clavícula y le arañó el rostro, manoteando enloquecida. Su hijo y su nieto vinieron a socorrerlo. Fui dentro de mi casa, detrás de taat y Nahil. Itsin lloraba contra la pared. Mi madre la cubría con su cuerpo, resoplaba, y se agarraba el vientre llorando con gesto de dolor. Tenía el rostro y las piernas cubiertas de sangre.

—¡Akbal, trae las armas! —ordenó mi hermano.

Taat luchaba en el suelo contra un joven desnudo. El muchacho tenía clavado un cuchillo en el costado, arañaba desesperado a mi padre y su lengua serpenteaba fuera de su mandíbula rota. Taat lo golpeaba en la cara con los puños. Parte del techo se derrumbó y dos personas de ojos completamente negros cayeron dentro, a un lado de na’.

—¡Akbal! ¡Las armas! —repitió mi hermano.

Nahil le arrojó a la cabeza unas vasijas al que acababa de caer dentro y se le fue encima con los puños.

Salí rápido del lugar y vi el espacio vacío donde taat solía dejar las lanzas cuando volvíamos de la cacería. El abuelo de Kinich yacía en el suelo sin vida. Por toda la aldea se elevaban gritos de horror y la gente corría de un lado a otro, desesperada. De las copas de los árboles más altos saltaban hombres y mujeres de ojos negros. Algunos de ellos golpeaban de lleno contra la tierra y se arrastraban retorciéndose o se levantaban de inmediato y saltaban sobre quien tuvieran más cerca, mordiendo y arañando. Vi a gente de mi aldea tratando de defenderse con palos, con lanzas y con ramas envueltas en llamas.

La casa de Yatzil se consumía por el fuego.

Mi hermano gritó en el interior de la casa. Escuché golpes sordos. Una mujer de cabellos blancos se arrastró y entró por la puerta. Di un último vistazo a mi hogar. La casa se hizo pequeña, no sé cómo sucedió, pero en un instante la oscuridad de la selva me cubría. Una y otra vez sentí las rocas y las ramas bajo la planta de mis pies. Corrí tan rápido como pude, lejos de la aldea. Corrí sin saber a dónde, con el rostro empapado por las lágrimas. Ya no miré atrás, solo corrí. Durante horas corrí, yo solo, tratando de escapar de los gritos de auxilio de mi familia y de lo que fueran aquellas cosas. Corrí hasta caer desmayado y aun en mi sueño seguí huyendo.



Na' llora, la sangre brota de sus ojos y baja despacio enmarcando las líneas de su rostro, arrastrando consigo los últimos vestigios de su vida. Taat la abraza iracundo, con un cuchillo clavado entre las costillas que le impide respirar. Nahil grita incomprensibles lamentos hacia mí. Lleno de furia cierra los puños y lanza golpes al aire intentando alcanzarme. Sus ojos se vuelven negros como el cielo sobre mi cabeza. Corro por la selva. ¡Auxilio! ¡Akbal no! ¡Detente, no nos mates! Sus voces se hunden en mi cabeza como mis pies en el lodo espeso. Yatzil está recostada sobre la tierra, apoyando la cabeza en sus manos. Duerme tranquila. Intento despertarla, debemos irnos, pero no se mueve. Un río de sangre fluye de su cuello y baja a través de la pendiente rocosa hasta la aldea en espirales rojas que brillan a la luz de la luna. Hombres y mujeres sin ropa danzan alrededor de una hoguera, giran y saltan al ritmo de tambores y cascabeles, entre gemidos, risas y alaridos, se arrastran por el suelo y en el éxtasis de la noche arrojan un nené a las llamas. Su llanto no cesa y se une al crepitar del fuego. Horrorizado, con el estómago revuelto y un sabor agrio en el paladar huyo al interior de mi casa sin encontrar a nadie que me socorra. Permanezco quieto y callado, pero no escapo de su mirada, de sus ojos negros que abarcan todo y consumen las estrellas. La

luna brilla tenue sobre mi cabeza y luego se apaga, golpeo las ramas, tropiezo, casi caigo, sigo adelante. Sobre el camino de piedra un perro con los ojos de un hombre me espera sentado y gruñe. Estoy rodeado de bestias. El jaguar se acerca y me atrapa con sus garras, abre sus fauces y me devora entero.

Desperté en un arrebato de pánico, entre gritos y patadas, arremolinándome en la hamaca a poca altura. Sentí un ardor subiéndome por las piernas y un calambre se agudizó en mis muslos. Me dolía la cabeza, como si tuviera en el oído un pájaro che´huum golpeándome con su pico. A pesar de ello, traté de poner en orden mis pensamientos. La luz del sol entraba por la puerta y se filtraba a través del techo de palma. Hacía calor, sentí el cuerpo húmedo y pegajoso. El aire era denso, una nubecilla de humo semiamargo proveniente de una olla de barro a mi izquierda, inundaba el lugar. Apreté los párpados, un temblor recorrió mi cuerpo y un suspiro escapó de mis labios, instintivamente llamé a mi na’.

—Tranquilo muchacho, estás a salvo.

Recostado sobre la pared descansaba un hombre mayor de vientre abultado, con cabeza ovalada y perforaciones de jade en la nariz y debajo del labio inferior. Sobre su pecho colgaba un collar grueso de oro y jade, y de sus orejas colgaban aretes similares al collar. Levantó una jarra que tenía junto a él y sirvió un poco de la bebida en un vaso. Dio un trago, se acercó a mí y me invitó a beber. La tomé con cuidado, mis manos temblaron y derramé unas gotas. La bebida estaba tibia y tenía un aroma parecido al humo que respiraba, el sabor había sido endulzado con miel, pero aun así era difícil de pasar.

—¿Dónde estoy? —le pregunté al hombre.

—Estás a salvo. Respira profundo y bebe, te hará bien.

Sostuve el vaso junto a mis labios. Él, con la punta de sus dedos empujó la parte inferior del vaso para que bebiera un poco más.

—Mi nombre es Pech. ¿Cómo te llamas tú?

—Akbal. ¿Usted es un curandero?

Asintió.

—Soy muchas cosas. En este momento soy la persona a la que debes obedecer si te quieres poner bien. Recuéstate.

Colocó sus manos, de piel gruesa endurecida por el sol y la sal, sobre mi frente. Palpó mis sienes y mi barbilla girando mi cabeza un poco a cada lado con sus dedos huesudos. Examinó mi rostro, vio mis ojos con detenimiento y exhaló agobiado. Comenzó a presionar por el interior de mi antebrazo bajando hasta el centro de mis palmas. Luego hizo lo mismo con mis piernas desde el muslo hasta la planta del pie. El cuerpo me dolía como nunca antes, tenía los pies hinchados y la cabeza me daba vueltas, por un momento creí que me iba a desmayar. Comencé a recordar lo sucedido la noche anterior, froté mi cabello, como lo hubiera hecho mi tío para hacerme sentir mejor y la imagen de su cuerpo sin vida apareció en mi mente. Mis manos temblaron y un dolor se agudizó en mi pecho, sentí que me faltaba el aire.

—Respira hondo. Calma. Te encontramos desmayado cerca del camino, hablabas en sueños. Delirabas. ¿De dónde eres?

—De Kaakna' Paach, en la costa.

Pech meditó el nombre unos momentos.

—No creo haber escuchado nunca de ese lugar, debe ser una aldea muy pequeña. ¿Huiste de casa, Akbal?

Asentí.

—¿Hiciste algo malo?

—No —mentí.

El sacerdote me miró, estudiando mi expresión. Mis ojos comenzaron a humedecerse.

—Cuéntame qué hiciste —ordenó.

Fluyeron como una cascada las imágenes de mis tíos, la sangre, los gritos de mi na' y Nahil pidiéndome ayuda, la casa de Yatzil devorada por el fuego y la selva abriéndose frente a mí.

—Tengo que irme, necesito regresar con mi familia...

—traté de ponerme de pie, pero mis piernas no respondieron, di vuelta en la hamaca y caí de panza. Intenté levantarme y mis brazos flaquearon, golpeé mi rostro contra el piso y mi cabeza se nubló. Las paredes comenzaron a moverse, acercándose y alejándose incontrolables, la voz del sacerdote se fue distanciando—. Necesitan ayuda, ayúdeme por favor... tengo que regresar a casa.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que desperté de nuevo sobre la hamaca. Pech continuaba sentado a un lado mío, moliendo hierbas en el metate para echarlas a la lumbre en la ollita de barro junto a mí.

—Tengo que regresar a casa. Ellos necesitan ayuda...

—murmuré.

—¿Has despertado o hablas en sueños otra vez? En estas condiciones no puedes ayudar a nadie muchacho. Tu cuerpo requiere mucho descanso, hiciste un esfuerzo sobre humano. Dices que provienes de un pueblo sobre la costa, eso está muy lejos de aquí. Por esa razón has dormido casi dos días completos.

—¿Dos días?

—Ordené que trajeran un poco de comida.

Me acercó una hoja de x'makulán sobre la cual reposaban dos pequeñas tortillas de maíz muy gruesas, y encima de ellas,

un poco de carne guisada y chile como los que preparaban mi na' y mi tía en los hornos bajo tierra. Mi estomago rugió al sentir el aroma de la comida, quería devorarlo, pero no tenía fuerzas y comí despacio. Pech esperó a que terminara para cuestionarme.

—¿Crees poder contarme lo que ocurrió Akbal?

—Fuimos atacados —le dije inseguro—. Mi familia... toda la aldea. Yo... —las lágrimas corrieron por mis mejillas y no pude evitar el gimoteo—. Yo los dejé ahí, los abandoné. Na', taat, mis hermanos, todos... creo que están muertos.

El sacerdote Pech sirvió un poco de bebida y dio dos tragos, cabizbajo.

—Lo siento mucho Akbal. ¿Sabes quién los atacó?

—No.

—¿Recuerdas algún rasgo, sus tribales o sus armas? ¿Cómo eran?

—No usaban ropas ni armas. Atacaban con las manos... y con los dientes.

—¿Personas desnudas y sin armas atacaron tu aldea?

—Sí.

—Entiendo —Pech dio un trago e hizo una pausa antes de continuar—, existen grupos de personas enfermas, personas que han huido de casa o fueron expulsadas por haber cometido una falta contra sus semejantes. A veces estas personas atacan a los viajeros en los caminos para robarles comida o pertenencias —de nuevo hizo una pausa y por primera vez sentí la presión de su mirada—. ¿Cómo fue que terminaste desmayado en la selva, Akbal?

—No lo sé, no estoy seguro —escuché en mi cabeza los gritos de na', de mi hermana y Nahil.

Me cubrí los oídos con ambas manos y traté de pensar en otra cosa.

—Estoy muy confundido.

—En tu aldea hay cazadores, ¿verdad? Tienen armas. Estoy seguro que todos están bien.

—No, no, yo los vi, no están bien. Necesitan ayuda, debemos pedir ayuda, pedir a los guerreros, al Ajaw...

Eché la cabeza hacia atrás, apreté los dientes y cerré los puños.

—Son tiempos de caos. Se avecina una nueva guerra, una muy grande. ¿Te has entrenado para la guerra, Akbal?

—Yo no peleo, no sé cómo.

—Cuando el rey manda guerreros hasta tu casa y te llama a pelear poco importa si sabes hacerlo o no. Peleas para vivir o mueres. Por desgracia todos somos parte de esta guerra ahora, y nada importa el deseo de nuestro corazón. Siento mucho que tu aldea haya sido atacada Akbal y siento mucho lo que pudo haberlo pasado a tus seres amados. ¿Conoces el significado del nombre que lleva tu rey?

—No.

—¿Conoces el nombre de tu rey?

Tuve que hacer mucha memoria para recordarlo, pues solo había escuchado a mi taat mencionarlo en un par de ocasiones.

—Alom Ajaw.

El sacerdote Pech se inclinó hacia atrás, cruzó los brazos y me observó con ojos inquisidores.

—Eso temía. Espera aquí y no te muevas.

Se puso de pie y salió de la choza. Lo escuché dar órdenes de vigilarme y de inmediato entraron dos hombres armados. Vestían armadura en el pecho y los hombros, collares de hueso tallado y protecciones de cuero en las pantorrillas y muñecas. Sostenían cada uno una b'aj, un hacha con filo de piedra y

en el otro brazo un escudo redondo y colorado, con dibujos decorativos y símbolos amarillos que representaban a Chaac, además de plumas verdes a los costados. No era común ver ese tipo de armas en mi aldea, nos apoyábamos únicamente de la lanza, el chuchillo y la red para alimentarnos. Jamás había visto escudos como esos, pero los reconocí por las historias que nos contaban los mayores a Nahil y a mí. Pech y los dos guerreros pertenecían a una nación diferente a la mía, una que desde hacía muchas generaciones se había declarado enemiga eterna de la nación a la que pertenecía mi aldea.

Caía la noche. Uno de los guerreros permaneció junto a la puerta mientras el otro vino a mi lado. Este empuñó el arma y la levantó frente a mi rostro para que la observara con atención, rozó con ella mi sien y mejilla para finalmente posar el filo sobre mi cuello.

—¿Qué eres? —me preguntó en un susurro.





La noche fue un suplicio constante. Intentaba huir de mi sueño para no caer de nuevo en las pesadillas, pero el dolor y el desgaste de mis músculos era demasiado. El cansancio me derribaba y sumergía en una tormenta de sangre, fuego y lágrimas. Creaturas de ojos negros que se atiborraban alrededor mío, me arañaban y peleaban entre ellos para comer mi carne. Despertaba al escuchar los gritos de Yatzil y mi familia, empapado en sudor, entre gimoteos y fiebres. Al abrir mis ojos me topaba con la mirada iracunda de los dos guerreros, empuñando el b'aj por encima de su cabeza, listos para dejarla caer sobre mí y acabar con mi vida. *Si tuvieras testículos les pedirías que te mataran. Dales una razón, bien sabes que lo mereces.* Hubiera sido tan fácil para ellos terminar con mi sufrimiento en ese instante y creo que tenían tantos motivos para hacerlo, que nunca entendí porque se contuvieron. Yo me quedaba tan quieto como me era posible, tratando de controlar mi respiración agitada. No intercambiábamos palabra alguna, pero nuestras miradas estaban atadas por el miedo y la furia. Poco a poco las cosas se tranquilizaban, ellos bajaban las armas y se mantenían atentos a mi forma de actuar hasta que yo volvía a caer en sueños.

Al amanecer me descubrí envuelto por unos trapos húmedos. Me pregunté quién los habría colocado. Los guerreros

dormían recargados en la pared junto a la puerta, con las armas en la mano y los escudos a los pies. No entendía sus intenciones, al parecer llegué a territorio enemigo en el momento que comenzaba una guerra. Quizás pudieran pensar que yo era un enviado de mi nación para observarles y regresar con noticias. ¿Habrían creído una palabra de lo que les dije? Pech pareció menospreciar mi historia del ataque a la aldea. Cuando una persona huye de su pueblo es porque ha cometido alguna falta grave y dependiendo del crimen, la paga podía llegar a ser la muerte. Era fácil pensar que yo era un malhechor huyendo de mi pueblo, pero entonces, ¿por qué me mantenían con vida?, razones para matarme tenían suficientes. ¿Qué habrían hecho nuestras familias si nos hubieran descubierto a Yatzil y a mí, o si hubiéramos huido juntos al bosque para no volver? No, no tenía caso pensar en eso.

Cerca del mediodía Pech entró a la choza, acompañado de alguien más. Los dos guerreros se reincorporaron de inmediato. Ambos eran fornidos, era obvio que sus cuerpos se habían formado al calor de la batalla y mucho entrenamiento y, aun así, al lado del hombre que entró parecían un par de niños enfermos. Nunca me imaginé que pudiera existir semejante ser humano. Medía casi el doble de alto que los guerreros, su piel era oscura como el cacao y sus brazos eran gruesos como troncos de árbol kulché. No tenía cabello, sus labios eran muy gruesos y su mirada penetrante. Vestía ropas grises muy desgastadas que le llegaban por encima de la rodilla, con manchas viejas de sangre y algunas rasgaduras en la piel. Él y el curandero se sentaron en la tierra junto a mí, la hamaca colgaba casi al nivel del suelo y el rostro de Pech estaba a mi altura, su acompañante por el contrario me miraba hacia abajo, aunque estuviera sentado. Yo me encogí sobre la hamaca.

—Akbal, él es Abasi. Él fue uno de los que te encontró desmayado y te trajo aquí —dijo Pech.

—Bix anikech —saludó el gigante con acento extraño.

No respondí, era demasiada la impresión que me causaba. Pech retiró los trapos de mi cabeza y revisó mi frente, limpió mi cuello y pude ver una pequeña mancha de sangre en el pedazo de tela que usó.

—Guerreros, déjenos solos —ordenó Pech.

Abasi estiró sus brazos hacia mí, esperando que tomara de su mano algo que traía envuelto en tela. No lo hice y tras unos instantes Pech lo sujetó. Sacó del envoltorio un aguacate partido por la mitad, le dio un mordisco y luego me lo entregó para que yo probara.

—Necesitas comer. ¿Cómo te sientes? Ya te veo más repuesto.

Me mantuve en silencio.

—Sé que te resulta difícil y estás asustado, pero necesito que me cuentes de nuevo qué fue lo que pasó en tu aldea.

—¿Qué es lo que quieren de mí? Siento mucho haber cruzado la frontera. Mi aldea siempre ha sido pacífica, somos pocas familias que vivimos de la pesca y nunca nos alejamos demasiado para cazar, nosotros no tenemos nada que ver con la guerra, no somos guerreros. Perdón por haberles pedido ayuda, no sabía dónde me encontraba, es solo que...

—Está bien —Pech subió ambas manos con las palmas abiertas—, está bien. Tranquilo, no estás en problemas.

El gigante Abasi se estiró y sacudió el cuerpo como gato y suspiró.

—Por favor, Akbal —continuó Pech—, cuéntenos sobre el ataque que presenciaste, ¿cuándo ocurrió, ¿en qué parte del cielo se encontraba el sol?

—Fue durante la noche, Ixchel brillaba radiante sobre nuestras cabezas.

—Las personas que los atacaron...

—Se veían como personas, pero no actuaban como tal. Eran como animales salvajes, que buscaban la carne y la sangre de los demás... Pech miró desconcertado a Abasi.

—¿Cuántos eran? —preguntó Pech.

—No lo sé, muchos. Salieron de entre los árboles, saltaban sobre las casas, caían a la tierra como chicozapotes maduros y se levantaban sin un rasguño o herida, como si los golpes no fueran nada.

Abasi entrecruzó los brazos a la altura de su pecho e hizo una mueca. Pech bufó.

—Les digo la verdad. ¡En serio! —exclamé—. La gente de la aldea... algo les hicieron. De pronto ya eran iguales a ellos... mi tía, ella siempre me cuidó, ella amaba a su pequeño... esa cosa era un monstruo.

No pude continuar. Abasi colocó su pesada mano sobre mi hombro y pasó la otra frente a sus ojos. Habló con voz profunda y gruesa como el rugido de un jaguar y pronunció dos palabras lentamente.

—¿Ojos negros?

Asentí.

Abasi y Pech intercambiaron palabras en una lengua extraña. Se les veía preocupados.

—Come, Akbal, necesitas recuperar tu energía lo antes posible —me dijo Pech—. En unos momentos te enviaré un poco más de fruta y bebida.

Abasi se despidió con una reverencia y ambos salieron de la choza.

Los delicados dedos de Yatzil abrazan los míos. El fuego se levanta en medio de la noche frente a nosotros, pero a cada paso se aleja y no podemos alcanzarlo. Nahil y Kinich charlan felices junto a la hoguera y comparten la comida. Les llamo a voces, pero ninguno de los dos me escucha, parece como si yo flotara alrededor suyo. Ahora Yatzil está con ellos, Nahil la acerca hacia él, la abraza y ella lo besa con ternura en los labios. Taat fija sus ojos de obsidiana en mí, aprieta los dientes, cierra los puños y me da la espalda. Na', Itsin y mi tía se abrazan y lloran en un rincón de la casa con los cadáveres de los bebés a sus pies sobre un charco de sangre mientras los jaguares se van acercando lentamente para comérselos.

Solo un guerrero resguardaba la puerta. Afuera todo era murmullos y pasos. Hice un esfuerzo para levantarme. El guardia no se inmutó cuando me asomé por la pequeña abertura que hay entre las paredes y el techo de palma. Era pasado el mediodía y había mucho ajetreo de personas, familias y guerreros que se reunían en las calles con costales y canastas al lomo. Un matrimonio de ancianos entró a la habitación donde me encontraba, el hombre arrastraba una pierna y caminaba con bastón. Seguido de ellos entró un matrimonio más joven con tres niños. Los observé en silencio.

—Vayan ustedes. Tienes que cuidar a tu familia, Yaxkin. Cuida a tus hijos —le decía el hombre más viejo al más joven.

—Ustedes también son nuestra familia. Taat, na', no los voy a abandonar —respondió el hombre a su anciano padre—. Nos iremos todos juntos por la mañana.

—No me voy a ir, no voy a abandonar mi casa, mi pueblo. He vivido aquí toda mi vida, desde hace ya tantas

cosechas —bajó la voz y continuó—, no me voy a entregar como prisionero a esos hombres.

Uno de los niños jaló la ropa de su na' y me señaló.

—El sol sea contigo, jovencito, ¿eres el extranjero enfermo del que hablan? —me dijo la mujer—, no tienes de qué preocuparte, los guerreros nos protegerán esta noche y mañana saldremos hacia la ciudad.

—Así es, y nos reuniremos con los demás en el camino —dijo el esposo levantando al niño y llevándose a su familia a un rincón opuesto de la casa.

Poco después entraron otros seis ancianos. Todos se conocían entre ellos y se daban palabras de apoyo y seguridad unos a otros. Yo no entablé conversación con nadie el resto de la tarde y aunque en ocasiones descubrí a varios observándome y murmurando, ninguno tuvo la intención de hablar conmigo nuevamente.

Llegó la noche y la aldea quedó sumida en la oscuridad, abandonada por todos sus habitantes con excepción de la familia, los ancianos, unos pocos guerreros, varios hombres y mujeres extraños en túnicas grises, y yo. Los guerreros anduvieron por la aldea llevando consigo fuegos, prendieron fogatas entre las casas y, por último, encendieron un círculo alrededor de la casa donde nos encontrábamos. Al terminar, regresaron dentro con antorchas en las manos y las colocaron en el centro del recinto con cuidado de no propagar el fuego por el techo de palma. Afuera quedaron solo las personas de túnicas grises.

Las estrellas se movían lentas en el firmamento. A pesar de mi cansancio no pude dormir, éramos demasiados al interior de la vivienda y hacía mucho calor. La hamaca había sido retirada y yo descansaba recostado sobre una de las paredes. La actitud de los guerreros y todo el extraño ritual de los fuegos nos pusieron

nerviosos, teníamos la sensación de que algo importante estaba por ocurrir, aunque no estábamos seguros de qué ni cuándo.

Escuché ruidos afuera, primero un murmullo, luego un batir de alas y chillidos. Me puse de pie, tambaleando y me asomé por una abertura entre los maderos de la pared. Una nube de murciélagos voló errática en el cielo estrellado y se alejó ocultándose entre el follaje de los árboles. Abasi estaba arrodillado en la tierra frente a la casa, con los ojos cerrados. Repetía unas palabras en su lengua, sosteniendo el puño sobre el pecho a la altura del corazón.

Vi una silueta moverse muy rápido entre las sombras y desaparecer detrás de las otras casas. Abasi se inclinó hasta que su frente tocó el suelo, tembló de arriba abajo y abrió la boca muy grande, como en un grito ahogado. Gimió de dolor, como si alguien le hubiera clavado un puñal en el vientre porque se llevó las manos al estómago. Sus ojos brillaron amarillos. Comenzó a sangrar de su rostro, mientras la piel se restiraba, sus manos que ya eran grandes, se volvieron más anchas, sus uñas se hicieron largas y curvas. Clavó las garras de ambas manos sobre los ojos y estiró la piel de su cara hasta arrancarla junto con la de su pecho y espalda revelando una capa de pelo negro debajo de ella. Su rostro se transformó, tenía el hocico largo, las orejas puntiagudas y por encima de su cabeza. Se puso de pie, era todavía más alto que antes. Su cara era la de un gran felino. Recordé los cuentos sobre Ek Balam que contaba mi chichí. Toda la parte superior de su cuerpo era la de un jaguar negro, pero no así sus piernas y pies que seguían siendo los de un humano. Las túnicas grises ya no le quedaban tan holgadas y por debajo de la tela, se extendió una cola larga que se meneaba lento. Abasi, el hombre bestia, el Ek Balam, dio un fuerte rugido que retumbó en mi pecho, grave y profundo como el de un jaguar hambriento.

Uno de sus compañeros, con facciones felinas como las de él, con el pelaje castaño lleno de manchas rojizas se acercó y respondió rugiendo de igual forma. Abasi se inclinó sobre los restos de su piel humana y la engulló desesperado.

Mis piernas temblaron, mi corazón se aceleró, estuve a punto de gritar, pero uno de los guerreros se me acercó por detrás y cubrió mi boca con su mano. Los guerreros nos hicieron señas para que estuviéramos callados. Los hombres al interior de la casa se acercaron a las paredes para observar y los guerreros asomaron las cabezas por la puerta.

—¿Qué es esto? ¿Qué son esas cosas? —murmuró el padre de los niños.

—Son los brujos Uay Balam, preparándose para la batalla —contestó uno de los guerreros en voz baja.

Los árboles se sacudieron, gruñidos, alaridos y risas se oyeron alrededor. La bestia en la que se había convertido Abasi señaló un lugar entre la hierba y su compañero fue corriendo, extendiendo sus manos y con ellas, garras afiladas. Un hombre en taparrabos y sandalias, cubierto de lodo, corrió en dirección a Abasi gruñendo y dando gritos. Saltó muy alto con la boca abierta exponiendo sus colmillos largos. Reconocí a aquel hombre de ojos negros, era uno de los hermanos de Kinich. La bestia que era Abasi lo atrapó en el aire sujetándolo del cuello y lo azotó contra la tierra como a un muñeco de hule. Abrió sus fauces de felino y le arrancó el rostro de una mordida. Sentí una calidez líquida bajando por mi pierna. El hombre junto a mí, hizo una mueca de asco y se alejó unos pasos de mi cobardía.

—Esas cosas vienen por nosotros. Apaguen los fuegos, nos van a ver —ordenó el anciano de bastón a los guerreros en la choza.

—¡No! —intervino un guerrero—, los Nocturnos no nos pueden ver si hay luz. ¡Alimenten el fuego, no dejen que se apague! —ordenó.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó el anciano.

—Los Uay nos lo han dicho, tenemos órdenes de quedarnos aquí adentro, con los fuegos encendidos. Ellos se encargarán de los demonios de la noche.

Afuera continuaron los alaridos, un aullido me hizo estremecer. Sobre una de las hogueras que nos rodeaban cayó una persona, una niña de ojos negros, retorciéndose en las brasas. Agaché la mirada por temor a reconocerla. Escuché gruñidos, golpes y ladridos. Temeroso, miré una vez más. La niña cuyo rostro no alcancé a ver, se arrastró por la tierra envuelta en llamas, levantando polvo y echando tierra sobre el fuego. Corrió erráticamente y cayó sobre otra fogata, apagándola. Se levantó y corrió lejos perdiéndose entre una nube de polvo y humo con uno de los Uay persiguiéndola de cerca.

Otro nocturno, como los llamaban, caminó a cuatro patas cerca de nosotros, arrastrando la cabeza por el suelo. Olfateó y giró contorsionándose. Sus ojos negros se abrieron más cuando nos vio a través de la apertura donde nos asomábamos. Abrió la boca y vino a nosotros gimiendo como si intentara reírse, pero le faltara el aire. Introdujo los dedos entre las tablas y tiró de ellas, partiéndolas hasta hacer un hoyo por el cual podía entrar. Ya había metido la mitad del cuerpo cuando dos guerreros comenzaron a golpearlo con sus hachas. La criatura siguió internándose, manoteando, tratando de quitarse los golpes. La sangre espesa y maloliente como carne podrida brotó de sus brazos y torso a medida que el filo del pedernal se incrustaba en su carne, pero no fue sino hasta que las hachas rebanaron su cuello que dejó de moverse y gritar.

Los guerreros respiraron agitados, sostuvieron las antorchas y se colocaron alrededor de la familia que se reunió al centro de la casa. Los adultos cubrieron con sus cuerpos a los más pequeños. Yo permanecí cerca del umbral de la entrada que había dejado el nocturno, no sé si paralizado por el miedo o el morbo, observando la repugnante cara machacada del cadáver, sus ojos negros malditos, los colmillos sobresaliendo de su boca hedionda.

Poco después cesó la agitación afuera de la casa. Uno de los guerreros se acercó a la puerta y entonces vi la cabeza de un perro muy grande asomarse. Aproveché ese momento en que los guardias estaban distraídos y me acerqué a uno de ellos por detrás, tomé el b'aj que por cansancio había dejado caer al piso y con mucho esfuerzo lo levanté sobre mi cabeza muy alto. Con todas mis fuerzas la dejé caer. Una y otra vez el filo de la piedra se clavó sobre la cara inmunda del demonio, en la endurecida carne y el hueso que se negaba a ceder. Lo golpeé hasta romper el mango del hacha y seguí golpeándolo con el trozo de madera partida que quedó en mi mano. Me dijeron después que me ordenaron detenerme, pero no los escuché, mis gritos eran más fuertes. Grité lleno de ira y maldije con cada golpe. Me dijeron que dos guerreros se lanzaron sobre mí y me sometieron en el suelo hasta desmayarme. No lo recuerdo. En mi cabeza solo vive el olor pútrido de la sangre y el color negro de esos ojos burlones, que no paraban de reírse de mí y maldecirme por más que intentara acabar con ellos.



INTERLUDIO I  
ZOTZ



El viejo del grupo se acuclilló junto al helecho y con la punta de los dedos palpó una de las manchas carmesíes sobre las hojas. Recogió una gota y la frotó entre las yemas, acercó su mano al rostro para sentir el aroma y lamió el líquido. Cerró los ojos y meditó por unos instantes. Los otros tres lo observaron con tedio e impaciencia.

—¿Y bien, aullador? —preguntó el calvo de pie cerca de él. Su cara era tosca y los brazos fuertes.

—Sangre humana, no hay duda —le contestó el viejo después de escupir.

—¿Ves el rastro?

El viejo se puso de pie, amarró su cabellera gris en una coleta y se rascó detrás de la oreja.

—Te pregunté si ves el rastro, aullador.

—Ébalo, mi nombre es Ébalo. No creo que sea tan complicado de aprender Koji. Te pido que hagas un esfuerzo para que esa pequeña cabecita calva tuya lo recuerde. Por supuesto que veo el rastro, cualquiera puede hacerlo.

—Es verdad, querido, está muy claro. Cualquier tonto puede seguir el rastro —intervino la mujer sentada sobre la rama

alta de un cedro, mordiéndose las uñas despreocupadamente con la sombra de las hojas sobre su rostro.

—¿Tú qué opinas, Ikal? —preguntó Ébalo a su aprendiz.

El joven maya clavó su lanza en el suelo y se acercó para analizar las marcas sobre las hojas de las plantas frente a él.

—Fueron dos nocturnos. Arrastraron el cadáver desde allá, tuvieron dificultades y lo soltaron aquí. Continuaron hacia abajo por aquella pequeña ladera.

Ébalo con los brazos cruzados y el puño en la barbilla negó con la cabeza. Ikal miró a sus otros compañeros. Koji observaba confundido el suelo de alrededor. Sobre el árbol, Anat bostezó fastidiada y levantó tres dedos.

—¿Tres? —Ikal buscó en el suelo alrededor suyo.

—Justo aquí, cariño —Anat señaló con un movimiento de cabeza las marcas sobre la corteza del árbol donde estaba sentada—. Te faltó el guía. Siempre que puedan, los nocturnos usarán las alturas para coordinarse y atacarte. Recuerda eso o no vivirás cuando te enfrentes a ellos en el bosque.

—Y no arrastraban un cadáver, la persona seguía viva —agregó Ébalo.

—Odio cuando hacen eso —se quejó Koji—, llevárselos vivos para torturarlos. Malditas creaturas enfermizas jugando con su comida.

—Sí, qué se creen, ¿gatos? —dijo burlonamente Anat desde las alturas.

Koji gruñó.

—Solo sé que ya estoy harto de recorrer estos parajes, hace calor y no hay agua, mis espadas y yo tenemos sed, las pobres llevan días sin probar la sangre de los nocturnos —sentenció Koji.

Ébalo caminó en círculos con la mirada baja, tronándose los nudillos. Se detuvo, puso las manos en la nuca, echó atrás la cabeza bañando su rostro con los rayos del sol y dio otra vuelta.

—¿Pasa algo, maestro?

—¿Ves alguna otra cosa, Ikal? —preguntó Ébalo.

Ikal miró alrededor, observando atento cada detalle sin percibir nada fuera de lo ordinario que pudiera poner tan inquieto a su maestro.

—El rastro de los nocturnos continua por ahí como has dicho, ¿pero en dónde está el humano que llevaban consigo?

Anat giró la cabeza lentamente. Buscó con la mirada y bajó del árbol de un brinco, intrigada por la observación del viejo. Koji siguió analizando las manchas de sangre sobre los helechos e Ikal deambuló por el camino que habían seguido los nocturnos, buscando en vano restos de sangre o alguna otra pista que pudiera aclarar el misterio.

—Lo habrán cargado sobre las espaldas, querido. Sabemos que estaba vivo, hay rastros de lucha, cayó al suelo justo aquí, tuvieron que haberlo recogido y no lo soltaron más —reflexionó Anat.

—Es demasiada sangre —intervino Koji—, miren la mancha. Por la manera en que se extiende, yo diría que cortaron una arteria. Sí, no me cabe duda, tuvieron que haberlo devorado aquí.

—Pero no hay cuerpo. Extraño, muy extraño. A los nocturnos nunca les ha importado hacerse cargo de los cuerpos —dijo Anat—, ¿se levantaría como uno de los suyos?, ¿lo convirtieron?

—En ese caso, dime ¿dónde están sus huellas? —preguntó Ébalo.

El anciano se sentó sobre unas raíces y miró las copas de los árboles.

—Koji, detrás de ti hay unas ramas quebradas, ¿puedes verlas?

—Sí, aullador, ¿qué tienen?

—Anat, tus ojos son mejores que los nuestros. Mira ahí —Ébalo señaló un hueco entre las ramas más altas— y dime si es posible que alguien atravesara los árboles y bajara volando hasta aquí. ¿Te parece que la escena tiene sentido?

—No, los nocturnos no pueden volar —sentenció y su rostro se llenó de coraje—. ¿Insinúas que alguien de mi clan...?

—No, por supuesto que no —se apresuró a contestar Ébalo—, pero creo que te equivocas al decir que los nocturnos no pueden volar. Hay uno que quizás pueda hacerlo.

—Estás loco, aullador.

—Todas las cosas tienen su origen —Ébalo se talló la frente evitando el contacto visual con sus compañeros—. Ustedes no estuvieron en las batallas al sur, en la ciudad de los murciélagos. Lo que encontramos ahí es la razón por la que los grandes espíritus cruzaron el mar hasta estas tierras.

—¿Los rumores son ciertos? —preguntó Anat.

Ébalo asintió.

—¿Lo has visto?, ¿con tus propios ojos? —inquirió Koji.

—Me temo que sí. Zotz era la ciudad de los murciélagos, erigida en honor a él. No sabemos cuánto tiempo le adoraron. La construcción de la pirámide debió llevar varias generaciones. Tantos sacrificios... —Ébalo calló por unos instantes, mientras ponía en orden sus recuerdos—. El hedor de la sangre y muerte pudo sentirse a kilómetros. Perdimos a muchos de los nuestros, de las tres razas.

—¡Oigan! ¡Creo que encontré algo! —Ikal les llamó, se había alejado olfateando alguna pista.

Ébalo y Koji fueron con él. Anat permaneció en el mismo lugar analizando las copas de los árboles y reflexionando sobre lo que había escuchado.

—Creo que se trata de un nido —les dijo Ikal

—Así parece —respondió Koji con una sonrisa alistando sus armas.

—Muy bien, el cielo está despejado, esto debería ser fácil. Ikal y yo los atraparemos cuando salgan. Koji, tú encárgate de cortar esas ramas para que el sol pegué directo sobre el nido —dijo Ébalo.

—Por supuesto que no viejo, he esperado todo el día por este momento. Tú encárgate de los árboles —reclamó Koji.

—Echémoslo a la suerte —dijo.

Ébalo levantó un puño, sabiendo que Koji nunca rechazaba un reto o apuesta.

—Bien —Koji aceptó levantando a su vez la mano.

Ambos hicieron un rápido movimiento con los dedos.

—Maldita sea, anciano. Voy a cortar esas estúpidas ramas —escupió Koji alejándose.

—¿Cómo es que usted siempre gana, maestro?

—Es una habilidad que ya dominarás con el tiempo —Ébalo susurró con una sonrisa—. Hay que verlo directo a los ojos y distraerlo mientras uno cambia de último momento la posición de la mano.

Maestro y aprendiz comenzaron a remover la tierra con la punta de sus lanzas y a excavar con las manos. Escucharon el crujir de la madera y el golpear de las hojas cuando gran parte de un árbol cayó al suelo. La luz y el calor del sol bañó el área donde estaban trabajando. Koji continuó cortando ramas,

blandiendo la más pequeña de sus espadas que reflejaba la luz como la superficie del agua.

La tierra era blanda y fácil de quitar, había sido removida hace poco. El pozo tenía una profundidad de apenas dos manos cuando escucharon el primer alarido. Una mano salió de la tierra, Ébalo la tomó con fuerza y de un tirón descubrió por completo a la creatura. El cuerpo de mujer se retorció y chilló de dolor, los ojos se le cocieron en instantes y la carne se prendió fuego, consumiéndose hasta no quedar más que los huesos blancos ardientes, evaporándose con lentitud.

—Atento, Ikal, hay más.

Lo siguiente que encontraron fue un pie, el cual se enterró más al primer contacto con el sol. Ikal se apresuró a remover la tierra. Anat se les unió y entre los tres lograron sacar a la segunda de los nocturnos. Anat y Ébalo la jalaron de los brazos y la arrastraron fuera del hoyo para que se consumiera con la luz del sol. En vida, ambas creaturas habían sido mujeres mayas. Ikal siguió excavando enérgico hasta que una mano blanca lo jaló del brazo y otra más lo apretó del cuello. La maraña de cabellos rojos humeaba, entre chillidos y gritos. Ikal, asfixiándose le dio un par de patadas desesperado, tratando de liberarse antes de que le fracturaran el cuello. Ébalo se arrojó sobre ella liberando a su aprendiz, pero no tuvo la agilidad para aprisionarla. La mujer humeante, enloquecida por el dolor que le provocaba la luz, y completamente cegada, corrió fuera del agujero y se impactó varias veces contra los árboles frente a ella, hasta que una espada la atravesó y la clavó contra uno de los troncos. Koji utilizó su peso y hundió más el metal. La mujer detuvo los alaridos y sólo se escuchó el crepitar de su carne en llamas hasta no quedar más que una mancha de humo sobre la corteza y algunos huesos humeantes desperdigados alrededor.

Pasada la emoción del momento y habiéndose recuperado Ikal, continuaron buscando. No encontraron el cuerpo del humano perdido ni a ningún otro nocturno el resto de la tarde.





Empezamos la marcha bajo la luz del alba en dirección a la gran ciudad y caminamos durante dos días. Las pocas provisiones que llevábamos con nosotros las cargaban los guerreros y el matrimonio joven. Avanzamos lento por las veredas, siguiendo el camino que había trazado el grupo de personas que partió el día anterior. Éramos un grupo pequeño, mayormente de hombres y mujeres de edad avanzada. Con excepción de los tres niños, yo era el joven del grupo, pero a pesar de mi edad, me sentía agotado y apenas podía aguantar el ritmo. Mantuvieron su distancia conmigo, desconfiados o asustados por mi comportamiento de la noche anterior.

A nuestros costados marcharon los guerreros, cargando sus escudos redondos de caoba, las hachas y sus dagas de hueso amarradas a la cadera. Los Uay, en su forma humana, nos guiaban y protegían. Al frente, dictando el camino, iban Abasi y un hombre maduro y robusto de otra tribu maya. Detrás de nosotros venían otros brujos, entre los cuales había una mujer. Los cinco vestían las mismas túnicas grises, holgadas, sucias y viejas con raspaduras y manchas. Cada uno tenía diferentes tatuajes en el pecho y los hombros, símbolos que, con excepción de tres, no pude identificar. Las figuras que sí reconocí eran una pluma, una garra y un colmillo.

Durante la tarde se nos unió otro grupo de viajeros, no sin antes darnos un buen susto. Uno de los Uay, el de colmillo tatuado, olfateó el aire con desesperación y dio vueltas agitado. Los niños se pusieron nerviosos y noté que mis manos comenzaron a temblar.

Imaginé a las personas de ojos oscuros saltando sobre nosotros en cualquier momento y las piernas se me hicieron como las aguas malas que llegaban a la playa.

Abasi dio la orden de detenernos. La familia entera se abrazó y el resto de los ancianos se tomaron de la mano. Vi a uno de los guerreros sonreír burlón, no supe si fue al vernos asustados o si le pareció divertido el extraño actuar del hombre en túnica gris que en ese momento comenzó a aullar muy fuerte, tanto que las personas cerca de él tuvieron que cubrirse los oídos. Tras unos minutos de espera, surgieron de entre la vegetación más miembros de los Uay vistiendo las mismas túnicas grises y un grupo muy grande de personas caminando detrás de ellos, entre los cuales se distinguían guerreros muy bien armados.

Los Uay se saludaron e intercambiaron palabras por un rato, poco faltó para que se olieran el trasero unos a otros. Ahora, éramos más de sesenta viajeros y una veintena de guerreros, los cuales me pareció, estaban algo molestos. Nos dieron la orden de sentarnos. Hacía mucho calor, tenía la boca seca y me sentía exhausto. Los guerreros repartieron varios jarros con pozol entre todos los presentes, apenas si alcancé un trago muy pequeño pues éramos muchos y racionaban las provisiones con extrema mesura. Los Uay encendieron un fuego y un par de guerreros se acercaron a ellos con canastas al hombro de las cuales sacaron varias aves para cocinarlas. Los brujos tenían sus provisiones aparte. Aprendí en ese momento que, a diferencia

de nosotros, tenían la extraña costumbre de comer varias veces al día, por las mañanas, por las tardes y en ocasiones, al caer la noche como nosotros. Cocinaron al fuego las aves, sin quitarles las plumas ni desangrarlos. Escuché quejas de no contar con suficiente alimento, pero no se molestaron en ir a cazar.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando recordé a Abasi atacar con sus fauces al hermano de Kinich y arrancarle un trozo de carne con los dientes. Esas cosas, nocturnos como los llamaban, también eran o habían sido humanas y los Uay habían probado su carne. ¿Qué impedía que nos devoraran si quisieran? ¿Qué tal si todo esto era una trampa? *¿Si tu familia murió en las fauces de los nocturnos de ojos negros, por qué no habrías de morir tú en las garras de los hombres bestia?* Mis manos temblaban.

Los Uay se mantuvieron alejados de nosotros y los guerreros se sentaron en varios grupos a comer un poco de fruta sin prestar mucha atención a los aldeanos. Si quería huir, esa era mi oportunidad, pero a dónde y por cuánto tiempo podría aguantar antes de caer inconsciente otra vez. Estaba demasiado cansado. Me recargué en un tronco bajo la sombra fresca de un árbol de hojas anchas. Me pareció que solo cerré los ojos unos instantes hasta que uno de los guerreros me levantó con un puntapié para seguir nuestro camino. Me pidieron que me subiera en una de las camas que habían construido con varas, hojas y telas mientras yo dormía.

—No, yo puedo caminar.

—Un nené de días tiene más fuerza en las piernas que tú —me dijo extendiendo el ba'j hacia mi rostro—, sube a la cama que te hicieron o sirve de comida a los nocturnos.

Me sentí completamente humillado. De entre la gente que se nos unió, los más fuertes cargaron con los enfermos, ancianos y heridos.

Nos alcanzó la noche y tuvimos que acampar. Se encendieron varias fogatas alrededor de las cuales nos quedamos los aldeanos y guerreros. Se preparó la mitad de la comida que transportábamos y se nos repartió un poco de carne de kambul y tortilla. Los Uay hicieron el ritual que vi hacer a Abasi y transformaron su cuerpo en animales. Hombres y mujeres con la parte superior de su cuerpo convertido en jaguares y perros, anduvieron caminando en círculos alrededor de los fuegos, vigilando entre la vegetación durante la noche. También fue la primera vez que presencié la transformación de los Uay Ch'iich. Tenían picos por boca, ojos grandes y plumas en toda la cabeza y el torso. Los brazos y manos se convirtieron en alas llenas de plumas largas y coloridas, con las que se elevaron por encima de los árboles. No sufrimos ningún ataque esa noche, ni escuchamos nada sobre los nocturnos. Antes del amanecer los Uay Peek trajeron el cuerpo de dos venados, los desollaron, asaron y comieron antes de partir nuevamente al salir el sol.

El segundo día, el trayecto fue más ágil, me sentía mejor y me dejaron caminar. La verdad es que nadie quería cargar conmigo. Casi todos teníamos buen ánimo después de una noche más tranquila. Poco a poco el calor se hizo más tolerable y el camino se volvió más fácil. La vegetación se hizo más grande y espesa a tal grado de cubrirnos por completo, lo que nos daba resguardo del sol y refrescaba el aire. Cerca del mediodía encontramos un camino recto y despejado de tierra aplanada y roca lisa cuidadosamente acomodada, lo seguimos de ahí en adelante. Pasamos junto a una hilera de chozas abandonadas.

El canto del pájaro toh nos indicó que ahí cerca debía haber un cenote. Alguien sugirió buscar un poco de agua para refrescarnos, pero fue ignorado por los Uay y los guerreros por igual. Fuimos encontrando más y más chozas, algunas con personas aun viviendo en su interior, hasta que fueron más las casas que los árboles alrededor nuestro.

Al frente se alzó una escultura de Chaak, labrada en piedra. Sin darme cuenta, nos habíamos internado en una ciudad, había centenares de casas y construcciones de fachadas blancas pintadas con cal y decorados rojos; techos de palma, de maderos cubiertos con adobe y los más grandes, de ladrillo y roca. El murmullo de la ciudad fue en aumento, a la distancia escuché la música de flautas, sonajas y tambores. El aire estaba inundado de aromas dulces, amargos, salados. Un edificio de piedra caliza se alzaba por encima de todos los demás, mucho más alto que cualquier árbol que hubiera visto, tan alto como el risco cerca de la aldea donde me encontraba con Yatzil al atardecer. Era una ciudad de pirámides como las que nos mencionaban taat y mi tío cuando nos contaban historias a Nahil y a mí. Alrededor de aquellos grandes edificios se veían los monolitos dedicados a Yum Kaax para bendecir la tierra y las cosechas.

—Oye, chamaco —uno de los guerreros me llamó—, este no es tu lugar, no tienes nada que hacer aquí.

Más grupos de personas iban entrando a la ciudad al igual que nosotros y el guerrero me guió con ellos haciendo uso de su arma hasta entregarme con otro guerrero.

—Llévate a este invasor con los suyos —le dijo a su compañero.

La gente de la ciudad iba de un lado a otro cargando morrales y vasijas sobre sus cabezas, inmersos en los quehaceres del día a día. Los niños se paseaban en los brazos o espaldas de

sus madres y otros más corrían para vernos pasar. Hombres y mujeres nos miraban sorprendidos, otros con tristeza o desencanto y unos cuantos más con repudio. “No puede ser que sigan trayendo más, ya no hay espacio aquí para ellos.” “¿Cuándo acabará esto?”. “En qué estaba pensando nuestro K’uhul Ajaw.” “Por Kukulkán, ¿por qué no los llevan a otro lado?”, externaban en voz alta para que escucháramos que no éramos bienvenidos. Los Uay desaparecieron, no supe en qué momento se fueron ni a dónde. Una vez que nos dejaron, los guerreros se volvieron más agresivos, alzando la voz y empujando, ordenándonos que siguiéramos avanzando. Nos llevaron entre las calles doblando varias esquinas entre edificios de piedra muy altos con grabados en sus paredes y calles que a ratos se volvían empedradas, hasta que llegamos a un sitio con una aglomeración muy grande de guerreros armados con lanza y escudo. Era una plaza, rodeada de varias construcciones rectangulares cuyas entradas habían sido bloqueadas en su mayor parte y eran fuertemente resguardadas por guerreros. Nos llevaron al acceso principal, donde un guerrero que usaba adornos de plumas y hueso sobre su cabeza daba instrucciones a los demás de revisarnos a todos, ondeando su arma larga de madera: un hacha con puntas de obsidiana afilada a cada lado. Entramos uno por uno, revisaban que no lleváramos nada con nosotros que pudiera ser utilizado como arma. A una mujer que estaba delante de mí le arrebataron una pulsera de plumas con centro de jade.

—Es un pago para el reino por la seguridad —le dijo el guardia—, ¿tú qué estás viendo niño? —me dijo—, ya, ya, adelante, ve con tu familia, anda.

El lugar estaba repleto de mujeres, hombres, niños y ancianos. Miles de personas esparcidas en pequeños grupos familiares buscando un lugar donde descansar y una fila

enorme de personas que se amontonaban para recibir un poco de comida de un grupo de señoras que cocinaban y repartían apresuradamente a quienes iban llegando. Aún era temprano para comer, pero muchas cosas no se realizaban con normalidad en ese lugar para los refugiados, según me enteré. Fui de inmediato con las señoras de la comida y después de hacer fila me entregaron una tortilla con un poco de frijol. Fui de los últimos en alcanzar bocado ese día, poco después de pasar escuché los gritos y quejas de las personas que se aglutinaban alrededor de las cocineras. El tumulto estaba a punto de estallar cuando vinieron rápido un grupo de guerreros y un golpe seco con el mango del b'aj fue suficiente para que el primero de los refugiados cayera al suelo y los demás se dispersaran.

Devoré de un bocado la poca comida que conseguí y con el estómago rugiendo busqué un lugar con sombra donde descansar, mis piernas temblaban y mis pies dolían. Comenzaba a quedarme dormido cuando un hombre muy molesto se apresuró a levantar una pequeña vasija rota tirada a un lado mío.

—¡Hey, hey! Esto es mío, rufián. Consíguete el tuyo —escupió y se fue de prisa muy nervioso.

Un grupo pequeño de seis o siete personas llegaron por la entrada principal custodiados por guerreros. Llamó mi atención un joven de hombros anchos y cabello recogido. Me puse de pie y fui tras él. Uno de los guerreros me detuvo.

—¿A dónde crees que vas mocoso? Nadie sale de aquí, regresa a donde estabas.

El guerrero me empujó con el escudo y tuve que ceder. Esperé al muchacho, observándolo desde la distancia. Mi corazón se llenó de alegría al confirmar su identidad. Corrí hacia él y lo llamé.

—¡Kinich! ¡Kinich!

Giró a todos lados buscando a quien le hablaba.

—¿Akbal?

—¡Kinich!

Lo rodeé con mis brazos, mi barbilla descansó sobre su hombro y al abrazarlo, las yemas de mis dedos se hundieron en la piel tostada de su espalda trayéndolo hacia a mí, no quería soltarlo a pesar de lo incómodo que resultaba el sudor de ambos.

—Akbal, estás vivo, no puedo creerlo. ¿Hay alguien más contigo, has visto a mi familia?

Di un paso atrás, mi rostro desconsolado respondió lo que mi boca no pudo.

—Creí que yo era el único —le dije—, ¿alguien más escapó contigo?

Kinich negó con la cabeza, desvió la mirada y habló pausadamente en voz baja.

—Esas cosas... no es natural lo que hacían. Tratamos de defendernos, Akbal. Yo vi cómo le clavaban una lanza en el ojo a uno de ellos sin que eso lo detuviera. No sienten dolor, no creo que tengan miedo. Mi taat y yo corrimos hacia las balsas para escapar, pero cuando llegué, él ya no venía conmigo. Lo esperé, lo llamé, pero no llegó. Solo los de ojos ennegrecidos vinieron tras de mí. Me adentré en el mar. No les gusta el agua, no se atrevieron a tocarla. Navegué cerca de la costa hasta toparme con las personas que me trajeron acá. ¿Cómo es que tú estás aquí?

—Escapé, pero los Uay me encontraron y me trajeron.

—¿Uay? ¿Te refieres a los hombres bestia?

—¿Tú también los has visto?

—No, pero he escuchado de ellos. Chichí siempre hablaba de ellos. Dicen que sirven a los dioses, que fueron enviados

por Kukulcán para protegernos y que Ek Balam camina entre nosotros.

—Es verdad, yo he visto al Gran Jaguar — le contesté.

—Ningún hombre ha visto a Ek Balam —interrumpió un hombre gordo de largas prendas que estaba recostado ahí cerca. Parecía estar alcoholizado por la manera en la que hablaba—. Los dioses no se presentan ante nosotros los humanos, solo el K'uhul Ajaw puede hablar con ellos, con los verdaderos dioses. El sol sea con ustedes hermanos, mi nombre es Canek. ¿Qué es eso que llevas ahí, chico?

El hombre señaló el bulto que Kinich traía amarrado a la cadera.

—Son solo un par de mangos que alguien me ofreció en el camino acá. Tuve suerte de que los guerreros no me los arrebataran.

Kinich tomó un fruto para sí mismo y me dio el otro.

—¿Serían tan amable de obsequiarme uno? Estoy hambriento, casi en los huesos —dijo sobando su prominente barriga por encima de la tela.

—Parece que la comida es bastante escasa aquí —le dije a Kinich.

—Por favor, tengo mucha hambre.

Dudé por unos momentos, pero cedí ante la cara lastimosa del pobre hombre.

—¡Gracias, gracias! Los dioses sabrán pagar por su caridad.

El hombre sacó un cuchillo de debajo de sus ropas y partió el mango a la mitad.

—¿Cómo es que entraste con un arma sin que los guerreros lo notaran?

—Llevo mucho tiempo aquí y conozco muchos secretos que ni los guardias saben. Ten, solo comeré la mitad, estas casi tan desnutrido como yo. En agradecimiento les contaré un secreto, los Uay que acompañan a los guerreros no son verdaderos dioses, no se confundan. Ellos son solo servidores, personas como ustedes o como yo. Algo hicieron los desgraciados para ganarse el favor de los dioses. Se creen la gran cosa, pero no les hagan caso... son solo un montón de creídos.

—Pueden convertirse en bestias —le dije.

—¡Bah! Trucos baratos de hechiceros.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Kinich.

—Llevo aquí mucho tiempo, uno se entera de cosas —contestó Canek, acercándose a nosotros y palmeándonos en los hombros. El olor alcohólico de su aliento nos dio de lleno en la cara— Akbal, Kinich... ¿esos son sus nombres, cierto? Los escuché gritarlos. Qué conmovedor encuentro. Lamento mucho lo que pasó con su pueblo. Los dioses no permitirán que pase lo mismo aquí.

Se giró tambaleándose, mirando alrededor.

—Toda esta gente, tantas familias buscando un refugio. Pobres. No creo que la ciudad pueda soportar por mucho tiempo más. Todos los días llegan más, somos demasiados —bajó la voz por un momento—, hay mucho resentimiento, ¿saben? La ciudad no quiere compartir su comida ¡¿Y qué si fuimos enemigos?! —gritó—. ¡Eh!, igual aquí estamos trabajando para ustedes. Nosotros, los refugiados, los invasores, como osan llamarnos. Como si nosotros hubiéramos pedido venir. Cultivamos su maíz como esclavos y levantamos sus muros para cuidarlos de los malditos chupasangre. ¡Malnacidos!

Canek escupió saliva espesa y oscura que me asqueó. Se tambaleó y se recargó sobre Kinich.

—Les aconsejo que tengan mucho cuidado. Hablen bajo y no se metan en problemas.

Y si pueden hacerse de una vasija o cuenco no lo suelten. No hay higiene en este lugar. Tendrán suerte si logran asearse una vez por semana. Ahora si me disculpan, tengo que ir al baño. Es por allá, no, esperen, es allá, detrás de aquellos bodegones. Sí, desde aquí puedo oler la mierda. El agua y la limpieza son lujos no aptos para refugiados.

Canek tomó una mazorca y unas hojas de maíz de una canasta y se alejó a donde dijo que era el baño. Kinich y yo pasamos toda la tarde juntos, viendo a las familias reunidas en la plaza. Averiguamos que el lugar había sido un mercado hasta poco antes. Los guerreros se paseaban entre la gente con las armas en las manos y unos pocos caminaban por los techos de los edificios, vigilándonos con mala cara. Hablaban solo entre ellos y en susurros, nunca contestaban a las preguntas de las personas que se les acercaban, por el contrario, se mostraban agresivos y a la defensiva. Se les veía nerviosos y tensos, como si esperaran que algo malo fuera a ocurrir en cualquier momento.





Los refugiados no paraban de llegar a todas horas, hombres, mujeres y niños entraban custodiados por guerreros y eran abandonados a su suerte en la plaza con el resto de nosotros, después de arrebatarnos sus pertenencias. Pueblos enteros se aglomeraban al interior del campamento y las tensiones aumentaban. La mayor parte de la gente descansaba en el suelo, con la piel quemada, expuestos a la furia del sol. La poca sombra que ofrecían los árboles no era suficiente y estaba en manos del pequeño grupo de guerreros encomendado a cuidar de nosotros y mantenernos vigilados.

El agua y la comida se repartía una vez al día cerca del atardecer y no era raro que se terminara antes de que muchos alcanzaran un bocado. La gente luchaba y se arremolinaba para alcanzar al menos una tortilla. Se los arrebataban de las manos los unos a los otros y terminaban en golpes. Las peleas se volvieron más y más comunes y a pesar de que los guerreros eran brutales con quienes se ponían violentos, no siempre podían evitarlas.

Kinich y yo supimos que hubo un pequeño grupo de refugiados, de una aldea como la nuestra que ofrecieron entregarse como esclavos a una familia empoderada de la ciudad antes de entrar al campamento, pues ya habían escuchado lo

que ocurría al interior. Trabajaron en la casa de esta familia durante varios días, gozando de ciertas comodidades en comparación a lo que vivíamos el resto, hasta que esto llegó a oídos del K'uhul Ajaw y se prohibió explícitamente que nadie que fuera refugiado trabajaría en las casas de la ciudad. Una tarde, Kinich y yo presenciamos a tres jóvenes que se aventuraron a intentar escapar, saltando por encima de las barreras que nos dividían de la ciudad. Los tres murieron bajo el filo de un b'aj.

Kinich y yo sobrevivimos al hambre con la única opción que teníamos los refugiados, que era trabajar en los sembradíos a las afueras de la ciudad, siempre custodiados por guerreros. Además, construíamos muros con enramadas sobre troncos que enterrábamos en el suelo para mantenerlos en pie. Cortábamos ramas y afilábamos las puntas para colocarlas alrededor de la ciudad como las púas de un ch'ixil a'uch gigante. Con esto teníamos un poco más de comida y agua antes de que nos regresaran al campamento justo antes del anochecer, pero sospechábamos que era cuestión de tiempo para que esta oportunidad también desapareciera.

En la plaza el ambiente era desolador y valía más ocupar la mente en algo o dormir. Una tarde que no hubo trabajo en los campos me encontré con Canek, que como era costumbre iba de grupo en grupo incomodando gente. Le pregunté si aún tenía su chuchillo.

—Siempre. ¿Por qué, planeas matar a alguien?

—Por supuesto que no, tengo ganas de tallar algo, para mantenerme ocupado.

—Bien, porque con esos bracitos dudo que seas capaz de acuchillar a nadie y terminarías perdiendo la vida y lo que es peor, perdiendo mi chuchillo.

Esa misma noche cuidando de no ser visto por los guerreros, tomé un carrizo y fabriqué una flauta muy rupestre, a la que le hice algunos detalles en la superficie para simular la piel de una serpiente, en honor al gordo Canek que me acompañó y vio muy contento todo el proceso.

—¿Puedes tocar algo?

—No. Mi tío me enseñó a fabricarla, pero no aprendí a tocarla.

—Es una lástima —replicó guardando el cuchillo bajo su ropa—, pero creo que podremos encontrar a alguien que pueda tocarla por aquí.

—Yo sé tocarla —intervino un anciano que nos había estado observando—. Si me permites jovencito, puedo probarla.

El anciano la tomó entre sus manos como si de un objeto sagrado se tratara. Cerró los ojos y puso sus labios en la boquilla. Sopló y las primeras notas comenzaron a fluir de la boca de serpiente que tallé al final de la flauta. De inmediato la gente comenzó a reunirse alrededor de él. Los niños se deslizaron entre las piernas de los adultos y formaron un círculo cercano al viejo. Yo estaba muy atento a la música, había escuchado la melodía antes. Era una de las muchas que mi tío tocaba para Nahil y para mí después de cenar, cuando la bebida despertaba dentro de él la bendición que Kinich Ahau, el dios de la música y la poesía le había otorgado. Unos días antes de su muerte, mi tío había estado labrando un nuevo instrumento para tocarle música a su nené. Se me hizo un hueco en el pecho y mis ojos se humedecieron al recordar su cuerpo y el de mi primito.

La abrupta interrupción de la música me liberó de aquel pensamiento. Un guerrero arrebató el instrumento al anciano y cuando este intentó protestar, otro lo empujó con el extremo de su lanza, provocando que cayera de espalda. Los niños lloraron

asustados y el hijo del anciano vino a defenderlo. Ambos guerreros los amenazaron con sus armas, con la punta de una lanza rozando su cuello. Algo se apoderó de mí, un odio incontrolable que me hizo apretar los puños hasta clavar las uñas contra las palmas, antes de darme cuenta ya me había interpuesto entre los guerreros y el hombre. Kinich, que también presencié toda la escena y escuchaba la música junto a mí se puso de pie y fue a ayudar al señor a levantarse. Les reclamé a los guardias alzando la voz, pude ver miedo en sus pupilas. La plaza se quedó en silencio, las miradas de todos se posaron sobre nosotros y eso hizo que ambos guardias se controlaran un poco, pues no querían comenzar un disturbio ni llamar la atención. Hasta ellos sabían del coraje que el campamento reprimía en contra de ellos y que buscaban un momento de escape como ese. Más personas se acercaron y rodearon a ambos guerreros. Se escucharon silbidos y gritos. Otros guerreros vinieron corriendo con las armas alzadas, incluyendo al guerrero con el tocado de plumas y hueso que resguardaba la entrada principal del campamento. El jefe de los guardias ordenó la calma, era acompañado por una mujer con túnica gris y una pluma tatuada en el hombro.

—¿Qué está pasando aquí?, ¿cuál es el problema? — preguntó el líder a sus guerreros haciendo una seña peculiar con los ojos para señalar a su acompañante de túnicas grises.

—Ninguno, señor, solo estábamos haciendo una revisión y platicando tranquilamente con nuestros amigos refugiados. No hay ningún problema.

El guerrero le arrojó la flauta al anciano y frotó la cabeza de una de los pequeños con brusquedad. El anciano y su hijo se limitaron a asentir. Kinich y yo guardamos silencio, aguantando con coraje la sonrisa burlona de los guerreros.

—Me alegra que hagan relaciones con nuestros amigos de otras naciones. Ya habrá tiempo para eso en otra ocasión. A ustedes dos los estaba buscando, los he recomendado para entrar en las pruebas de los Uay. Irán con la mujer que ven frente a ustedes y harán todo lo que les diga, ¿entendido? —expuso el líder de los guerreros a sus subordinados.

Los guardias se alejaron y todo volvió a la normalidad en poco tiempo. El anciano y su familia nos invitaron a Kinich y a mí a quedarnos con ellos un rato. Kinich aceptó y yo no quise alejarme de él. Canek vino a sentarse con nosotros, sacó de sus ropas un poco de fruta que repartió entre todos e hizo una seña de guardar el secreto.

—Se los robé a los guerreros sin que se dieran cuenta, aprovechando que ustedes los tenían distraídos —explicó Canek.

Cualquier disgusto que pudiera provocar su persona o mal olor desapareció en ese instante.

—Creo haber escuchado que, a esos guerreros, ¿los van a llevar con los Uay? —preguntó Kinich.

—Eso dijeron, para convertirse en uno de ellos, creo yo —contestó un joven, familiar del anciano.

—Entonces, la habilidad que dicen tener, ¿se puede aprender? —preguntó Kinich.

—Si encuentras quien quiera enseñarte. Es un don que se tiene que otorgar desde el corazón, es una transformación... del espíritu —respondió Canek, eructando las últimas palabras y golpeándose el pecho—. Se tiene que ganar.

—Pues no creo que ellos se lo merezcan —me atreví a decir.

—No, los Uay están aquí para ayudarnos. Nos defienden. Esos guerreros no saben nada de ayudar, solo usan la fuerza para abusar de los demás —agregó el viejo.

—No podría estar más de acuerdo, pero supongo que es una decisión que depende de los Uay y sus líderes ¿qué harían si ustedes fueran Uay? —nos preguntó Canek

—Me desharía de todos los guardias y liberaría el campamento, tomaríamos la ciudad para nosotros —contestó el joven riéndose.

Después de pensarlo un momento, Kinich le contestó.

—Ayudar a nuestros hermanos, traerles comida y agua. Evitar que las criaturas de ojos negros se acerquen.

La idea de tener todo aquel poder que vi en Abasi cuando estuvimos escondidos en la choza me llenó de pavor y emoción al mismo tiempo.

—Iría tras esos malditos monstruos, uno a uno los mataría a todos, sin duda. Nadie más debería sufrir lo que ocurrió en nuestra aldea.

Canek se rascó la barbilla y meditó en las respuestas.

—Pues bien, pónganse de pie Akbal y Kinich. Síganme, creo que tal vez ustedes sean a quienes buscaba —de pronto Canek se escuchó mucho más sobrio. Se quitó las ropas largas que cubrían su pecho y espalda. Los tatuajes de los Uay quedaron visibles, resaltando uno de una garra curva sobre el hombro izquierdo—. En nuestro campamento necesitamos gente como ustedes, que no tengan miedo de interponerse ante alguien más fuerte para defender a los débiles. Akbal y Kinich, si lo desean, puedo llevarlos al camino para convertirse en Uay.



El campamento de los Uay estaba situado a espaldas de la pirámide más grande, a diez k'aan de distancia de la cancha para el juego de pelota, opuesto al palacio del K'uhul Ajaw al otro lado de la explanada. Era un área sin muchas construcciones, un claro de la selva al que se le permitía existir dentro de la ciudad, rodeado de frondosos cedros, jardines de flores y árboles frutales de los cuales se alimentaba el palacio. Era probablemente el área más bella de la ciudad, donde se encuentra uno de los dos cenotes sagrados a cargo de la guardia personal del K'uhul Ajaw. Sus límites estaban rodeados por un entrelazado de listones rojos y púrpura que ningún ciudadano, guerrero o incluso sacerdote podía cruzar sin el permiso explícito de los líderes y generales Uay. Quien entrara, lo hacía solo bajo la orden del K'uhul Ajaw con asuntos de extrema importancia. Debía rogar por el permiso de acercarse y era vigilado de cerca y con recelo por los Uay todo el tiempo que permanecieran dentro.

Las pocas construcciones que se podían encontrar eran las chozas que utilizaban los Uay. Casitas pequeñas de uso personal muy rudimentarias, elaboradas con maderos que se sostenían sin amarres, únicamente por la distribución de su propio peso, disfrazadas con hojas y lianas para que pasaran desapercibidas en la selva a los ojos de alguien no muy observador. Rara vez las

utilizaban, porque la gran mayoría del tiempo los Uay dormían al aire libre, cubriéndose los ojos con algún trapo para poder descansar en las horas de sol, pues se mantenían activos casi toda la noche.

Había hombres y mujeres Uay, la mayor parte de ellos de apariencia joven, que pasaban largas horas entrenándose en la lucha cuerpo a cuerpo y el uso de las armas. Algunas de sus herramientas de batalla me eran conocidas como el hacha, la lanza y el escudo, pero también usaban otras que jamás había visto. Armas puntiagudas, delgadas como tablillas afiladas, hechas de una roca lisa y pesada, bendecidas por el toque de nuestro señor Itzamná, pues brillaban como las olas en la orilla de la playa al cenit de su transcurrir diario por los cielos.

Sus lanzas y cuchillos quebraban nuestros escudos y hojas de obsidiana al primer impacto. Eran poderosas y escasas, solo se le permitían usarlas a sus dueños originales, aquellos que habían sido elegidos por los dioses tiempo atrás en tierras desconocidas.

Las costumbres de los Uay eran muy distintas a las nuestras y aunque tenían acceso constante al agua, era raro verlos aseándose, sobre todo aquellos de naturaleza extranjera que no compartían los rasgos de nuestro pueblo. Los Uay que fueron elegidos de entre nuestras ciudades y ahora vivían con ellos, utilizaban las mismas prendas de color gris, o blanco en algunos casos. Aprendieron su lengua y de esa forma se comunicaban con ellos, haciendo muchas veces de traductor con nosotros, como fue el caso de Canek.

Cuando Kinich y yo entramos al campamento, éramos más de cincuenta reclutas elegidos para participar de las pruebas con las que los brujos seleccionaban a aquellos con quienes compartirían el don de su magia. Con excepción de nosotros

dos, todos eran guerreros, la mayor parte pertenecientes al ejército de esta ciudad. Solo uno, Iktan era extranjero que llegó como refugiado desde una aldea hermana a la nuestra. A nadie que no compartiera su don se le permitía ingresar al campamento con armas, solo los Uay podían utilizarlas ahí. Aun así, los guerreros elegidos por la ciudad se presentaron con todos los ornamentos que daban testimonio de su fiereza y habilidad, buscando impresionar a los líderes Uay. Vestían hombreras y muñequeras, collares de colmillos de cocodrilo o pecarí, orejeras de cuero y hasta las mandíbulas blancas de algún depredador colgando en sus mejillas, además de adornos de pluma y jade que atestiguaban el nivel de vida que habían logrado a causa de sus victorias.

Nos colocaron a todos en una línea lado a lado y nos hicieron esperar al calor de la mañana por varias horas. Imaginé al ver sus caras sudorosas y sus gestos de hastío que muchos se arrepintieron de llevar tanto peso sobre su cuerpo. Cuando el sol brilló más intenso y el reflejo sobre la tierra blanca caló más fuerte en los ojos, se acercaron cuatro Uay: una mujer de caderas anchas, brazos fuertes y cabello corto; un hombre de piel clara y ojos rasgados; Abasi, el hombre de piel oscura que me encontró en el bosque y el regordete Canek.

Abasi caminó frente a nosotros escudriñando con la mirada a cada uno de los reclutas. Habló en la antigua lengua de los Uay, una voz como rugido que los dioses le habían otorgado. Canek tradujo para nosotros sus palabras.

—El talento que nos han otorgado los dioses, no es algo que se le pueda transmitir a cualquiera. Hace falta mucho temple, fuerza y sabiduría para dominarlo. Están aquí para competir por ese don. Solo los más fuertes podrán alcanzarlo y unírseos en una de nuestras tribus.

El gigante Abasi se detuvo frente a mí y se giró para hacerle un gesto a Canek, quien respondió asintiendo y dándole un trago al calabazo que colgaba de su cadera y tras esto continuó con su discurso.

—Renunciarán a su nación, a su familia y a las fronteras que en su ególatra ingenuidad han trazado para distinguirse de sus iguales. Los Uay vamos libres por el mundo en comunión con la naturaleza, somos parte de ella y ella de nosotros. Nos valemos de su fuerza y ella se alimenta de nuestra voluntad. Si son seleccionados, no serán parte ya de los hombres ni de sus reinos sino del mundo entero. Caminarán junto a los dioses y será su privilegio servirles, vivirán por ellos y cuando el momento los alcance, también por ellos morirán. Se concentrarán en hacer su voluntad, protegiendo la creación y a todos los pueblos humanos por igual. Si alguno no está dispuesto a realizar este sacrificio, retírese ahora.

Algunos de los guerreros se miraron entre ellos, pero nadie puso un pie fuera de la fila que formábamos. Abasi dio un paso atrás y el hombre de ojos rasgados pasó al frente. De nuevo Canek habló por él para que pudiéramos entenderle.

—A partir de este momento —dijo Canek traduciendo a quien se presentó bajo el nombre de Xome-Yuan— no les será permitido abandonar este lugar. Si en algún momento cruzan los listones que hemos puesto para delimitar el perímetro, cualquiera que fuese la razón, no les será posible regresar nunca más. Han dejado atrás familia y amigos. No tienen más hermanos que quienes están a su lado. No obedecen a ningún rey, el K'uhul Ajaw no tiene autoridad aquí y para ustedes solo existe este espacio y quienes lo habitamos.

Algunos de los reclutas se incomodaron y protestaron en voz baja al escuchar las palabras que Canek tradujo. Se

sintieron ofendidos, pues les estaban pidiendo que olvidaran el juramento que habían hecho con su K'uhul Ajaw y su pueblo, aunque ninguno se atrevió a levantar la voz ni movió un pie.

—Lo que salga de nuestra boca será ley y deberán acatarla —continuaron Xome-Yuan y Canek—, aún si es contrario a lo que creen saber acerca del mundo y lo que consideran correcto. Se dirigirán a nosotros cuatro como maestros y deberán obedecer con diligencia.

Nadie contestó en voz alta. El que no hubiera protesta bastó para dar por terminada su participación. La mujer tomó la palabra, su nombre era Namú. Habló enérgica y en tono alto. Canek tradujo para nosotros.

—Vivimos en guerra constante con la noche y los prepararemos en la sabiduría que nos han otorgado los dioses. Los entrenaremos para la batalla, sus cuerpos y sus mentes conocerán los límites más allá de lo imaginado y, con el tiempo, serán capaces de enfrentar al enemigo en todas sus formas...

Uno de los jóvenes reclutas comenzó a reír. Por las faldas de cuero pintadas y llenas de piedras que utilizaba, además de los collares de oro y jade que colgaban en su pecho, supe que era parte de la nobleza. Namú se acercó a él y le escupió palabras a la cara que Canek con gesto de sorpresa no supo o no se atrevió a traducir.

—Dile a esta... mujer, que no está hablando con niños —ordenó el joven a Canek—. Somos guerreros expertos en el combate y las armas. O bueno, los que valemos la pena —pronunció, mirándonos de reojo a Kinich y a mí—. Nuestra nación está repleta de valientes y poderosos guerreros y los mejores se encuentran formados frente a ustedes. No exagero al declarar que nadie aquí ha llevado un entrenamiento tan duro como el

mío al interior del palacio. Y eso sin contar mis estudios... ¿Qué esperas? ¡Traduce!

Canek habló, temeroso. Namú levantó las cejas al escucharlo y retrocedió dos pasos.

—¿Qué cree que puede enseñarme ella a mí? —el joven habló en voz baja para sus compañeros—. Por el contrario, yo podría enseñarle un par de cosas sobre la fuerza de nuestro pueblo —dijo golpeando ligeramente sus muslos ocasionando la risa de algunos guerreros.

—Muy bien, pues enséñame entonces —Namú le contestó en nuestra propia lengua, dibujando una sonrisa. Le hizo una seña para que pasara al frente—. Adelante, muéstrame lo que sabes, oh valiente y poderoso príncipe guerrero.

El joven guerrero accedió gustoso. Tronó sus nudillos, avanzó sonriente y tomó la posición de defensa que utilizaban los guerreros de su tribu. Con las piernas flexionadas extendió los brazos al frente, los cruzó frente a su pecho y los bajó con fuerza extendiéndolos a los costados. Dio un grito de batalla y se arrojó con furia hacia Namú. Ella con un rápido movimiento lo apresó de la muñeca, le dobló el brazo y lo empujó, tumbándolo sin mayor dificultad, luego lo remató en el suelo con un pisotón en las costillas.

Hizo una seña para que se levantara y lo intentara de nuevo. El joven se puso de pie sacudiendo con sus manos el polvo de sus ornamentadas faldas. Esta vez fue más cuidadoso al ir tras ella, pero de nuevo no representó ningún reto para Namú que en un instante lo había tomado de la nuca con la mano izquierda al tiempo que le daba un codazo con la derecha en la cara, derribándolo y haciéndolo sangrar de nariz y boca. Los guerreros se inquietaron al ver la escena. Namú se agachó, tomó al joven de los collares y les dio vuelta, apretándolos alrededor

del cuello y cortándole la respiración mientras lo arrastraba hacia la orilla del campamento donde colgaban los listones. El joven trató de librarse con una mano y manoteó con la otra pidiendo ayuda. Dos guerreros rompieron la fila buscando socorrerle, pero se detuvieron al instante cuando una vara muy delgada con plumas amarradas al extremo contrario de la punta se enterró frente a sus pies a gran velocidad. Era como una lanza diminuta que Xóme-Yuan había disparado utilizando un gran arco de madera. Namú rompió los collares con la misma mano que lo arrastraba y liberó al joven poco antes de cruzar el límite del campamento. El joven aspiró grandes bocanadas de aire con desesperación.

—Puedes cruzar ahora por tu propio pie y regresar al palacio a jugar tus juegos de niño mimado —Namú arrojó los collares de oro y jade del otro lado del listón—, o puedes pararte de una maldita vez, regresar a la fila, cerrar la boca y empezar a mostrar algo de respeto.

El joven se puso de pie, miró sus collares en el suelo y la punta de la pirámide, detrás de la cual se erguía el palacio del K'uhul Ajaw donde había dormido la noche anterior. Agachó la cabeza y regresó a la fila arrastrando los pies.

Hasta ese momento Xome-Yuan sostenía el arco en alto con uno de sus proyectiles listo para disparar, amenazando a los guerreros que intentaran intervenir en lo sucedido. Namú habló alto en nuestra lengua para que todos pudiéramos entenderle y su compañero bajó el arma al fin.

—¡Escuchen bien! El joven Kabah, ya no es su príncipe. Ninguno de ustedes guarda otra responsabilidad con él más allá de la que tienen con cualquiera de sus otros hermanos en la fila. Si a alguien aquí no le parece justo, este es un buen momento para abandonar.

Namú señaló los listones. Los guerreros se vieron confundidos entre sí y luego a su príncipe, esperando alguna indicación. Kabah, sangrando de la nariz, con una mano en el cuello, tratando de normalizar su respiración se limitó a callar y negar con la cabeza. Namú gruñó y escupió al suelo. Se acercó al príncipe y le habló directo a la cara.

—No eres más que un niño engreído y mimado, pero no te lamentes aun, yo me encargaré de convertirte en un verdadero hombre del sol.

Tanto el príncipe como los guerreros fueron obligados a despojarse de casi todas sus pertenencias, las cuales fueron quemadas en una hoguera. El resto del día permanecimos parados bajo los ardientes rayos del sol, descalzos y en taparrabo únicamente, apoyados hombro con hombro para no desfallecer por el calor. Los guerreros se mantuvieron firmes y serenos casi todo el tiempo. El calor me provocaba el sueño y estuve a punto de desmayarme, si no fuera porque Kinich no me dejó caer. Un Uay, que se iba rotando cada cierto tiempo se mantuvo cerca, vigilándonos para que no nos sentáramos a descansar ni abandonáramos la línea. Canek era quien menos fuerte golpeaba en las costillas a quien hablara o comenzara a quedarse dormido y también fue el único que tuvo la gentileza de darnos un poco de beber, aunque fuera la bebida ardiente que tomaba. Lo más interesante de esa tarde, fueron las historias que nos contó para mantener ocupada la mente, nos platicó sobre los dones de los Uay y de cómo estos cruzaron los mares hacía muños años para llegar a nuestras tierras, desde un mundo antiguo y desconocido incluso para él.



Al segundo día con los Uay comenzamos con las lecciones de cada uno de nuestros maestros. Abasi era el principal encargado de fortalecer nuestros cuerpos. Nos sujetaba rocas en manos, pies y espalda, para luego obligarnos a trepar y bajar de los árboles una y otra vez. Un guerrero recluta cayó de un árbol y se quebró un brazo. Namú, que sabía de los remedios nuevos y antiguos lo atendió y con el tiempo supe que sanó, más no le fue permitido permanecer en el campamento, pues no podía continuar con los entrenamientos y pruebas durante su recuperación. Abandonó el lugar cabizbajo, sufriendo de la vergüenza de haber sido expulsado. Todos los días debíamos correr durante al menos una hora y cargar costales llenos de piedras de un extremo a otro del campamento, cuidando siempre de no lesionarnos de gravedad, si no queríamos ser expulsados.

Los golpes, moretones y raspaduras se fueron acumulando en mi piel. Cada día terminaba exhausto, lleno de golpes, con la espalda, el cuello y los brazos adoloridos, las piernas temblorosas y empapado en sudor. *Eres débil, cuánto más podrás soportarlo.* Fueron muchas las visitas que tuve que hacer al sitio donde la maestra Namú preparaba sus hechizos y remedios.

Pese a lo difícil que resultaban los ejercicios del maestro Abasi, eran quizás la parte más sencilla del entrenamiento.

Lo más complicado fue acostumbrarse a los horarios o, mejor dicho, a la falta de ellos, pues no había rutina como tal. Por noches enteras debíamos permanecer despiertos y de pie sin otra cosa más que mantenernos dentro de un círculo todos juntos. Si alguien se quedaba dormido y un Uay se percataba era despertado a golpes y si alguien se caía o salía del círculo, los golpes eran para todos. No se nos permitía hablar durante estas vigiliass, así que Kinich y yo procurábamos mantenernos alerta pellizcándonos el uno al otro, lo que pronto hicieron todos los demás compañeros.

La maestra Namú nos enseñó sobre la naturaleza de los Nocturnos y sus debilidades. Decapitarlos era la mejor manera de asegurar que no se levantaran nunca más, sin embargo, había otras maneras de luchar contra ellos. El fuego podía cegarlos, las masas de agua los atemorizaban y en las noches de lluvia permanecían ocultos y hambrientos, por lo tanto, una vez pasada la tormenta volvían mucho más agresivos y desesperados por el hambre. La luz del día acabaría definitivamente con ellos. Por eso es estaban obligados a moverse de noche y a esconderse bajo tierra en las horas de sol.

Teníamos jornadas de treinta horas en las que no se nos permitía descansar. A veces entrenábamos de día, otras veces en las noches. Namú, Abasi y Xome-Yuan nos enseñaron diferentes movimientos y técnicas para someter a nuestros rivales y atacar, principalmente, con intenciones de herir en el cuello, para cortarle la cabeza a los Nocturnos. Practicábamos en parejas y sin importar quien fuera mi oponente, siempre era yo quien se llevaba los peores golpes, todos eran combatientes expertos. El otro que quizás sufría tanto como yo, era el príncipe Kabah. Le era inevitable retar a la maestra Namú. Algo lo arrastraba a intentar demostrarle a toda costa que estaba por encima de

sus entrenamientos y esto solo provocaba la ira de la maestra, quien era mucho más dura con él. Con el tiempo, las tardes de entrenamientos con la maestra se convirtieron en una especie de juego entre el ego de ambos, pero a pesar de la destreza del príncipe, Namú siempre ganaba. La fuerza y energía de los Uay parecía no tener límites y Kabah terminaba doblegado por el cansancio y los golpes. Namú siempre exigía a los guerreros que lo golpearan más fuerte a él, una y otra vez hasta que ella estuviera satisfecha.

Yo nunca pude someter a ninguno de mis rivales y por el contrario siempre caía víctima de ellos. Todos se liberaban de mis agarres con extrema facilidad a causa de mis brazos flacos y seguido de esto, me conectaban un golpe en la cara, el cuello, o los costados. A Kabah, sobre todo, le gustaba golpearme en el estómago, me sacaba el aire del cuerpo y una vez en el suelo, me conectaba un puñetazo o patada al rostro. Desde el suelo lo veía buscar siempre la mirada de aprobación de nuestra maestra. Solo Kinich se abstenía de pegarme de manera directa cuando se libraba de mis pobres intentos por someterlo.

Antes de comenzar y al finalizar cada entrenamiento, los maestros nos invitaban a cruzar el listón y terminar con nuestro sufrimiento. Abasi se paraba frente a mí con frecuencia y nos pedía a todos que cruzáramos, que nos retiráramos y dejáramos de avergonzarlos. Varios guerreros cedieron y abandonaron. No era solo por la dificultad de los entrenamientos, muchos de ellos habían dejado familia y amigos en la ciudad, sin contar todos los placeres de una vida acomodada que muchos habían conseguido a costa de la sangre derramada por sus enemigos. Cualquiera podía irse en el momento que dispusiera, los maestros Uay nunca se interpusieron ni cuestionaron a nadie que

decidiera retirarse. A aquellos que se rindieron, sencillamente se les ignoró y no se les mencionó nunca más.

Cuando el grupo de reclutas se redujo bastante, conocimos a los tres líderes de los Uay, a quienes se les podía reconocer por los tatuajes muy detallados que les cubrían la parte superior de la cara simulando el rostro de un felino, un perro y un ave; sobre la frente, alrededor de los ojos, en los pómulos y encima de la boca. Vestían igual que todos los demás y nunca vi a los Uay hacerles reverencia como hubiera ocurrido con la nobleza en las ciudades. Los tres, normalmente, venían juntos y se acercaban a supervisar el trabajo que realizaban los maestros con nosotros. Se les veía muy complacidos al ver a todos los guerreros utilizar las técnicas que nos estaban enseñando.

Kinich se desenvolvía bien en las tareas, pero le costaba mucho estar a la altura de los guerreros. Kabah, a quien los guerreros ya no se referían como príncipe, era de los mejores, pero de entre todos los reclutas el que más se destacaba era Iktan, el guerrero sobreviviente de otra ciudad. Nadie entrenaba tan duro como él. Terminaba muy agitado, pero siempre era capaz de realizar lo que se le pedía y tenía la disposición para continuar trabajando cuando todos los demás acabábamos rendidos. Algunos de los reclutas intentaban sabotearlo para hacerlo quedar mal, después de todo, era un extranjero, un invasor. Para mí, era demasiado obvio que sentían envidia. Los Uay bromeaban y discutían sobre a qué tribu debería unirse, pues todos lo querían entre sus filas.

Cada día me esforzaba, daba lo mejor de mí. Cuando sentía que las ganas de renunciar eran lo único que habitaba mi ser, cuando creía que mi cuerpo no daría más, cuando los pies de un guerrero me impedían levantarme, con el sabor del polvo en

mi lengua y la sangre corriendo por mi rostro, veía los listones tan cerca de mí, llamándome a cruzarlos y venían a mi mente los ojos negros de mi tía, las risas y jadeos de los Nocturnos, la casa de Yatzil devorada por el fuego. Solo tenía que sobrevivir unos días más, esperar a que más reclutas renunciaran, a que otros se hirieran antes que yo, hasta que no hubiera otra opción para los maestros Uay que otorgarme el don. Entonces podría ir tras esas criaturas de ojos negros y vengarme. Si soportaba el dolor un poco más, tendría la fuerza del jaguar para matarlos y deshacerme de las pesadillas, acallar el recuerdo de la noche en que los dejé morir. Si tan solo soportaba un poco más, entonces sería fuerte y si no lo lograba, entonces obtendría lo que en verdad merecía.

Abasi daba la orden de correr y yo sabía que no era capaz de dar otro paso. Cerraba los ojos y escuchaba el grito de mi na' que partía la noche y me desgarraba el alma. Cada vez que mis rodillas tocaban el suelo escuchaba esa voz en mi cabeza *Levántate pequeño llorón, no te desmayes, no vuelvas arrastrándote a la choza de la maestra Namú. Levántate o haz que te maten, no mereces nada mejor que eso.* Otro golpe en mis muslos que me hacía caer y las espirales de fuego sobre la casa de Yatzil subían al cielo. Abasi levantaba la voz incitándome a renunciar, pero por encima de su voz escuchaba los gritos de mi familia pidiéndome ayuda mientras me alejaba de ellos. El recuerdo de lo sucedido dolía mucho más que todas mis heridas.

Canek también nos daba lecciones, nos enseñó sobre la construcción de los refugios, las herramientas y trampas que servían tanto para cazar animales como para protegerse de los Nocturnos. Esto era lo peor, me hacía revivir los regaños de mi taat, y veía en los ojos de los maestros al observarme, la misma

desilusión que le causaba a él. Cuando Canek se acercaba sabíamos que se aproximaba la hora de comer. Llegaba siempre con una nueva tarea, daba unos tragos a su bebida y la realizaba él mismo con una destreza impresionante, para que nosotros la repitiéramos. Afilar un cuchillo, construir una trampa con cuerdas y nudos, tallar puntas de flecha. Era difícil no solo por la habilidad y concentración requerida, por lo regular debía hacerlo con el cuerpo molido y las manos temblorosas, pero además sentíamos la presión de hacerlo mejor y lo más rápido posible, pues solo con la aprobación del maestro Canek tras haber terminado la encomienda, se nos permitía acercarnos a comer. Quien llegara primero podía servirse lo que quisiera de lo que hubiera disponible.

Comíamos junto al resto de los Uay en el campamento, hombres y mujeres por igual, lo que al principio incomodó a Kabah y muchos de los guerreros. Se comía carne todos los días. Los Uay, casi nunca probaban las frutas o cualquier otro vegetal, incluyendo el maíz. Eso siempre me generó desconfianza. A los Uay que vinieron a nuestra tierra de muy lejos no les gustó la tortilla, pero en cambio, se volvieron amantes de los chiles. Era raro alcanzar alguno, incluso para mis compañeros que terminaban primero, pues los maestros los devoraban todos apenas los veían. Los Uay comían mucho. Hacían banquetes dos o tres veces al día, aunque nosotros los reclutas guardábamos la tradición de comer una sola vez. Había maestros Uay que al parecer vivían en la cocina y se encargaban de preparar la comida para todos los demás. Asaban la carne en leña, les gustaba que tuviera un poco de sangre con un poco de sal y chile.

Contrario a lo que imaginé, nunca logré que Canek se mostrara satisfecho con mi trabajo y para cuando me permitía ir a comer, solo quedaban las sobras de carne mascada y nervio

pegado a los huesos del venado, pecarís o guajolotes que preparaban para cada festín. Tenía que ir viendo entre los platos y en el suelo si alguien había dejado algo intacto, lo que casi nunca ocurría. Kinich terminaba pronto con las tareas y comía despacio, esperando a que lo alcanzara para compartirme un poco de lo que tomaba para él y guardaba en su plato, pero no siempre era posible, también él luchaba por alcanzar algo.

Después de la hora de comida, el estómago siempre me rugía por el hambre. Muchas veces vomité saliva y antes de dormir me obligaba a dar un paseo. A escondidas de mis compañeros y maestros, arrastraba los pies cerca de los jardines y los huertos, de los cuales estaba prohibido comer, pues eran para uso exclusivo del palacio. Lo que no estaba prohibido era comer lo que se movía entre los árboles. Escuchaba el canto de los grillos y las cigarras y cuando encontraba alguna no dudaba en atraparlas y devorarlas al instante. El sabor de los insectos no era bueno cuando estaban crudos. Encontrarlos era fácil y no iban a acabarse. Escarabajos, palomillas, hormigas y otras tantas especies más me ayudaron a sobrellevar los días sin morir por inanición.

—Me preocupas Akbal, cada día estás más delgado y cansado. Tal vez sea mejor que regreses a la ciudad. En el campamento de los refugiados creo que vas a tener la oportunidad de comer mejor que aquí.

—Sí voy a morir de hambre, prefiero que sea aquí, a tu lado.

—No digas eso, tienes que sobrevivir, ¿qué querría tu familia?

—Mi familia está muerta, al igual que la tuya. Qué importa lo que hubieran querido —Kinich arrojó el plato a un lado y apretó los labios—, lo siento, no debí haber dicho eso.

—Tú has visto a guerreros experimentados renunciar, no hay ninguna vergüenza en ello, no para ti. Creo que estarías mejor allá.

Kinich me extendió su mano con un trozo de tortilla.

—No puedo renunciar. No hay nada para mí allá afuera.

—¿Y aquí?, ¿qué hay aquí para ti, sino golpes y hambre?

Miré sus ojos llenos de angustia y tomé la comida de su mano, rozando sus dedos por unos instantes.

—En la ciudad no me van a enseñar como matar Nocturnos. Si existe una forma de acabar con esas cosas...

—Nada va a cambiar lo que nos ha ocurrido Akbal, pero creo que podemos proteger lo que nos queda. Todavía hay mucho que podemos salvar. Yo quiero que te salves.

—Yo no tengo salvación, Kinich.

—El entrenamiento es muy duro, no puedo cuidar de ambos.

Kinich se puso de pie y se alejó cabizbajo. Esa fue la primera noche que Kinich y yo no dormimos juntos espalda con espalda. Me costaba mucho conciliar el sueño cuando él no estaba cerca. Veía las estrellas, me parecía escuchar a na', cantándonos a mi Itsin y a mí. Al dormir soñaba con Yatzil sobre la cima del risco esperándome al atardecer, antes de que las pesadillas tomaran control y me hicieran revivir los gritos de horror de mi familia.



—No, cariño, esto no tiene ningún sentido. Los Nocturnos odian el agua, no pueden cruzarla, mucho menos sumergirse —se quejó Anat.

—Claro, todo el mundo lo sabe, pero dime, ¿cómo explicas que hayan cruzado el océano? —le cuestionó Koji.

Los cuatro Uay estaban parados al borde del precipicio, observando los arañazos ocultos entre las lianas sobre las paredes de roca y el pequeño arroyo que descendía hasta la boca de una cueva sumergida en aguas cristalinas.

—Este es uno de los cenotes sagrados —expuso Ikal—, una puerta al mundo de los dioses.

—Apuesto que está lleno de túneles y cavernas. Si hay más de estos cenotes conectados, explicaría cómo es que los Nocturnos aparecen y desaparecen tan fácilmente a lo largo de todo el territorio —señaló Ébalo.

—Los hay por miles, aunque yo solo conozco este y pocos más, he escuchado que se encuentran por toda la región cerca de muchas de nuestras ciudades y sus galerías se pueden extender por muchos campos —añadió Ikal.

—Entremos a explorar —sugirió Koji.

—Qué pésima idea —replicó Anat —, deberíamos regresar y avisar del hallazgo.

—¿Avisar qué? No sabemos nada aún. Las marcas en las paredes no prueban nada, como tú lo dijiste, los Nocturnos odian el agua —contestó Koji.

—Deberíamos echar un vistazo primero. Ver si encontramos algo que valga la pena reportar —dijo Ébalo—. Además, nos vendría bien un chapuzón.

—Vayan ustedes, yo aquí los espero —respondió Anat algo molesta.

—De los cuatro, eres quien posee los mejores ojos, podríamos necesitarlos allá abajo. ¿Necesito recordarte el deber que tienes con tu tribu? Sabes que no nos escucharán a nosotros si encontramos algo. ¿Qué les dirás cuando te cuestionen? —insistió Koji.

Anat aceptó de malas, honrando el voto que hizo con los suyos. Comenzaron el descenso, sosteniéndose de las raíces y lianas que caían por las paredes del peñasco. Ikal no se movió y su maestro se dio cuenta de ello.

—Es un lugar sagrado —dijo Ikal temeroso—, mira las inscripciones.

—Caminas con los dioses ahora, muchacho, su sangre corre por tus venas. No hay lugar sagrado que no puedas tocar con tus plantas. Ven —ordenó su maestro—. Ten confianza.

Ikal obedeció. Saltaron cuando estaban a poca altura, salpicando en la parte menos profunda, los pedruscos soltaban burbujas. Los cuatro se retiraron las túnicas y decidieron dejar las armas ahí, pues podían entorpecer el avance en aguas profundas, excepto Koji que se negó a separarse de sus espadas y conservó el cinturón de cuero atado a su cuerpo desnudo. Los

cuatro caminaron hacia la entrada de la cueva, sumergiéndose poco a poco en el agua.

—¡Ah! Está fría —se quejó Koji.

—Yo creo que está perfecta —dijo Ébalo internándose con una gran sonrisa, y girándose para apreciar el cuerpo de su compañera que se había quedado atrás.

—Sigo pensando que es mala idea —murmuró Anat.

Ikal entró al último, rezando en voz baja a Ixchel para que lo iluminase en la oscuridad.

—Perdóneme mi señora Ixchel si la ofendo al entrar en su reino, yo solo busco servir a los dioses. Si algo sale mal, le suplico me permita retornar a este lugar con vida.

Dentro de la cueva, el agua era profunda. Ébalo nadaba feliz sumergiéndose y reapareciendo por debajo de sus compañeros. Anat e Ikal veían las formaciones de roca sobre sus cabezas, picos que pendían del techo y de las cuales escurrían pequeñas gotas.

—También las encuentran allá abajo —les dijo Koji a ambos.

Anat soltó un pequeño grito cuando Ébalo le dio un pellizco desde abajo del agua. Ikal nadó hondo.

—Bueno, qué piensan, ¿nos adentramos en una enorme boca de piedra babeante? —rio Ébalo—, tranquilos, todo esto es normal, ya he estado en otras cuevas similares.

El joven maya salió del agua de repente, algo alterado.

—Maestro, tiene que ver esto.

Los tres Uay lo siguieron al fondo del pozo. Ikal los llevó a un punto entre los picos de roca que mencionó Koji, donde reposaban las osamentas de varias personas. Ébalo se acercó y tomó un par antes de regresar a la superficie. Sostuvo un cráneo

de modo que todos pudieran verlo, la blancura parecía brillar como antorcha entre sus manos.

—Aún conservan pequeños restos de carne muerta, no tienen mucho tiempo de haber sido arrojados aquí —explicó el viejo, preocupado.

—Era tan sólo una niña, doce años a lo mucho —agregó Anat.

—Hay muchos cadáveres ahí abajo. ¿Qué hacemos, deberíamos llevar sus restos con nosotros? —preguntó Koji.

—No en este momento, debemos seguir investigando —contestó Ébalo.

Avanzaron internándose más en la cueva hasta que dejaron de percibir la luz del exterior y las tinieblas cubrieron todo. Nadaron por debajo de un arco de picos rocosos y se encontraron con rocas afiladas a poca profundidad que les costó varios raspones y cortaduras a los cuatro. Arribaron a una cámara en penumbras, donde un haz de luz se colaba por una abertura en el techo y caía sobre unas rocas coloradas en terreno alto.

—Ese hueco, probablemente pasamos por encima de él y no nos dimos cuenta —señaló Ikal.

—Tal como dijiste aullador, es probable que toda esta tierra esté repleta de túneles y cavernas —dijo Koji—, deberíamos cambiar de forma, nos ayudara a recorrer el lugar.

—Me parece una buena idea.

Koji se puso de rodillas, cerró los ojos y apretó los puños chocando los nudillos a la altura del pecho. Ébalo bajó una rodilla y le hizo una seña a su aprendiz para que hiciera lo mismo, puso su mano en el pecho y murmuró en voz baja al igual que Ikal.

*Sean los dioses conmigo su siervo leal. Estas carnes que reclamarán tus fauces de tu fuerza se sirvan, madre tierra y mi*

*voluntad te encamine a la luz más allá del sendero de huesos. Mi sangre enjuague tu rostro y no permita a la oscuridad imponerse.*

Sus cuerpos comenzaron a contraerse y temblar, el rostro de los tres se alargó y su cuerpo se llenó de pelo, en el caso de Koji, pelo corto con manchas atigradas y para Ébalo e Ikal, pelo largo y de tonalidades más oscuras. Las piernas se estiraron y sus pies se alargaron y quebraron para tomar la forma de felino y canes, respectivamente. Los músculos se fortalecieron, las uñas se hicieron duras y se curvearon como las garras de un animal. Anat fue la última en transformarse, indecisa, pensando si las alas no serían un mayor inconveniente. Permaneció de pie con los ojos cerrados y los brazos a los costados, comenzó a temblar y se arqueó hacia atrás. De sus omoplatos crecieron dos puntas de hueso y cartílago que perforaron la piel y se estiraron hasta ser dos veces el largo de sus brazos. Poco a poco una membrana creció y se llenó de plumas marrones, al igual que su pecho, sus brazos y parte de su rostro.

Nadaron a través de algunos túneles, y gracias a sus ojos de bestia nocturna pudieron observar con detalle las formaciones rocosas y los distintos caminos que se abrían en todas direcciones en las galerías, atravesando estalactitas y estalagmitas.

—Si seguimos avanzando podríamos perdernos —les dijo Anat.

—Creo que tienes razón, será mejor volver otro día, con más gente —dijo Ébalo.

—Esperen, me he topado con algo extraño —Koji colocó en las manos de Anat un trozo de hielo—, síganme y les muestro.

Los llevó a una pequeña cuenca entre las rocas donde el agua estaba helada. Cruzaron uno a uno y salieron a una cámara enorme de techos altos con picos cubiertos de hielo y

una extensa superficie por encima del agua con una cubierta de escarcha que hacía del suelo muy resbaladizo. Anat se sacudió el plumaje y extendió las alas para volar y entrar en calor. Ébalo respiraba agitado, exhalando nubecillas de vapor.

—¿Esto... es lo que creo, aullador?

—Sí, son ellos. Cuando duermen, los Nocturnos enfrían sus cuerpos. Nunca había visto un nido tan grande como para congelar el agua a su alrededor.

Ikal se acercó a una de las paredes. Debajo de una capa de hielo reconoció el rostro de un joven. Debía tener más o menos su misma edad y dormía petrificado.

—Están en todos lados. Cuelgan del techo —les gritó Anat que volaba entre los picos congelados.

—Debe haber miles de ellos, decenas de miles, quizás —dijo Koji.

—No creí que pudiera existir un nido tan grande. ¡Ikal! Ven aquí, tenemos que irnos.

Ikal dio un paso atrás. El hielo frente a él comenzaba a crujir y cuartearse. Pedacitos de hielo y escarcha cayeron del techo y, frente a los tres Uay, estalló un trozo de la pared, liberando a un Nocturno que golpeó el suelo húmedo. Koji alistó su arma y Ébalo los colmillos. Algo cayó desde las alturas y rodó por el suelo resbaladizo. La cabeza cercenada de Anat se detuvo frente a los pies de Koji. En el techo de la caverna, media docena de Nocturnos se disputaba el cuerpo de su compañera, arrancándole las alas y el resto de sus extremidades. El Nocturno que acababa de desprenderse de la pared se irguió, estiró un poco los brazos y el cuello tronando los huesos. Era muy delgado, lampiño y de piel blanca como la luna que se le hundía en el rostro demacrado, con las cuencas profundas y pequeños ojos

negros sobre los huecos donde debería haber estado su nariz. Su voz era suave, pausada y grave.

—Que mala idea perturbar nuestro sueño. Cuando nos despiertan antes de tiempo, nos ponemos un poco irritables... y hambrientos —les dijo el Nocturno.

Koji e Ikal no entendían lo que estaba pasando, era la primera vez que escuchaban hablar a un Nocturno. Koji, sin pensárselo dos veces se lanzó con furia elevando el filo de su armaespada por encima de la cabeza y dejándola caer con toda su fuerza sobre el cuello del Nocturno que acababa de hablarles. El Nocturno no hizo ningún intento por esquivar el golpe; dejó que la espada impactara contra su piel lechosa. El metal atravesó unos milímetros de la carne y unas gotas purpuras corrieron desde la herida hasta su pecho. Koji permaneció boquiabierto, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Uukum' soots —musitó Ébalo con voz temblorosa—. Una forma distinta de Nocturnos.

—¿Asustado? —preguntó el Nocturno con rostro apacible—, deberías estarlo.

El Nocturno apresó la cuchilla con su mano y pateó a Koji, haciéndolo caer y arrebatándole el arma. La tomó con ambas manos desde los extremos, subió la rodilla y partió el metal golpeándolo contra su muslo y en seguida arrojó los fragmentos al piso.

—Veo sus dientes, sus garras, su mirada... quieren pelear. Lo que sea que crean que están haciendo, por favor, desistan. A diferencia de la mayor parte de mis congéneres, yo no disfruto particularmente de la lucha. Librémonos de una pelea inútil y pasemos directamente a la irrefutable conclusión. Esta hermosa formación de roca, congelada por la presencia de mis hermanos ha sido dispuesta como tumba para ustedes y por

ustedes. Renunciaron a toda esperanza cuando entraron aquí, ahora es momento de aceptar esa realidad, este es un gran lugar para morir, sus restos perdurarán durante muchos soles y lunas y serán testigos de la grandeza del poderío de nuestro señor. Acepten el dulce regalo de la muerte que les ofrezco sin oposición y su final será menos desagradable que el de su amiga. Se los prometo.

—Eres un imbécil si crees que vamos a entregarnos sin un combate —dijo Koji incorporándose y extendiendo las garras.

—Tu sangre, tus números, no nos asustan. A peores cosas nos hemos enfrentado —dijo Ébalo.

—Lo dudo. Yo puedo oler su sangre, ninguno de ustedes es un sangre pura, ni siquiera tú, perro viejo. No tienen oportunidad y lo saben.

—Tiene razón, Ikal —susurró Ébalo—. No podemos vencerlo, mucho menos a todo el nido.

—Ikal debes irte, avisa a los demás lo que encontramos y vuelvan al anochecer. Ébalo y yo te cubriremos.

El Nocturno carcajeó.

—No, me temo que no puedo permitir eso.

El Nocturno hizo un lento movimiento de cabeza girando el cuello e Ikal percibió un cambio en el aire. Los témpanos que colgaban del techo comenzaron a partirse con gran estruendo y trozos de hielo cayeron por todos lados. Cientos de Nocturnos comenzaron a descender por las paredes, rodeándolos, chillando y gruñendo amenazantes.

—¡Vete! ¡Ahora! —exclamó Ébalo.

Koji se abalanzó contra el Nocturno y fue derribado con un rápido movimiento de su oponente, Ébalo cerró sus mandíbulas sobre el brazo del Nocturno y Koji aprovechó el descuido para contraatacar, pero el nocturno era mucho más

fuerte que los dos. Arrojó a Koji contra la pared y mordió el rostro de Ébalo, arrancando parte de su oreja y cegándolo de un ojo. Ikal escuchó el golpeteo contra el agua de los Nocturnos que se precipitaban desde las alturas, se sumergió y nadó tan rápido como pudo hasta la cuenca por donde habían entrado él y sus compañeros. Tomó aire en la siguiente cámara, se sumergió de nuevo y buscó pegado a las rocas el túnel por donde habían atravesado. No lo encontró. Bajo el agua vio que detrás de él se acercaban varios Nocturnos, manoteando y pataleando torpemente, desplazándose lentos y erráticos a través de la masa líquida.

Buscó nuevamente palpando las paredes de roca hasta que encontró una cavidad muy al fondo y se introdujo justo a tiempo, a instantes de ser alcanzado. Atravesó un túnel largo y angosto y salió en una cueva en la que no había estado antes, de pocos metros de diámetro que no llevaba a ningún lugar. Subió buscando aire, pero el agua llegaba casi hasta el techo, donde había unos pocos centímetros entre el agua y la roca. Su hocico alargado le dificultaba respirar sin que se atragantara con el agua que agitaba desesperado. Intentó tranquilizarse y pensar con claridad. Debía volver por donde había entrado y buscar el camino correcto en la cámara anterior, ahora llena de Nocturnos que esperaban para matarlo. Se armó de valor, dio una gran bocanada de aire, se llenó de coraje y se lanzó de regreso al túnel. Un Nocturno se agitaba violento con la mitad del cuerpo atrapado en el agujero por donde debía cruzar. Ikal lo agarró de los cabellos y con la otra zarpa le rebanó el cuello, liberando espirales de sangre espesa que se disolvieron alrededor. Apoyó las patas sobre las piedras y jaló el cuerpo del nocturno hasta sacarlo por completo del túnel y liberar el paso. Se sumergió, metiendo primero las piernas y la cola e

impulsándose hacia atrás, no quería tener la cabeza expuesta y no poder defenderse.

Cuando sus pies sobresalieron del otro lado sintió arañazos y mordidas. Se dio prisa, las rocas lastimaban su tórax y los ataques a sus zonas bajas se incrementaron. Una mordida en el vientre lo hizo gritar y perder el poco aire que le quedaba. Lo jalieron fuera y en cuanto se liberó de los brazos inició una serie de ataques desesperados lo suficientemente eficaz para abrir una distancia entre él y sus victimarios. Cansado, malherido y sin aire pudo reconocer uno de los peñascos y encontró el pasaje correcto hacia la cámara con el haz de luz en su centro. Resistió los embates de sus oponentes y cruzó.

Ya del otro lado, nadó fuera del agua y busco refugio en el terreno alto donde la luz del sol se posaba sobre las piedras rojas. Encontró que la luz casi había desaparecido. Estaba atardeciendo. Se colocó detrás de la cortina de rayos solares para descansar unos momentos. Los Nocturnos que lo seguían salieron del agua y esperaron indecisos, atemorizados por la presencia del sol.

Estaba perdiendo mucha sangre por la herida en su abdomen, las piernas le temblaban y el cuerpo le ardía por todos los arañazos, pero sabía que si era capaz de salir de las cavernas a la luz estaría a salvo. Apretó su abdomen, tratando de controlar el flujo de sangre. Respiró hondo y corrió, cojeando y tropezando hasta alcanzar el agua. De inmediato los Nocturnos fueron tras de él pero, aunque en la tierra eran rápidos, Ikal los aventajó en el agua, donde sus patas largas le ayudaban a nadar veloz y podía impulsarse en las rocas afiladas y pese a que se cortaba las plantas, no se detuvo ni miró atrás. Pasó por debajo del arco de piedras afiladas y sintió la luz de la tarde que entraba por la boca de la cueva y se reflejaba sobre la superficie del agua.

Los Nocturnos que lo seguían chillaron detrás de él debido al calor que se sentía en esa área. Ikal continuó, sintiéndose más seguro de alcanzar la salvación, cegado momentáneamente por el brillo que le quemaba los ojos y la piel.

Salió de la cueva arrastrándose. La piel del rostro se replegó y de su hocico emergió nuevamente su cara humana. Gritó y se retorció de dolor echado sobre la desembocadura del río cuando sus huesos se quebraron y retomaron de golpe su morfología humana. Parte de sus músculos se retrajeron en instantes y todo el pelo gris que le cubría el cuerpo se le cayó en cuestión de segundos, evaporándose mientras era arrastrado por el caudal de vuelta a la cueva. Faltó poco para que se desmayara. La sangre brotó de su abdomen en mayor cantidad. Quería descansar, pero no era una opción, el sol se pondría dentro de poco. Debía encontrar a alguien e informar del hallazgo; el nido, el Nocturno parlante y la muerte de sus compañeros.

Un gemido gutural y áspero surgió de la cueva. Era como el llanto de un enfermo delirando por la fiebre y que iba en aumento. El sonido se alargó y poco a poco se fue convirtiendo en la risa de un loco. Pegado a las rocas superiores de la entrada, moviéndose como una araña, salió una personita, casi parecía un niño, pero su rostro era el de un joven o una persona madura, era difícil de explicar, como si la edad no le afectara y cumpliera todas las etapas a un mismo tiempo. Era calvo, estaba desnudo y carecía de rasgos que definieran al ser como hombre o mujer. Tenía la piel cobriza y llena de marcas negras, figuras retorcidas y grotescas que le cubrían el cuerpo y la cara. Subió por las paredes del precipicio, utilizando las garras en pies y manos para escalar. Humeaba a causa del sol que le daba de lleno sobre la espalda, pero no parecía importarle. Se colgó de las raíces de un árbol que sobresalían entre el

peñasco y miró con enormes ojos amarillos al mal herido de Ikal. El ser, le sonrió con varias hileras de dientes puntiagudos y afilados, abrió la boca, y emitió varios sonidos agudos. Ikal sintió que le estaba hablando en alguna lengua olvidada hace mucho tiempo. La criatura se contrajo hacia adelante y de su espalda emergieron dos protuberancias, mucho más largas que él mismo y un momento después, ambas se extendieron a lo ancho revelando dos enormes alas de murciélago.

Todo él, cuerpo, cara y alas estaban a merced del sol. El humo negro cubrió el cielo y oscureció la atmosfera alrededor de Ikal. Una veintena de Nocturnos salió de la cueva al abrigo de esta oscuridad y fueron directo al joven maya, para arrastrarlo de vuelta a las profundidades y saciar su deseo de sangre. Un Nocturno se quedó atrás, paralizado por el llamado de su señor, se dio media vuelta y se aventuró un poco más allá, donde los Uay habían dejado sus armas, las tomó y corrió a hundirlas dentro de la cueva. Camazotz volvió a internarse en su guarida. En un instante el cielo resplandeció nuevamente con destellos rojos y dorados sobre las nubes, y la luz del Sol borró todo rastro de lo ocurrido.



—No me pidas que espere, ¿a qué debo esperar? ¿A qué te crezcan los músculos de la espalda y tus piernas se ensanchen? Muévete y deja de ser una carga para tu compañero —el Uay Balam no aceptaba excusas, lo veía desesperarse cada vez más con mi desempeño.

—Lo estoy intentando —repliqué.

—Intentar no sirve. Deja de hablar y solo haz lo que te ordeno. Los Nocturnos son criaturas viles que no escuchan razones, seres descerebrados guiados solo por el hambre, no sienten lástima ni piedad y no esperan a que estés listo.

La prueba consistía en arrastrar un tronco atado a nuestro torso con cuerda, tirando de él entre dos personas, uno por cada lado. El objetivo era hacernos trabajar en equipo para mover el tronco de forma horizontal, sin que ninguno de los dos se adelantase o se quedara atrás. Hice mi mayor esfuerzo, pero apenas logré moverlo unos pasos, el madero debía pesar unas veinte veces más que yo. Iktan fue mi aliado en esta prueba y su frustración era evidente. Me daba palabras de ánimo, pero el tono de su voz y su mirada me dejaron en claro que detrás de su amabilidad lo que más quería era librarse de mí. Quería golpearlo en la cara, borrar esa estúpida sonrisa con la que

saludaba a los maestros y líderes Uay. El grandulón se sabía el favorito de todos y me trataba con desdén y lástima, como todos.

Jalé con toda mi fuerza, las cuerdas se hundieron en mi piel y me cortaron, pero el maldito tronco no cedió. Lo intenté una vez más, con toda la fuerza que me quedaba, pisé fuerte, pero apoyé mal y caí. Fue inútil tratar de ponerme de pie, no podía moverme. El ardor subió por mi pierna, por un costado y hasta la columna. Solté un grito que puso en alerta a los maestros y compañeros. Abasi vino enseguida y con gesto serio, casi indiferente, me observó gemir en el suelo, con la pierna dislocada a la altura de la rodilla. Hizo una mueca y un movimiento de cabeza en señal de desaprobación.

—Iktan, llévalo con Namú, a ver si puede curarlo. Si no, tendrá que abandonar el campamento —sentenció Abasi en la lengua de los Uay que yo ya comenzaba a comprender.

Empujé a Iktan para que me soltara y me fui de lado. Él estiró los brazos y me sostuvo a tiempo evitando que cayera al suelo. De mala gana pasé mi brazo por encima de sus hombros y me apoyé en él para seguir adelante con el dolor agravándose a cada paso.

Nuestra maestra Namú estaba sentada junto a algunos miembros de su clan y tres sacerdotes de la ciudad, en torno a varias columnas de amate y pieles curtidas donde leían y comparaban anotaciones, apuntando, discutiendo y corrigiendo sus escritos. Esperamos en la puerta a que nos permitieran entrar, el aroma del kakaw que bebían me hizo sentir mejor. Esperaba que me ofreciera un poco como parte de sus remedios en esta ocasión.

—Akbal, que pronto has vuelto —dijo Namú—, pasen, siéntense. En unos momentos estaré con ustedes.

Namú se disculpó con sus hermanos y con los sacerdotes, los despidió y vino hacia nosotros. Nos echó una rápida mirada de arriba abajo y pasó al área donde guardaba sus utensilios y toda clase de recipientes con hierbas y sustancias desconocidas. Tomó una ollita de barro y sacó de ella varias hojas alargadas que comenzó a moler hasta tener una pasta. Sirvió un poco del kakaw en un vaso al cual agregó la mezcla de hierbas que acababa de preparar y soltó un pequeño trozo de panal de abeja para endulzarlo. Lo agitó un poco y vino a nosotros.

—¿Ahora que ha pasado? —preguntó Namú.

—Parece que su pierna se salió de su lugar, la trae colgando como trapo —contestó Iktan.

—Lo veo. Abasi no les ha dado tregua, ¿verdad?

—No, en lo absoluto. En realidad, ha sido mucho peor en los últimos días, los maestros Abasi y Xome-Yuan han aumentado mucho la intensidad de los entrenamientos.

Las lecciones del maestro Xome-Yuan con el arco y la flecha eran las únicas donde estaba a la par de la mayoría de reclutas. Me gustó escuchar a Iktan decir que le resultaba difícil, de no haber sido por el dolor de mi pierna, hubiera sonreído.

—Tal vez quiera que renuncien —reflexionó Namú—, sería más fácil seleccionar a los mejores de ustedes si solo quedaran los necesarios para integrarse a nuestras tribus. Ten Iktan, bebe esto. Gracias por cuidar de Akbal y traerlo conmigo. Regresa con tu maestro y tus hermanos, yo me encargo de él.

Iktan bebió rápido, hizo una reverencia y se fue caminando muy despacio a donde los demás seguían entrenando, como si no quisiera volver. Giró para vernos dos veces mientras se alejaba e hizo un gesto que no supe comprender. Por primera vez lo noté cansado, preocupado y tenso.

La maestra Namú puso a calentar un poco de agua sobre las brasas donde los sirvientes de los sacerdotes prepararon la bebida de kakaw. Echó un poco de pasta similar a la que bebió Iktan, batió lento hasta disolverla e introdujo varios trapos dentro de la olla. Acercó sus manos a las brasas y las talló para calentarlas. Después de unos minutos quitó la olla del fuego y vino a mi lado. Se acuclilló y presionó con tres dedos los huesos de mi pierna y rodilla ante lo cual no pude evitar gimotear y resoplar un poco.

—Bien Akbal, lo que dijo tu compañero Iktan es correcto, tus huesos han salido de su lugar, pero no parece que se haya quebrado nada.

Colocó ambas manos alrededor de mi rodilla.

—¿Qué va a hacer? —le pregunté temiendo saber la respuesta.

—En estos casos solo se puede hacer una cosa. Voy a contar hasta tres, ¿está bien? —mi respuesta fue un grito de dolor y sorpresa ante el choque de los huesos volviendo a su lugar correcto—, uno, dos, tres.

Untó algo de ungüento en mi rodilla y amarró alrededor los trapos calientes.

—Con esto debería bastar. Te vas a sentir mejor en un par de días.

—¿En un par de días? Puedo regresar a los entrenamientos verdad, usted misma dijo que no se ha quebrado nada.

—No lo recomiendo. Creo que has alcanzado tu límite, lo más prudente es que abandones el campamento y regreses con los tuyos.

—No, no puedo regresar con los míos, no hay tal cosa, no hay nadie más, ya no tengo a nadie, solo esto. Necesito estar aquí.

—Te lo digo como tu maestra, como curandera y como una de las líderes de mi tribu. No es sabio lo que le haces a tu cuerpo. No has podido recuperar la mayor parte de tu peso, ni siquiera con la dieta alterna que llevas por las noches.

—¿Cómo es que sabe eso?

—Nosotros sabemos todo lo que ocurre al interior de nuestro campamento... y en la ciudad, dicho sea de paso. Nada escapa a la vista de un alado, ¿sabes?

—¿Pero no es contra las reglas, no me pueden expulsar por eso... ¿pueden?

—No, no te preocupes por eso —sonrió—, no has quebrado ninguna regla. Mientras te mantengas entrenando a la tutela de mis compañeros y cumplas las tareas diarias que el maestro Canek y los demás te ordenen, ganas el derecho de comer al final del día. No eres el único ¿sabes? Varios de tus compañeros han seguido tu ejemplo y comenzaron a buscar otras formas de alimentación para complementar la dieta. De hecho, podrían cazar algo si quisieran, pero nadie se ha atrevido.

—No se nos permite usar armas, salvo en los entrenamientos de lucha.

—No, armas no, pero el maestro Canek les ha enseñado a hacer trampas, ¿no es así?

Nunca lo había pensado. Todo lo que necesitaba para construir las podía encontrarlo en el bosque dentro de los límites del campamento.

—Por lo que sí podrían expulsarte del campamento, es por esto —dijo señalando el vendaje de mi rodilla—, las pruebas de selección son mañana y si no estás en condición de realizarlas, tendrás que volver con los refugiados.

—¿Qué? ¡No! No me puedo ir, no puedo regresar allá. ¡No pueden obligarme! Por favor...

—¿Por qué no, Akbal? Es obvio que no estás hecho para esto.

—¿Para qué estoy hecho? Toda mi vida he sido un fracasado, todo lo que he intentado ha salido mal. No hay nadie a quien no le haya fallado y la única persona que se interesa por mí vive aquí dentro.

—Te estás exigiendo demasiado, pones en peligro tu salud y tu vida.

—¿Qué diferencia hace? Tal vez mi vida no valga nada aquí adentro o allá afuera, pero al menos aquí siento que tengo una oportunidad de hacer algo con ella, al menos aquí no estoy tan solo.

Kabah llegó en ese momento, agitado y sudoroso, tratando de ocultar una sonrisa.

—Namú, maestra. ¿Akbal podrá regresar con nosotros?

—Estoy bien —le contesté, pero me ignoró.

—Estamos todos muy preocupados por lo que le pasó.

Ni siquiera volteó a verme, solo tenía ojos para Namú.

—Tu amigo estará bien —contestó Namú—, ¡qué considerado eres!

—Qué puedo decir, siempre me preocupo y cuido de los demás. Es otra de mis cualidades. El maestro Xome-Yuan nos ha llamado a entrenar con los cuchillos y el maestro Abasi dijo que si Akbal no regresaba tendría que ser expulsado.

Me levanté para ir con él. El vendaje caliente y el ungüento adormecían el dolor y me sentí confiado para soportar un día de entrenamiento, aun con mi lesión.

—¡Alto! No puedes ir así —sentenció Namú.

En ese momento Kabah reparó en mí y con tono lastimoso me dirigió la palabra.

—Lo siento mucho, Akbal.

—No es eso —interrumpió Namú pensativa—. Necesito que me hagas un favor, de hecho, necesito del favor de ambos.

Kabah estaba casi tan sorprendido como yo. Namú fue a buscar entre sus cosas y momentos después volvió con un trozo de papel plegado y amarrado.

—Vayan al palacio, busquen a los sacerdotes. Kabah, tú conoces el palacio mejor que nadie, toma este papel y entrégaselo al gran sacerdote. Diles que te he enviado yo, habrán de entregarte un paquete de textos que les he pedido, entre otras cosas.

—No podemos cruzar el listón y volver, ¿o sí? —preguntó Kabah

—No te preocupes, lleven este collar con ustedes y no tendrán ningún problema al volver, yo hablaré con mis hermanos para que les permitan la entrada.

Namú se acercó a Kabah, quitó una hoja seca del cabello del joven príncipe y pasó la mano por su mejilla

—No hagas preguntas, puedes confiar en mí —susurró Namú—. No hablen con nadie más en el campamento, en especial con Abasi. Atraviesen el campamento y crucen el listón. Esta será la tarea para ustedes el día de hoy, tómense su tiempo y no vuelvan antes del anochecer. ¿Entendido?

Kabah asintió. Namú se acercó a mí y habló en voz baja.

—Akbal, tómate este día para descansar tu pierna. Mañana serán las pruebas, es lo más que puedo hacer por ti.

Obedecimos atravesamos el campamento hasta el límite más cercano a la pirámide entre los jardines y huertos. Kabah iba por delante mientras yo cojeaba tratando de mantener su ritmo.

Después de los primeros pasos el dolor de la hinchazón en los músculos se fue intensificando. Al llegar al listón púrpura Kabah se detuvo y miró alrededor nuestro.

—¿Akbal, crees que sea una prueba o algo así? No creerás que nos haya dado esta instrucción para engañarnos y hacernos renunciar, ¿verdad?

—No lo sé, es posible. Abasi ha querido que abandone desde el primer día que Canek me trajo.

—Pero no Namú. Ella siempre te ha cuidado, ha curado tus heridas y has regresado con nosotros en cada ocasión.

—Mañana son las pruebas —le dije en voz baja—, me lo ha dicho en su choza. Me pidió descansar la pierna el día de hoy, creo que por eso nos ha enviado lejos.

Kabah echó un vistazo al papel que le dio la maestra sin abrirlo y luego miro hacia la pirámide, como si sus ojos pudieran ver a través de ella el palacio detrás y a toda la gente que caminaba por sus pasillos en ese momento.

—De acuerdo, te creo. Eso debe ser. Vamos.

Kabah pasó por debajo del listón y lo sostuvo en alto para que yo cruzara sin dificultad.

Al otro lado, el área de huertos y jardines estaba resguardada por grupos de guerreros que vigilaban los límites del palacio y la pirámide. Al pasar frente a ellos, los guerreros hacían una reverencia a Kabah quien se mostraba indiferente.

—Akbal, tú has pasado mucho tiempo con Namú. ¿Alguna vez has escuchado que mencione mi nombre?

—Sí, de hecho, sí. La he oído mencionarte —contesté

—¿En verdad? —Kabah se detuvo en seco con los ojos y la boca bien abiertos—. ¿Qué ha dicho? ¿Qué escuchaste?

—Les decía a sus discípulos y a los sacerdotes que eras un testarudo, arrogante y engreído. Algo así —mentí.

—Ah. Entonces... si piensa en mí.

Me recargué sobre un árbol. Respiraba hondo tratando de lidiar con el dolor de la caminata. Kabah saltó y se colgó de una de las ramas, se columpió y la quebró con su peso. Cortó la ramitas y hojas que crecían de ella y me la dio.

—Ten, úsala como bastón para que no tengas que apoyar todo tu peso. Necesitas cuidarte si no quieres que te corran.

—¿Por qué me ayudas?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Es mi deber ayudar a la gente.

—Pero yo no pertenezco a tu pueblo.

—¿Entonces que haces aquí entrenando junto a nuestros hombres para defender la ciudad?

—Canek nos llevó a Kinich y a mí, pero somos del campamento de refugiados.

—Lo sé. Ven, come un mango.

—Está prohibido comer de lo que crece aquí.

—Akbal, soy hijo del Ajaw, ¿no pusiste atención a los guerreros al pasar? Nadie te va a decir nada, come la maldita fruta —dijo al tiempo que arrojaba el mango hacia mis manos.

A paso lento rodeamos la pirámide y subimos una gran escalinata hasta el templo del K'uhul Ajaw. Lo hicimos despacio, Kabah me pidió ir delante para cuidar de que no cayera por los escalones.

—Es probable que nos lleven a audiencia con mi taat cuando entremos. Si es así, mantente callado y no lo mires a los ojos. Has lo que yo haga y saldremos rápido, dudo que quiera estar cerca de mí por mucho tiempo.

El palacio era un edificio de espacios abiertos con vigas de piedra decorada y pintada de diferentes colores a cada lado, blanco al norte, rojo al este y amarillo al sur, sostenidas por

columnas con los Bacab tallados en ellas. Los guardias nos recibieron con reverencias y los sirvientes vinieron a nosotros sosteniendo jarras con aguas de mango, de papaya y plátano, balché y saká. Otros más traían en platos trozos de piña, jícama y mamey. Kabah rechazó la comida, pero bebió un poco de las aguas y de igual manera hice yo siguiendo su ejemplo, aunque me moría de ganas de probar la fruta.

Un hombre con collares y un hueso de jade atravesándole el labio inferior se acercó a nosotros. Lo reconocí, era el curandero Pech que esta vez vestía largas ropas en vez del taparrabo con el que lo vi el día que me encontraron desmayado. Fue él quien nos llevó hasta el recinto donde nos encontraríamos con el taat de Kabah.

—Esperen aquí hasta que el K'uhul Ajaw venga —dijo Pech y salió después de hacer una reverencia a su príncipe.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes renunciar a todo esto para ir a vivir con los Uay sufriendo hambre y maltratos? —le pregunté a Kabah.

—Hay más en la vida que placeres y lujos Akbal. Uno tiene que encontrar su lugar en el mundo, buscar la manera de servir a los dioses y al pueblo.

—Puedes servir a los dioses y al pueblo como gobernante. ¿No deberías heredar el trono?

Kabah me dio la espalda, permaneció en silencio y puso las manos en la cadera viendo al techo.

—No, aquí no hay nada para mí —dijo al fin—. Alguien como yo no es necesario en un lugar como este. Recuéstate Akbal, disfruta del lugar cuanto puedas, en cuanto consigamos lo que hemos venido a buscar, nos iremos y no regresaremos jamás.

Estuvimos esperando al rey en la habitación casi dos horas durante las cuales casi no hablamos. El príncipe tenía un gesto que en ratos parecía de molestia y en otros de tristeza. El sacerdote Pech entró antes que el taat de Kabah y me dio a masticar unas hojas, revisó mi rodilla hinchada y ató nuevamente los vendajes, elogiando las técnicas de los Uay.

El K'uhul Ajaw entró junto con seis guerreros muy ornamentados. Kabah hizo una reverencia y yo lo imité. El Ajaw llevaba sobre su cabeza una corona de cuero y hueso con piedras preciosas, mechones de plumas verdes y azules de quetzal se elevaban alto y caían sobre su espalda. Era uno de los pocos hombres que he visto con bigote y barba larga trenzada bajo el mentón. Sus ropas eran largas y adornadas con grabados rojos e hilos de oro. Sus sandalias de cuero subían hasta la rodilla y al igual que muchos guerreros, usaba collares de colmillo y hueso, así como brazaletes y anillos de obsidiana y jade.

—Has vuelto, x'tup. ¿Recapacitaste y renunciaste a las sucias costumbres de los Uay? O... ¿es acaso que te han expulsado?

—No, mi señor, no es eso. Mi compañero y yo estamos en una misión.

—Una misión. No será que estás pensando en traicionar a tu nación y hacerte del trono en mi lugar, ¿verdad?

El más alto y ornamentado de los guerreros infló el pecho y dio unos pasos al frente buscando intimidar. Llevaba un penacho de plumas muy detallado, aunque más pequeño que del Ajaw. Su nariz la atravesaba una aguja de jade que estaba amarrada a las orejeras de cuero y con decorado de jade y plumas. Tenía el torso desnudo, pero usaba gruesos collares de hueso y colmillos en los que resaltaba al centro un cráneo humano y vestía también faldas largas muy decoradas. Abrió

las piernas un poco, apoyó su arma larga en el suelo y cruzó las manos sobre el mango.

—No mi señor, por supuesto que no —se apresuró a decir Kabah.

—No tiene los testículos para hacer eso —dijo el guerrero.

—No hermano, nunca me atrevería a hacerles daño a ti o a nuestro taat —le contestó Kabah. El hermano de Kabah se burló ensanchándose de hombros.

—Claro. Discúlpame, sé que la violencia no va contigo —dijo el Ajaw en tono condescendiente.

Me sorprendí al escuchar eso.

—¿Qué demonios están haciendo tú y tu sirviente aquí, entonces? Y, por cierto, ¿este escuálido y accidentado remedo de guerrero es lo mejor que pudieron otorgarte para que te sirviera?

—Ni siquiera parece alguien digno de nuestra poderosa nación. Tendría suerte de ser un esclavo en alguna de las familias menores —agregó el hermano de Kabah.

—Akbal no es un esclavo, es mi compañero. Él me sirve tanto como lo sirvo yo a él. Solo hemos venido por un encargo.

Kabah sostuvo frente a sí el papel que Namú nos había entregado. El Ajaw escupió en el suelo e hizo un gesto con la cabeza para que Pech se acercara a tomar el documento. Después de leerlo, intercambió unas palabras con el K'uhul Ajaw y este asintió molesto y con fingida indiferencia. Pech salió acompañado de dos guerreros. El Ajaw, dio la orden a los sirvientes de dejar las cosas que cargaban y retirarse, a los otros guerreros les ordenó salir y cuidar la puerta. Solo quedamos el Ajaw, los príncipes y yo.

—A esto te han rebajado. A un sucio mandadero. Aún puedes reconsiderar tu decisión Kabah —dijo su taat—. Puedes regresar al palacio, conservar a tu sirviente o compañero, lo

que sea, servir a tu hermano en el ejército y decirnos lo que has aprendido de los Uay y de sus planes.

—A ellos no les interesa tu reino padre, solo quieren protegernos. Si no fuera así no estarían preparando a nuestros hombres.

—¡Bah! ¡Por supuesto que eso dicen! Llegan unos pocos alardeando con su magia, trayendo regalos y suplicando por ayuda. No hemos hecho más que ayudarles y mira cómo están las cosas. La ciudad es un desastre. Vuelve Kabah, hijo mío, tus ofensas te serán perdonadas si tan solo nos ayudas a protegernos de lo que sea que están tramando a espaldas de la pirámide.

—Creo que los otros guerreros ya han venido con noticias de lo que se hace en el campamento taat. No tienes por qué temer.

—¿Temer? Yo no les tengo miedo —el Ajaw buscó un vaso con lo que parecía sak y lo bebió todo de un trago —, creo que ya he escuchado suficientes tonterías tuyas. Si no vas a cambiar de opinión será mejor que te vayas de una vez. En el templo podrás recoger lo que buscas, hagan lo que han venido a hacer y vuelvan con los suyos. Tengo asuntos de los cuales ocuparme.

El K'uhul Ajaw arrojó el vaso, se alejó hacia la puerta y antes de salir agregó:

—Eres una vergüenza para esta familia.

Su otro hijo escupió en el suelo frente a Kabah y fue detrás de él.

—Salió mucho mejor de lo que imaginé —me dijo Kabah cuando quedamos solos.

Salimos del palacio. Pech nos hizo saber que al bajar la escalinata nos esperaban dos guerreros con una caja en donde estaba todo lo que Namú había solicitado. Le agradecemos y se retiró. Pensé que iríamos directamente por el cofre para cumplir

la encomienda, pero en vez de eso Kabah caminó rodeando el palacio y yo lo seguí. Nos detuvimos del lado oeste del palacio, desde donde se alcanzaba a ver buena parte de la ciudad.

—Parece muerta, está demasiado callada, no veo gente en las calles. Tengo un mal presentimiento —dijo Kabah.

—El campamento de refugiados está por allá, si lo que quieres es ver lugares llenos de gente te recomiendo te des una vuelta antes de regresar.

—Ahí está el asentamiento que tú conoces, pero hay más. En aquella dirección hay otros dos, iguales al que habitaste tú. Han llegado más refugiados de los que la ciudad puede albergar, no lo niego —me respondió.

—¿Nos vamos a quedar aquí?

—Es un lugar tranquilo y necesitas descansar, nos ordenaron volver después del anochecer.

—Siempre me han gustado los lugares altos. Espero ser elegido para unirme a los Uay alados. Siempre he soñado con volar.

—Sí, creo que hay otra razón para que quieras unirme a ellos. Es un poco mayor para ti si me lo preguntas.

Kabah sonrió.

—No te lo pregunté. ¿Qué hay de ti? Hay alguna mujer en tu vida.

—La hubo —contesté.

—Claro, disculpa, no quería...

—A ella también le gustaban los lugares altos. Y ver la playa. Hay un risco, poco menos alto que esto, donde prometimos vernos al día siguiente, la noche en que fuimos atacados por los Nocturnos.

—Lo siento. Espero su caminar por el reino de los muertos sea tranquilo y su corazón encuentre descanso.

—¿Qué fue lo que pasó con tu taat, qué ofensa cometiste contra tu familia?

—Hace unos meses empezaron a circular noticias de ataques a las naciones del sur por parte de monstruos y demonios. Al principio no lo creímos por supuesto, pero luego todo el mundo supo de Zotz, una poderosa nación que desapareció misteriosamente de la noche a la mañana. Cuentan que los cuerpos descuartizados en las calles se contaban por cientos y miles. Mi padre pensó que, si el sur estaba debilitado y bajo ataque, sería una buena oportunidad para expandir las fronteras de nuestro reino y conseguir más riquezas. Llamó a sus generales, entre ellos mi hermano y todos expusieron las estrategias para invadir y apoderarse de las tierras. Yo propuse fortalecer las defensas de nuestra ciudad y hacer tratos comerciales con tu nación, ofrecer ayuda de ser necesario. Todos callaron esperando la respuesta del Ajaw. Él se burló de mí frente a todos y me corrió de la reunión. Fue la primera y última vez que asistí a una.

“Debes servir a tu pueblo y a tus dioses”, me dijo después. Nunca fue bueno conmigo, creo que nunca he podido cumplir con sus expectativas.

—Te entiendo.

—Cuando los Uay y los verdaderos dioses llegaron prometieron ayudarnos si les permitíamos quedarse. Ellos entrenarían a nuestros hombres y nos enseñarían a luchar contra los Nocturnos a cambio de que algunos de nuestros guerreros se unieran a sus filas para remplazar a sus caídos. Son seres asombrosos de gran poder, yo me ofrecí para unirme a ellos. Creo que lo hice para hacer enfadar a mi taat y funcionó demasiado bien. Mi taat lo tomó como una traición. Los considera una amenaza para su gobierno, pero también se dio cuenta que los necesitaba cuando las ciudades cercanas comenzaron a

caer a manos de los Nocturnos —Kabah agregó sonriente—, lo gracioso es que no solamente tuvo que descartar sus planes de invasión, sino que además, los dioses lo han obligado a recibir como refugiados de guerra a quienes quiso invadir.

Kabah se recostó en el suelo con las manos detrás de su cabeza y cerró los ojos para descansar un rato.

—Ahora que he conocido a tu familia, no creo que seas tan engreído como dicen, quiero decir, en comparación. Eres... bueno.

—Suficiente con los cumplidos, no eres mi tipo. Recuésate y duerme un rato.

Después de descansar por varias horas y conciliar un sueño tranquilo como no lo habíamos hecho en muchos días, Kabah y yo nos pusimos en marcha de regreso al campamento, con dos esclavos que nos prestaron para cargar el cofre. Aunque por un momento dudamos si nos dejarían entrar a medida que dejábamos la silenciosa ciudad detrás de nosotros, no tuvimos ningún problema. En la entrada dos Uay con las plumas tatuadas sobre los hombros nos esperaban, nos abrieron paso y se llevaron al recinto de la maestra Namú el cajón que cargaban los esclavos.

Los entrenamientos ya habían terminado y unos pocos reclutas participaban todavía del banquete de cada noche junto a los Uay. Canek bebía y reía con sus hermanos y al vernos llegar a Kabah y a mí nos invitó a sentarnos para comer con ellos. Comí un trozo de venado que el maestro Canek me compartió y un poco de fruta. Era la mejor comida que había tenido en muchas semanas. Al terminar fui al área donde dormíamos regularmente y me encontré con Kinich.

—Akbal, ¿qué haces aquí? Pensé que te habías retirado a causa de tu pierna.

—Me han permitido quedarme un día más.

—¿Solo un día, a qué te refieres?

—Me he enterado que mañana son las pruebas de selección. Mañana vuelvo a la ciudad con los refugiados. *Qué más va a ser si no, sigues siendo un fracasado, un debilucho.* Tal vez... hubiera sido mejor que me quedara allá afuera para evitar la humillación de las pruebas, no lo sé. Al menos podré despedirme de ti apropiadamente antes de que te unas definitivamente a los Uay.

—¿Cómo sabes que no eres tú al que elijan y no a mí?

—No digas estupideces Kinich. Todo el mundo sabe que yo no sirvo para esto, si me han mantenido aquí es por lástima seguramente, para servir de ejemplo a los otros, no lo sé. Tú has visto cómo se ríen de mí durante las lecciones de Abasi y Canek.

—Olvídate de eso, has mejorado mucho. ¿Cuáles crees que sean las pruebas?

—No lo sé, pero si son igual de difíciles que los entrenamientos hasta ahora no tengo oportunidad y lo sabes. Nunca he podido vencer a alguien en combate y en todos los entrenamientos siempre termino de último.

—Hoy, el maestro Xome-Yuan nos enseñó un nuevo movimiento con el cuchillo para cuando te ataquen por la espalda —me dijo—. Ven, levántate, te muestro.

Esa noche Kinich descansó muy poco. Aprovechamos las horas para entrenar juntos muchos de los movimientos que los maestros nos habían enseñado y repasamos juntos algunos de los consejos que nos dieron sobre los Nocturnos.





Faltaba poco para el amanecer y yo dormitaba cuando una sensación extraña me despabiló e hizo que me levantara de golpe.

—Kinich, despierta. Algo está pasando. Lo golpeé con mi palma en su pierna.

—¿Qué pasa? —me contestó en voz baja—, no lo sé. Escucha.

No se oía nada. En las noches era cuando más activos se les veía a los Uay, pero esta vez no parecía haber nadie en el campamento. Nos pusimos de pie y buscamos alrededor, pero parecía que el lugar había sido abandonado de emergencia y se hubieran olvidado de nosotros. Nuestros compañeros reclutas descansaban cerca, casi todos dormidos.

—¿Qué pasa con ustedes? —preguntó Kabah—, ¿tampoco pueden dormir?

Unos ruidos y gruñidos entre los matorrales cercanos nos pusieron en alerta. Comenzamos a patear ligeramente a quienes teníamos cerca para levantarlos. En el cielo, dos figuras humanas con alas enormes sobrevolaron en círculos y una de ellas exclamó en un tono agudo palpitante:

—Este es el fin del camino, la muerte oculta sus garras y dientes en la oscuridad. Todos aquellos que resulten indignos serán echados.

Ojos brillantes aparecieron entre las sombras. Hombres y mujeres perro y jaguar salieron de entre las hierbas y los árboles, con mirada furiosa y sogas amarradas alrededor del torso desnudo. Nadie usaba las ropas grises, solo los cubría el pelo y las plumas de su forma animal. Caminaban a cuatro patas con la cara cerca del suelo, temblorosos y jadeantes, babeando y gruñendo feroces, relamiendo sus colmillos afilados. Conté ocho de ellos, cuatro perros y cuatro jaguares. Se movían erráticos de un lado a otro corriendo y saltando alrededor nuestro, rodeándonos poco a poco.

—Se mueven como Nocturnos —le dije a Kinich

—¡Sobrevivan hasta el amanecer! —gritó la voz en el cielo.

Los Uay Peek y Uay Balam se arrastraron hacia nosotros. Vi caer en sus garras al primero de mis compañeros reclutas, era el guerrero que le arrancó la flauta al anciano en el campamento de refugiados la tarde que Canek me trajo acá. Uno de los hombres perro saltó sobre él y el guerrero cayó de frente mientras intentaba huir. El Uay le arañó el cuerpo y le mordió los brazos, la sangre brotó a chorros cuando sus colmillos se incrustaron en el hombro del guerrero, las garras de otro Uay se hundieron en el chamorro y lo arrastró lejos internándolo en la hierba alta mientras el pobre hombre gritaba incontrolable. Varios guerreros intentaron hacerles frente, pero los Uay en sus formas animales eran tan fuertes como diez hombres y de entre todos, los jaguares eran los más poderosos. Era obvio que no podíamos ganarles y todos comenzamos a huir, cada quien por su lado.

Uno a uno fuimos cayendo presos de sus garras. Kinich y yo entramos en la pequeña choza donde el maestro Xome-Yuan guardaba las armas pero estaba desprovista de ellas. Quienes intentaron esconderse en la choza de Namú fueron presa del

olfato de los Uay Peek y de los ojos de los Uay Ch'iich que nos vigilaban desde el aire. Ocultarse parecía imposible.

—El fuego —atiné a decir— la luz les daña la vista y puede ayudar a defendernos.

Las fogatas estaban apagadas, pero Kinich era bueno encendiendo hogueras y en la choza había trozos de pedernal que podía usar. Afuera de la choza Iktan y Kabah luchaban juntos contra un Uay Peek con cabeza de perro negro. Los mantenían a raya atacando los ojos y el cuello con varas largas y puntiagudas, tal como nos había enseñado Namú. Kabah golpeó al perro con la punta bajo la axila y en el momento en que bajó la guardia Iktan conectó un golpe directo a los ojos del Uay, haciéndolo sangrar y obligándolo a huir llorando como cachorro. Dos Uay Balam se acercaron a ellos despacio y el primero dio un zarpazo que alcanzó a cortar el pecho del príncipe, derribándolo. Lo mordió de un brazo y arrastró a Kabah muy lejos. Iktan se defendió con destreza, esquivando y bloqueando los golpes de las garras con la vara, hasta que el jaguar se la arrancó de las manos con el hocico. Kinich encendió un fuego en la choza e improvisó dos antorchas, tomó la suya y fue corriendo a ayudar a Iktan, yo lo seguí. El jaguar se sorprendió de vernos y retrocedió unos pasos ante el calor y resplandor de la lumbre. Escuchamos un ladrido grave y un rugido a nuestras espaldas. Éramos tres contra tres.

La madrugada comenzaba a aclarar, el cielo y la atmósfera se pintaban de azul, solo teníamos que resistir un poco más. Hondeé agresivo mi antorcha en el aire entre el Peek y yo, y el fuego menguó. Me quedé quieto por unos momentos para evitar que se apagara y el Uay con cabeza de perro aprovechó para arrojarse encima de mí y derribarme. Ocurrió demasiado rápido, sus dientes afilados atravesaron los músculos de mi

antebrazo y en un segundo ya estaba siendo arrastrado lejos de mis compañeros. Perdí de vista a Kinich, pero alcancé a ver a Iktan que sometía al jaguar ahorcándolo con una llave que nos enseñaron los maestros y lo golpeaba desesperado en los ojos, soportando los arañazos que recibía en las piernas y el tórax. El Uay Peek me llevó hasta la orilla del campamento donde encontramos una serie de postes clavados en la tierra. Se puso de pie sobre sus patas traseras y extendió la cuerda que traía atada al cuerpo para amarrarme. A mi derecha estaba atado un compañero recluta y minutos después Kinich llegó inconsciente sobre los hombros de un Uay Balam que lo amarró en un poste a mi izquierda. No reaccionó a mis palabras y sangraba de un oído.

Uno de los Uay Ch'iich voló y aterrizó frente a nosotros. Su cabeza era la de una lechuza y sus brazos se habían convertido en alas de largas plumas blancas y grises.

—De haberse enfrentado a Nocturnos reales todos ustedes estarían muertos. Estoy muy decepcionada. ¿No eran los mejores guerreros que su pueblo tenía para ofrecer?

La luz del día aclaró, el pico se abrió y el rostro de nuestra maestra apareció de repente, las plumas comenzaron a quemarse y desprenderse del cuerpo de Namú hasta quedar completamente desnuda. Permaneció callada con los brazos cruzados y el semblante severo frente a nosotros, juzgándonos con la mirada. Un compañero de ella con la garra tatuada en el pecho y los hombros vino tallándose el cuello y los ojos hinchados.

—Hermana Namú, me agrada mucho este tipo.

Iktan que llegó detrás de él, con el cuerpo herido y ensangrentado, hecho una mierda. Namú sonrió.

—Agradezcan a su compañero que acaba de ganarles una segunda oportunidad. En ese cofre van a encontrar lo necesario

para atender sus heridas —dijo señalando la caja que Kabah y yo fuimos a buscar al palacio—. Espero que al menos recuerden lo que les he enseñado sobre curaciones. Háganlo rápido y vengan a lo que quedó de la choza de su maestro. Alguien le encendió fuego cuando hacían unas antorchas. ¡Tienen una hora, muévanse!

Los Uay se fueron dejándonos atados a los postes. Iktan buscó en el cofre y regresó con un pequeño cuchillo para liberarnos. Algunos guerreros no sabían cómo usar los suministros y tomaron lo más que pudieron para tratar de resolverlo ellos solos. Después de despertar a Kinich limpié su herida y lo ayudé a cerrar una cortada que tenía en el vientre, tal como Namú lo había hecho conmigo en alguna ocasión. Él también me ayudó a cerrar la herida en mi brazo copiando lo que acababa de hacer al tiempo que yo atendía los cortes en el cuerpo de Iktan.

Abasi, Xome-Yuan, Canek, Namú y los tres líderes de los Uay se reunieron para vernos luchar uno a uno. No tenía alguna herida severa y mi rodilla, que era lo que más me había preocupado la noche anterior, no parecía ser gran impedimento, al menos no como lo era mi brazo izquierdo. En los enfrentamientos debíamos someter a nuestro oponente y hacer que se rindiera o desmayarlo. Repasé en mi cabeza todo lo aprendido y lo que Kinich me estuvo aconsejando la noche anterior. Cuatro veces luché contra diferentes guerreros, entre ellos Iktan, dos veces tuve que rendirme y dos veces perdí el conocimiento por la falta de aire.

Después de esto pudimos descansar y recobrar energía mientras llegaba nuestro turno de pasar a la siguiente prueba. Fuimos convocados uno a uno para ser evaluados en privado por los maestros y líderes de las tribus. El maestro Xome-Yuan nos dio a elegir entre los cuchillos y el arco. Yo opté por el arco,

pues era lo único en lo que me desenvolvía medianamente bien y me llevaron al sitio donde debía mostrar mis habilidades. Pensé que la prueba sería como en los entrenamientos cuando teníamos que disparar a un tronco inmóvil o una figura de paja, pero no fue así. El objetivo era una tablilla de un codo de ancho colgada sobre cuerdas que se movía de izquierda a derecha a unos cuarenta paatanes de distancia.

—Tienes seis flechas, Akbal —me explicó el maestro Xóme-yuan—. Comienza cuando estés listo.

Levanté la primera flecha y la acomodé en el arco, estiré la flecha hacia atrás para tensar la cuerda y la herida en mi brazo me obligó a soltarla y la deje caer al suelo entre mis pies.

—Te quedan cinco —sentenció mi maestro.

Levanté la flecha de nuevo, respiré hondo e intenté una vez más, soportando el dolor que me arrancaba lágrimas de los ojos y empañaba mi vista, estiré la flecha hacia atrás y mantuve la tensión en la cuerda esperando la quietud del viento. El proyectil pasó rozando la tablilla. *Te adelantaste*. Creía escuchar la voz de taat llamándome desde adentro de mi cabeza, *te adelantaste, Akbal, tienes que ser paciente*. Solo conseguí que dos flechas se clavaran en el blanco.

Cuando todos hubimos cumplido las pruebas nos enviaron al lugar donde se servía la comida mientras los líderes y maestros debatían sobre los resultados. Éramos una veintena de tipos exhaustos, mal heridos, hediondos y hambrientos. Los vendajes empapados de sangre sobre la cabeza, brazos y piernas daban testimonio de las heridas mal tratadas que comenzaban a abrirse. No había visto en mi vida un grupo de gente más lastimosa y sucia, con los torsos arañados, llenos de moretones y pies ensangrentados. Cuando llegamos al comedor, en la mesa solo estaba servido un guajolote medio crudo, tortilla y unos

pocos chiles. Al darse cuenta tres reclutas se abalanzaron sobre la comida y arrancaron con las manos lo que pudieron. Yo solo quería un trago de agua y las dos jarras que nos dejaron se terminaron en segundos, apenas si pude remojar un poco los labios con las gotas que escurrieron cuando la vertí sobre mi cara.

—¿Qué pasa con la comida, por qué nos han dejado tan poco esta vez? —preguntó Kinich.

—Tal vez la escasez por fin ha alcanzado este lugar, desde que comenzaron a llegar los refugiados se ha batallado mucho en la ciudad —contestó Kabah.

—¿Será otra prueba? —preguntó un guerrero recluta.

—Yo creo que ya no quieren gastar sus recursos en nosotros, que no valemos la pena —les dije.

—Sí, puede que tenas razón. Sobreviven los más fuertes, todos aquí son guerreros experimentados excepto nosotros dos —contestó Kinich—, pero creo que no lo hemos hecho tan mal después de todo, me ha ido bien en las últimas dos pruebas.

—Tú fuiste el único que no ganó un solo combate. ¿Cómo te fue con los cuchillos? —me preguntó Kabah—, yo sólo conseguí cuatro objetivos de seis...

*“Solo conseguí cuatro...”* repasé las palabras. *Y te sentías bien por haber conseguido dos. Idiota.* Me puse de pie dispuesto a caminar un rato.

—¿A dónde vas? —preguntó Kinich.

—Quiero recorrer el campamento una última vez, solo.

Caminé a paso lento por el campamento admirando el lugar, las chozas abandonadas de los Uay, los grabados a las espaldas de la pirámide y los edificios de piedra de la ciudad que nos rodeaban. Fui al cenote, me senté sobre las rocas en el área menos profunda, me hiqué a beber un poco de agua y me lavé. Quizás fuera por el cansancio y las exigencias de todos los

días, pero en verdad nunca había puesto atención al hermoso paisaje que nos rodeaba. Cerré mis ojos para escuchar el canto de los pájaros Toh que volaban cerca, pero una voz interrumpió mi atención.

—¿Qué pasa? Tenemos hambre.

Los dos guerreros con los que discutimos en el campamento Kinich y yo le reclamaban a uno de los Uay, mientras este trataba de quitarle las plumas en agua caliente a un par de aves muertas.

—Hemos trabajado muy duro hoy, ganamos todos los combates, creo que merecemos un poco más de carne —dijo el segundo de los guerreros.

—Chicos, hago lo mejor que puedo, no sé qué se traen los demás, pero me han dejado solo el día de hoy. Si quieren pueden ayudarme —les respondió.

—No, está bien. Así déjalo. Nosotros ya comimos algo de todas formas, pero lo siento por los demás.

Ambos guerreros se retiraron y fui con el Uay.

—¿Necesita que le ayude a preparar algo?

—Necesito toda la ayuda posible. ¿Sabes hacer tortillas?

Me gustaba mucho ver a mi tía y a mi na' preparar las tortillas que compartíamos con la comunidad. Me contaban que desde nené me entretenía viéndolas y reía cada vez que las veía aplaudir la masa para echarla al fuego.

—Qué tan difícil puede ser. Mi nombre es Akbal.

—El sol sea contigo, Akbal, yo soy Imox y estas son las manos que han preparado su comida todo este tiempo.

El maíz azul ya estaba cocido en agua y cal. Molerlo en metate con piedra era mucho más duro de lo que imaginé. Imox me ayudó a amasarlo agregando un poco de agua y me enseñó paso a paso para formar las testales, aplanarlos y echarlos al

comal. La idea de dos hombres haciendo tortilla y sirviéndole a otros me pareció muy graciosa y me pregunté que hubiera dicho taat de verme así. Debo decir que la comida adquiere un sabor completamente diferente cuando la prepara uno y aunque mi na' y mi tía se hubieran avergonzado de ellas, para mi fueron las tortillas más deformes y deliciosas que probé en mi triste vida.

Los maestros terminaron de debatir y nos llamaron a todos a formar una fila como en el primer día de entrenamiento. Veintitrés hombres nos paramos hombro a hombro frente a los maestros Uay. Quedábamos menos de la mitad de los que comenzamos y todas las plumas, joyas y ornamentos con los que habían llegado los guerreros se convirtieron en vendajes ensangrentados y caras sucias. Canek dio un trago al calabazo donde siempre llevaba su saká y en voz alta nos dijo:

—Todos lo han hecho bien... bueno, algunos mejor que otros. La verdad es que algunos lo han hecho muy mal, un asco, para ser sinceros. Si escuchan su nombre, den un paso al frente. No quiero lloriqueos.

Abasi con su voz grave gritó uno a uno los nombres.

—Iktan, Kabil, Puch, Copul...

Agaché la cabeza, sabía que no iba a pronunciar el mío. Imaginé que cosa haría al salir, intentaría escaparme antes de que me regresaran con los refugiados, si podía hacerme de un cuchillo me internaría en la selva y viajaría hasta toparme con algún nocturno. Si yo no era capaz de rebanarle el cuello y matarlo al menos podría reunirme con mi familia en el Xibalbá. Imaginé a Yaztil esperando por mí en la entrada del inframundo y eso me reconfortó.

—...Yunuen, Xacin —terminó Abasi.

—Esos son todos —dijo Canek.

No me mencionó, pero tampoco escuché que nombrara a Kinich. Cuando miré a mi lado, descubrí que Kabah también había quedado fuera de la lista.

—Muy bien, los que escucharon su nombre, háganme el favor de largarse de una buena vez, no quiero volver a verlos —les gritó Canek a quienes habían pasado al frente—. Sin lloriqueos ni quejas por favor, largo de aquí.

Al igual que nosotros, los guerreros se veían confundidos y de mala gana obedecieron ante los gritos de Abasi y Canek. Solo Iktan se detuvo un momento y fue con ellos.

—Lo siento, Iktan, si no fuera por tu enfermedad no dudaríamos en recibirte —le dijo Canek—. Aceptar nuestro don es una gran carga para el cuerpo y no te creemos capaz de soportarlo. Namú te seguirá tratando tanto como nos sea posible. Ahora, por favor vete. ¡Los demás! Acérquense. Bien, muy bien, ahora... ¡Quiten esas caras! Lo lograron. ¡Felicidades! Se van a convertir en uno de nosotros, portadores de la inmortalidad, cambia pieles, los que pisan la huella de los dioses, todas esas tonterías que dicen de nosotros.

Esperaba que en cualquier momento nos dijeran que había un error, Abasi se acercaría y le diría a Canek que se había confundido a causa del alcohol, que yo no debía estar ahí, pero no ocurrió. Abasi hizo un gesto de aprobación y se retiró, dejándonos con nuestro maestro Canek para recibir instrucciones.

—¿En qué estaba? Claro, ya... —dio otro trago a su bebida y secó los labios con el dorso de la mano—. Todos ustedes demostraron ser lo suficientemente buenos y, tienen las cualidades que buscamos en nuestra gente. Cooperan y se cuidan los unos a los otros, eso es muy importante. Continuarán viviendo aquí, su siguiente labor será recuperar su energía y salud, aprenderán sobre nuestra lengua y los conjuros necesarios para purificar su

espíritu. Sus clanes ya han sido elegidos, no se preocupen por eso, lo sabrán en su momento. Exactamente en dos semanas, cuando la luna llena lo ilumine todo, a la medianoche, serán bendecidos con sangre y recibirán el don de convertirse en bestias al igual que nosotros. Eso es todo, vayan a descansar.

Kinich vino a mí con los ojos bien abiertos y una sonrisa tonta, incrédulo. Quiso abrir la boca para decirme algo, pero no lo dejé, abrí mis brazos y lo traje hacia mí. Pronto seríamos hermanos de verdad.





Los Uay comenzaron a llegar por decenas y decenas, a muchos no los había visto antes. El campamento se inundó de individuos de todos los tamaños y complejiones, hombres y mujeres de todas las tonalidades de piel conocidas y aún desconocidas, todos con los símbolos de los Uay tatuados sobre distintas partes de su piel y con vestimenta idéntica entre sí. Se sirvió un banquete para ellos y nos invitaron a participar y compartir el alimento. Creo que era verdad que la escasez que se rumoraba había en la ciudad comenzaba a afectar a los Uay, pues a pesar de haber varias aves y dos venados sobre las mesas, la cantidad de comida no podía satisfacer el hambre de tantos. Normalmente las tribus de los Uay casi no se entremezclaban ni convivían entre ellos; de un lado se sentaban los que llevaban tatuadas las plumas, de otro los de dientes tatuados que eran los Peek y de otro los Balam que tenían tatuajes de garras o zarpazos sobre los hombros. Kinich me platicó su deseo de que lo aceptaran entre los Uay alados, yo por mi parte esperaba ser elegido entre los jaguares, para arrancarle la cara con las garras a los Nocturnos tal como lo había hecho Abasi.

Al parecer, los Uay habían sostenido una extenuante reunión con muchos de sus líderes mientras a nosotros se nos evaluaba. No supimos lo que discutieron, pero se les veía cansados

y frustrados. Canek no tardó en sacar el balché y circularlo entre los hermanos de su tribu Peek y algunos Balám. Los Uay Ch'iich no se sentían tan cómodos bebiendo y tardaron un poco más en participar de ello, pero al final todos entraron en ambiente festivo, al punto que sonaron los tambores y las flautas.

—¡Festejemos, hermanos! ¡Nuestras tribus crecen y prosperan! ¡Esto merece un trago, carajo! —decía Canek mientras invitaba a otros a beber, casi obligándolos y bailaba sobre la mesa al ritmo de los tambores.

Kinich y yo probamos un poco pero no estábamos acostumbrados al sabor amargo y el ardor en la garganta. Los reclutas elegidos comenzaron a cantar y Canek se les unió. Se hizo buen ánimo entre todos, excepto uno. Después de comer, Kabah se aisló de los demás, se fue a sentar solo con las piernas recogidas a masticar resina de chicozapote debajo de un árbol, con los ojos cristalinos clavados en la pirámide. Kinich sugirió que le hiciéramos compañía.

—Es un bello monumento, sus artesanos son grandiosos —le dijo Kinich.

—Sin duda lo son, pero no fueron solo nuestros artesanos, muchos esclavos trabajaron sin descanso para construir nuestra ciudad —contestó Kabah—. Quién sabe, quizás las manos de tus ancestros hayan colaborado para edificarla.

—¿Vas a extrañar la ciudad?

Kabah se tomó un minuto para pensar su respuesta y negó con un movimiento decidido.

—Cuando era pequeño, pensaba en las grandes hazañas que haría de grande e imaginaba el día de mi muerte cuando los escribas dictaran a los pintores y escultores algún pasaje de mi vida para añadirlo a los grabados en uno de los nuevos templos. La ciudad tiene a su otro príncipe para contar historias de él.

Esas cosas perdieron el sentido ahora, las historias se olvidarán y las lenguas se perderán con el viento, los monumentos y las pirámides son solo un montón de rocas apiladas que el tiempo y la selva se encargarán de sepultar algún día —dio una bocanada de aire y escupió lo que tenía en la boca, se puso de pie y estiró los brazos—. Si es verdad lo que dicen los Uay, cuando seamos bendecidos con su magia nuestros días se alargarán más allá de lo imaginable. Es probable que yo viva más que la propia ciudad, pero espero nunca tener que ver el día en que caiga y el tiempo borre su recuerdo en esta tierra.

—Nuestras ciudades no caerán, porque nosotros las defenderemos, al igual que a todos los pueblos. Y no morirá nunca, porque habitará en tu memoria y la llevarás a donde vayas —le dijo Kinich.

Kabah sonrió.

—Sí, es verdad. Mientras vivamos, mientras nosotros las recordemos, nuestros pueblos, nuestras familias, seguirán existiendo —le respondió Kabah.

Repasé en mi mente los rostros de mi familia, de taat, na', Nahil, Itsin, mi primo y mis tíos... quise recordarlos en los días felices, grabar el recuerdo de su vida y no su muerte. Hasta intenté darle un rostro a mi hermanito no nacido.

Gritos de terror que suplicaban ayuda interrumpieron nuestra conversación. El alboroto creció al exterior del campamento y los Uay que hasta ese momento seguían bebiendo se pusieron en alerta y comenzaron a tomar sus formas animales.

—¡Fuego! ¡Algo se está incendiando! —gritó alguien.

—¡Nocturnos! ¡Nocturnos en la ciudad! —gritó uno de los Uay alados.

Namú vino a nosotros corriendo, los brazos se le deslocaron y la piel se le estiró y se hizo una membrana entre sus

manos que se fue llenando de plumas blancas. Alzó sus alas y saltó, aleteó y cobró altura.

—Ustedes y el resto de los nuevos quédense aquí, no salgan del perímetro del campamento por ningún motivo. Nos haremos cargo —nos dijo mientras se elevaba.

Los Uay Ch'iich dieron vueltas en el cielo buscando al enemigo para advertirles a sus compañeros en tierra, los Uay Peek y Uay Balam que se veían desorientados. Muchos de los Uay dejaron sus armas sobre las mesas. Kabah no dudó en ir por ellas.

—¿Qué haces? —preguntó Kinich.

—No voy a quedarme sin hacer nada mientras atacan a mi pueblo —contestó Kabah.

—Si están pensando en ir a luchar, iré con ustedes —nos dijo otro de los reclutas elegidos que esperaba junto a las mesas.

El corazón me palpitaba acelerado y mi respiración era rápida. No iba a ser un cobarde otra vez.

—Vamos, Kinich, no podemos dejarlos solos —sentenció.

Tomé un arco y flechas que habían abandonado y fui detrás del príncipe y el otro recluta. Los alcancé al otro lado de la pirámide y cruzamos la explanada, del otro lado de la cancha de pelota se escucharon gritos. Nos apresuramos y vimos a un hombre bocabajo sosteniéndose del monolito a Chaac. El guerrero fue a revisarlo y le dio la vuelta. Tenía los ojos cerrados, la boca abierta y el pecho cubierto de sangre. El guerrero revisó su pulso colocando su mano en el cuello y sobre el corazón, así como dos dedos bajo las fosas nasales para comprobar si aún respiraba.

—Está muerto —nos dijo.

—Los malditos no deben estar lejos —gruño Kabah—.  
Abran bien los ojos.

El guerrero intentó ponerse de pie, pero el hombre que había dado por muerto se levantó en ese momento y lo apresó, lo derribó y le clavó los dientes sobre la clavícula. Nuestro compañero quiso gritar, pero cayó desmayado antes de poder emitir algún sonido. Kabah y yo vimos como al hombre resucitado se le iban ensanchando las pupilas hasta cubrir sus ojos por completo mientras succionaba frenético la sangre del cuello de nuestro compañero.

Fue Kabah quién asestó el primer golpe. Las navajas de obsidiana del b'aj que trajo consigo le arrancaron al Nocturno un pedazo de la piel y expusieron el hueso de la espalda, pero eso no lo detuvo de seguir alimentándose. Rodeé a la creatura y me le acerqué por un lado para dispararle una flecha. La punta se le incrustó en el ojo izquierdo y el Nocturno chilló, abriendo las mandíbulas y soltando a nuestro compañero. Kabah aprovechó el momento y le lanzó una estocada al cuello que lo hizo sangrar, el príncipe alzó su arma y la dejó caer con fuerza debajo de la nuca del Nocturno. La creatura se encogió en el suelo malherida, gritó y sentí el miedo en sus alaridos. Kabah siguió golpeando al Nocturno con su arma hasta que terminó de rebanar su cabeza.

—Bien hecho —le dije—. ¿Crees que él también se vaya a levantar? —señalé a nuestro compañero caído.

—No, no lo creo, no le han inyectado el veneno en el corazón.

Kabah respiraba agitado, señalaba con su arma los pequeños orificios cubiertos de sangre sobre el pecho del decapitado. El b'aj perdió sus cuchillas en la breve batalla.

—¿Oíste como chillaba? ¿Y si estaba pidiendo ayuda? —pregunté.

—Hay que estar preparados —respondió Kabah.

Un grito se oyó a nuestras espaldas. Alisté una flecha y apuntando al suelo tensé la cuerda para dispararla en cuanto el Nocturno saliera. Fue una mujer la que saltó por detrás de Kabah y lo derribó. Él se dio la vuelta y ella lo aprisionó sentándose sobre él. Ambos luchaban, manoteando y moviéndose bastante, no me atreví a disparar por miedo a herirlo a él. Kabah intentó defenderse interponiendo el arma entre sí y la boca de la Nocturna que buscaba morderle desesperada. La quijada de ella se dislocó y quedó colgando de un lado con la lengua remolineando, dos agujas muy finas comenzaron a salir de su garganta y con fuerza extraordinaria fue bajando la cabeza, acercando peligrosamente las agujas al pecho de Kabah. Levanté el arco y le apunté a la cabeza, llevaba su cabellera trenzada desde la parte alta de su lado izquierdo y caía sobre su hombro derecho. Kabah hizo un gran esfuerzo y golpeó la boca de su atacante con el arma sin filo y la hizo retroceder un momento. El collar de conchas rosadas con pececitos tallados resonó sobre el pecho de la Nocturna y reconocí el rostro enmarcado en los pequeños aretes de jade.

—¡Akbal, ayúdame! —Kabah gritaba desesperado.

La Nocturna se abalanzó y de un empujón clavó los colmillos delgados en el pecho de mi amigo que soltó un grito ahogado y comenzó a temblar. Cuando terminó de inyectarle el veneno, la nocturna soltó a Kabah y su boca se reacomodó con un brusco movimiento antinatural. De haber soltado la flecha, la hubiera impactado entre los ojos. Ella me miró y se acercó lentamente, jadeando y caminando a cuatro patas. Mis manos temblaron y las heridas de mis brazos punzaron fuerte por la tensión del arco. No lo soporté más, bajé el arma. La Nocturna se detuvo frente a mí, se irguió, estiró una mano y abrió la boca con un quejido. Un cuchillo voló a mi derecha y se le clavó en el

hombro. Yatzil gruñó y se lo desclavó con una mano. Escuché un chirrido muy alto sobre mi cabeza y Yatzil miró asustada hacia las alturas, arrojó el cuchillo lejos de ella y huyó, echándose a correr hasta ocultarse en las sombras y perderse entre los árboles. Kinich vino corriendo con un cuchillo en la mano, idéntico al que se le clavó a Yatzil en el hombro.

—¡Akbal! ¿Estás bien? Oh por los dioses, no. Kabah...

Namú bajó y cerró sus alas, se posó a un lado de Kabah y lo observó con ojos lastimosos, presionándole el pecho con su pata de ave para evitar que se pusiera de pie. El príncipe temblaba incontrolable, tenía los ojos negros y murmuraba palabras y sonidos incomprensibles cada vez más violento. Nunca antes había visto a un ave derramar una lágrima.





Exhalé fuerte tras cada golpe, mis nudillos se estrellaron contra la corteza áspera del árbol una y otra vez. Si cerraba los párpados veía su rostro, sus ojos negros abriéndose grandes y tristes entre los destellos verdes de sus aretes ante la luz de las antorchas. Pese a la aglomeración de gente, estaba solo. Las personas a mi alrededor se apartaban para no lidiar con el loco recién llegado, cada quien tenía sus propias preocupaciones. Si algún niño curioso se me acercaba, su na' de inmediato lo apartaba con un tirón de orejas. Le di una patada al árbol y caminé en círculos con las manos ensangrentadas sobre mi cabeza, lleno de frustración. Maldije a los Uay y el día en que me encontraron, deseaba que se largaran de nuestras tierras, que volvieran a los mares o donde fuese que hubieran salido. *Que los Nocturnos los devoren a todos.* Tanto sufrimiento en vano, pasé por el entrenamiento y sus estúpidas pruebas y aun así no pude hacerme de la fuerza para acabar con esta pesadilla. *Lo arruinaste, eres un bueno para nada.*

Me reconoció, lo vi en la expresión de su cara pasmada y afligida cuando estuve frente a ella con la flecha apuntándole entre los ojos. Lo vi en esos labios rojos, húmedos por la sangre de Kabah que me llamaban entre murmullos. Estoy seguro que

intentaba pronunciar mi nombre, en esa lengua oscura imposible de comprender para el oído humano.

Pobre Kabah, no merecía lo que le pasó. Pero no fue mi culpa, sin importar lo que digan, no fue mi culpa. *Akbal, ayúdame*. Sus últimas palabras resonaron en mi cabeza. Con toda mi fuerza volví a golpear el árbol usando mi puño derecho y me reventé una vena. Sobre mi nudillo se infló una bolita de sangre bajo la piel. La apreté contra mi estómago y sentí el dolor punzante sobre mis dedos que apagaban momentáneamente las voces de Kabah y Nahil, los gritos de na', de taat e Itsin.

—¡Oye, tú, el loco en el árbol!

Un guerrero se acercó, levantó su lanza, recargó la punta sobre mi pecho y me dio un empujón que arrancó unas gotas de sangre de mi cuerpo.

—Apresúrate. Es hora de que tú y toda tu gente se larguen.

El campamento lucía casi vacío. Los hombres cubrían a sus esposas e hijos y todos avanzaban hacia la salida temerosos. La mayor parte de las familias ya se habían retirado y los pocos que quedaban eran guiados por los guerreros a empujones e insultos.

—¿No me oíste? Dije que te movieras.

Me empujó nuevamente con su arma y la sangre corrió por mi pecho. Detrás de él venía un número muy grande de guerreros obligando a la gente a avanzar. Di la media vuelta y me encaminé siguiendo al resto de los refugiados. En las calles, una fila de guerreros a cada lado marcaba el camino que debíamos seguir, cuidando que nadie se quedara atrás o escapara por uno de los caminos aledaños. El ejército entero de la ciudad se reunió ese día para correrlos. Los ciudadanos veían con gusto cómo nos retirábamos y había quienes arrojaban piedras y cascaras de plátano a la caravana. Una roca golpeó a una mujer

en la cara, provocándole una pequeña cortada sobre el ojo. El hombre junto a ella embistió enfurecido contra las personas que gritaban insultos a nuestro paso y dos guerreros lo detuvieron, el primero le dio una patada en las piernas que lo derribó y el segundo golpeó con su hacha el antebrazo, clavando el filo hasta el hueso cuando el pobre hombre intentó cubrirse con las manos. Otros miembros de la caravana, enardecidos por la brutal agresión, levantaron piedras del suelo y comenzaron a arrojarlas contra los guerreros y ciudadanos fisgones que se acercaban lo suficiente para ponerse a tiro. Los gritos fueron en aumento, las piedras volaron de un lado a otro y la sangre comenzó a correr por las calles cuando los guerreros arremetieron con sus armas contra los ahora exiliados.

Un puñado de hombres y mujeres en túnicas grises apareció entre la muchedumbre e intervino, tratando de calmar los ánimos. Todos llevaban tatuado el colmillo en los hombros, el pecho o en el cuello. Los Uay se interpusieron con los brazos extendidos entre los guerreros y los refugiados, alzando la voz y llamándolos a retomar a la calma. Cuando los guerreros insistieron en seguir luchando, los Uay les arrebataron las armas y las partieron frente a ellos con sus propias manos, sin que las cuchillas de obsidiana les causaran ningún daño aparente. La demostración de su fuerza bruta intimidó a los guerreros y refugiados por igual y ambos grupos retrocedieron.

—¡Demasiada sangre se ha derramado ya! —exclamó una Uay—, estas personas están a cargo de nosotros. Nos dejarán ir en paz y, ustedes... —se giró hacia los refugiados detrás de ella—, tampoco harán más problemas. Quien quiera luchar lo hará conmigo.

—¡Largo! ¡Tampoco son bienvenidos aquí! —gritó alguien escondido detrás de los guerreros.

Los soldados, conscientes de la fuerza y habilidades de los Uay, permanecieron callados, pero la gente detrás de ellos continuó el barullo, gritando a coro palabras como “¡Fuera!” y “¡Largo todos los invasores!”.

—Imbéciles —dijo la Uay Peek que se inclinó para recoger la hoja de obsidiana de un b'aj en el piso y las desmoronó entre sus dedos frente al rostro de un guerrero en la fila—. ¿Con esto se van a defender cuando lleguen los Nocturnos? Pronto van a llegar y los devorarán a todos. Acaban de condenar su ciudad a la muerte, sus cabezas tienen las noches contadas. Les gusta pintar las paredes de rojo, ¿verdad? La piedra de estas sucias calles se va a bañar con su sangre.

La Uay Peek escupió al suelo y se dio la media vuelta, haciendo una señal con las manos para que siguiéramos avanzando. Pude ver como limpiaba la sangre de su palma en la parte inferior de la túnica mientras caminaba entre la gente. Los guerreros mantuvieron sus posiciones a los costados del camino, pero no hubo más disturbios una vez que los Uay caminaron con nosotros. Un grupo de Uay Balam y Uay Ch'iich nos esperaban más adelante, justo en el límite de la ciudad. Kinich estaba entre ellos y al verlo aceleré el paso para ir con él, me vio y caminó un poco para alejarse del grupo.

—Kinich, ni siquiera me dieron la oportunidad de despedirme de ti.

—No creo que sea buena idea que hablemos, ya no eres uno de nosotros, no quiero meterme en más problemas —surró.

—Tú podrías hablar con ellos para que me permitan volver. Explícales lo que ocurrió. Kinich, esa noche, el Nocturno que atacó a Kabah...

—Detente, por favor. Sé lo que vas a decir Akbal, pero Yatzil está muerta, lo que vimos era solo un Nocturno más.

—¿La viste? ¿Tú la viste?

—La vi, yo clavé el cuchillo.

—Te equivocas, los Uay se equivocan. Yatzil vive, me reconoció, no son las bestias salvajes que dicen, hay humanidad en ellos.

—La tenías a tiro, pudiste acabar con esa cosa. Pudiste salvar a Kabah y evitar todo esto. Todo esto es tu culpa.

—¿Mi culpa?

—Tuya y de Kabah. Desobedecieron una orden, no debieron salir del campamento.

—Tú también estabas ahí, desobedeciste la orden de Namú al igual que nosotros.

—No debemos hablar.

Le solté un puñetazo directo a la quijada y apenas tuvo tiempo de hacerse hacia atrás para esquivarlo. Mis nudillos rosaron su barbilla y lo ensuciaron con mi sangre. Kinich respondió de inmediato con un golpe que me dio en la nariz y me tiró de nalgas al suelo.

—Cuando los líderes Uay me cuestionaron sobre lo ocurrido tuve mis dudas. Ahora veo que hice lo correcto —agregó Kinich.

—¿Tú les dijiste que me expulsaran?

—Les dije la verdad. Que eres un peligro y un riesgo innecesario para nosotros.

Me levanté furioso, decidido a molerle la cara a golpes.

—¡Maldito traidor!

—No soy yo el que dejó morir a un hermano y consiguió que nos corriera a todos, estúpido.

Me lancé sobre él lleno de rabia, Kinich se apartó y un Uay Ch'iich se interpuso entre los dos.

—Kinich, vuelve con los demás —le ordenó.

Apreté los puños, lleno de coraje, olvidando el dolor que sentía en las manos. Respiré rápido tratando de no perder de vista la cara de Kinich moviéndose entre los Uay. La sangre escurrió hasta mis labios y probé su sabor, el maldito me había roto la nariz. Canek se acercó a mí con el rostro lleno de pesar, sosteniendo en su mano el calabazo lleno de balché que siempre llevaba consigo y me puso su mano regordeta sobre mi hombro.

—Ven Akbal, todo va a estar bien.

Retiré su brazo con un golpe de mi codo y me alejé, adentrándome al río de gente exiliada que caminaba lento hacia la selva. A veces aceleraba el paso y alcanzaba a quienes caminaban en la punta de la caravana, a veces me sentaba a descansar y esperaba a los de más atrás, no quería hacer contacto con nadie. Solo los Uay Peek nos acompañaron, a los Balam y a los Ch'iich no se les volvió a ver. Éramos más de cuatro mil personas según se comentaba entre la muchedumbre. Una masa enorme de gente moviéndose lento y sin destino claro, confiando ciegamente en las promesas de los Uay de que estaríamos a salvo.

No miré atrás hasta que estuve seguro que nos habíamos alejado lo bastante como para no alcanzar a ver la pirámide ni ningún otro edificio de la ciudad. Quería dejar atrás todo lo ocurrido y no volver a recordarlo nunca. Pasadas las horas el cansancio se hizo más notable y el ambiente se puso tenso, la gente empezó a quejarse por el calor y el hambre. Tardé mucho en darme cuenta que nadie cargaba agua ni comida. Las tripas me rugieron y sentí un cosquilleo en la nuca. Miré al cielo de franjas púrpura y naranja, las primeras estrellas comenzaron a brillar.



### INTERLUDIO III EL CONCILIO DE LOS DIOS



La luna ascendía en el cielo. Canek se quedó dormido y llegó tarde a la reunión. Los gritos, zarandeos y patadas en las costillas que le dieron sus amigos no bastaron para interrumpirle el sueño profundo en el que se hallaba inmerso. Todos los Uay de las tres facciones estaban ahí reunidos alrededor de la hoguera. Canek llegó cansado, al igual que muchos, luego de la intensa lucha contra los Nocturnos que sucedió dentro de la ciudad la noche anterior, y una larguísima e infructuosa búsqueda por cada rincón, casa y callejón para encontrar a las creaturas que escaparon. Habían desaparecido tan repentinamente como llegaron. Demasiado tarde los Uay encontraron el lugar por donde entraron a la ciudad y comprendieron el terrible error que habían cometido. No se supo cuántos Nocturnos ingresaron ni hubo certeza de la cantidad de ciudadanos que recibieron el veneno en su corazón y se levantaron como uno de ellos, pero la verdad es que al final, solo uno bastó para cambiar el curso de la guerra.

Dio un trago a su bebida y se talló los ojos. La tarde anterior se eligieron a los nuevos iniciados y Canek creyó apropiado tener un momento de relajación, ofreciendo licor para brindarles una apropiada bienvenida a los nuevos, se suponía que este

día comenzaran el ciclo de purificación que daba paso al ritual donde se les otorgaría el don de la transformación, pero ahora todo era incierto. De los doce reclutas elegidos, dos murieron y uno más fue expulsado.

Canek odiaba las reuniones que hacían los líderes y ya había asistido a muchas en las últimas semanas. Representantes de cada facción daban sus reportes de lo descubierto en las expediciones de reconocimiento y como cada uno de los emisarios debía dar su versión de lo ocurrido, había que escuchar lo mismo al menos tres veces para que al final no ocurriera ningún cambio sustancial en la estrategia que dictaban los líderes, ni mucho menos, algo que le afectara directamente a él en sus labores de selección y entrenamiento de nuevos reclutas. Sabía, sin embargo, que esta reunión era distinta. Los rumores al respecto de lo que sucedía al interior del palacio con los jefes de la ciudad corrían en boca de todos. La llamada de los dioses convocó a todos los Uay esparcidos a lo largo y ancho del territorio, cerca de cuatrocientos arribaron esa misma tarde. Era obvio que estaban reunidos para tomar una decisión muy importante.

La asamblea se hizo en el lugar de costumbre, en una zona abierta lejos de la ciudad. El fuego ardía en alto al centro. Alrededor de él, estaban los Uay, divididos como era costumbre en tres secciones, cada quien con su tribu, escuchando lo que los líderes tuvieran que decir. Los líderes se paraban sobre escalones de roca y deliberaban en nombre de toda la tribu, ocasionalmente dándole la palabra a alguien más para que expusiera información importante. Los lugares al frente estaban reservados para los Uay de sangre pura, grandes jefes como Horus, Nisrok y Thot por parte de los Ch'iich; Sejmet y Bast entre los Balam y Set y Xólot por el lado de los Peek, todos aquellos que, como los

tres líderes, habían recibido el don directamente de los dioses. Sentados detrás en orden descendente se acomodaban los Uay de sangre inferior y al final, estaban en pequeños grupos, casi siempre de pie, los Uay de tercer o cuarto nivel, los menos poderosos y entre los cuales era común que se mantuviera un rumor y cuchicheo durante las sesiones. Canek decidió quedarse entre ellos, dejando su lugar vacío junto a Xólot. No quería estar muy cerca del fuego, pues además de haber llegado tarde y en mal estado, sentía gran vergüenza por lo ocurrido.

La líder de los Uay Balam terminó de hablar en ese momento de un tema que Canek no alcanzó a escuchar y enseguida tomó la palabra el líder de los Uay Ch'iich.

—Se me ha informado por parte de los Ch'iich que vigilan el palacio, que el K'uhul Ajaw está furioso y ya ha tomado la decisión. En este momento habla con sus generales y decreta la expulsión de todos los refugiados que hemos resguardado dentro de sus fronteras, dentro de poco saldrá a hablar con su pueblo y comenzará el desalojo. Tenemos entendido que saldrán por el camino al sureste, para que regresen a sus aldeas.

—Es un verdadero problema —intervino el líder Peek—. Ese es territorio que ya está en manos de Camazotz. No sabemos cuántos Nocturnos le siguen, o si existen Uukum' Soots entre sus filas. No podemos permitir que los Nocturnos tengan contacto con ellos y engrosen sus números.

—Estamos de acuerdo en eso —dijo la líder Balam—, tal vez aun podamos hablar con el K'uhul Ajaw y hacerlo recapacitar.

—No lo creo posible, también buscan que nosotros nos vayamos —contestó el líder Ch'iich—. No va a escuchar nada que tengamos para decirle, tiene el corazón deshecho a causa de la muerte de su hijo y guarda un terrible rencor hacia nosotros.

Se hizo un murmullo generalizado. Los jóvenes Uay alrededor de Canek discutían con asombro y agravio.

—¿Ha dicho que piensan echarnos fuera? ¿No saben que hemos luchado contra los Nocturnos para mantenerlos lejos de su ciudad? —dijo uno.

—¡Hemos perdido mujeres y hombres valientes defendiéndolos! —gritó otro.

Canek se rascó la barbilla, meditó sobre lo que escuchaba y respondió a los Uay exacerbados a su alrededor.

—El K'uhul Ajaw tiene razón.

—¿Qué?! —le contestaron.

—Él nos confió la vida de su hijo y murió bajo nuestro cuidado. Les fallamos a su familia y a su pueblo, tiene todo el derecho de odiarnos.

—Según escuché, el chico se lo buscó, pudo haberse quedado en el campamento a salvo.

—No estoy seguro que eso hubiera hecho una diferencia. Los Nocturnos entraron por nuestro campamento y ni los oídos de Balam, los ojos Ch'iich o el olfato Peek se percató de su paso, estábamos ebrios y distraídos. Durante mucho tiempo los buscamos en los alrededores de la ciudad y levantamos barricadas para impedirles el paso para que al final fuera nuestra arrogancia y necedad lo que les abrió la puerta.

—¿A qué se refiere, maestro Canek?

—Claro, ustedes viajaron lejos y no estuvieron en las reuniones pasadas. Durante un tiempo se ha comentado la posibilidad de que los Nocturnos se estén moviendo a través de cavernas y túneles naturales, los cuales abundan en esta región. La idea se descartó porque estos túneles están en su mayor parte llenos de agua.

—Los Nocturnos odian el agua, son incapaces de nadar —dijo uno de los Uay sin pensarlo.

Por supuesto, lo hemos usado a nuestro favor durante siglos, pero las cosas han cambiado, los Nocturnos se adaptan. Hubo muchas pistas que nos negamos a reconocer, pero ahora no podemos seguir ignorando los hechos. Anoche capturamos a uno de los Nocturnos dentro de nuestro campamento, de suerte pudimos alcanzarlo cuando ya se había sumergido en el cenote a nuestro cargo. No sabemos si hubo otros que escaparon antes que él, perdimos mucho tiempo buscándolos en la ciudad.

Los líderes pidieron silencio y el alboroto cesó. La líder de los Balam volvió a hablar.

—Ellos nos necesitan a nosotros más que nosotros a ellos. Dejémoslos solos y que hagan como puedan. En cuanto a los pueblos que hemos salvado, si aquí no reciben el resguardo que necesitan buscaremos el apoyo en otra nación.

—Las alianzas se construyen con tiempo y mucho esfuerzo, nos tomó meses negociar el abrigo de los pueblos cercanos a la ciudad —añadió el líder Ch'iich—. Si llegamos a imponer esta voluntad sobre otra nación es probable que ocasionemos un conflicto para el cual, en estos momentos, no estamos en condiciones de tratar. La sombra del rencor que existe entre los pueblos de los hombres no desaparece fácilmente.

—Algo debemos hacer —dijo el líder Peek—, si no nos involucramos y hacemos algo por esta gente van a morir, ya sea de hambre en el bosque, o devorados por los Nocturnos. Muchos de ellos terminarán convertidos. De igual manera, es seguro que los Nocturnos van a regresar a la ciudad y más gente terminará por integrarse a sus huestes.

—No podemos hacernos cargo de todas esas personas y combatir el avance de Camazotz al mismo tiempo —respondió el líder de los Ch'iich.

Esa debe ser nuestra prioridad, evitar que sigan inyectando su veneno y crezca el ejército de Camazotz —añadió el líder Balam—. A decir verdad, sería preferible que todos estos humanos murieran de una vez, antes de regresar a sus aldeas.

Sus palabras hicieron eco y de nuevo estalló el ruido de voces y reclamos entre los Uay que escuchaban atentos.

—Entiendo lo que dices, pero... ¿sugieres que rompamos la promesa que hicimos en Zotz?

—Respondió la líder Ch'iich.

—No lo sé —respondió la líder Balam.

—No, no, no... no pueden siquiera considerar eso —murmuró Canek para sí mismo.

—¿A qué se refieren? ¿Qué fue lo que pasó en Zotz, maestro?

Canek bebió el último sorbo de su calabazo y se talló la cara con frustración.

—¿En verdad no lo sabes? —le contestó Canek—. Descubrimos que existía este pueblo donde se le adoraba a Camazotz y fuimos a investigar. Cuando llegamos, nos encontramos a una raza de Nocturnos viviendo entre los humanos, una forma de U'kuum Soots. ¿Los conoces? Son seres poderosos e inteligentes, fluidos en el habla. Eran casi indistinguibles de los humanos. Para acabar con ellos se tomó la decisión de matar a todos los pobladores. No quedó vivo un hombre, mujer o niño... los masacramos a todos. Fue cuando un grupo de nuestros hermanos Uay desertó y huyó a los bosques. Juramos nunca más levantarnos en contra de nuestros hermanos humanos.

Maldita sea, no pueden considerarlo de nuevo, esto no es para lo que fuimos creados.

La exaltación creció, los asistentes se ponían de pie, algunos lo consideraban como una opción y otros se negaban con voces iracundas. Un susurro se movió en el aire e hizo eco en la cabeza de todos los presentes. Reconocieron el origen y callaron, bajaron la cabeza, se hincaron con una rodilla en la tierra y llevaron su puño al pecho. Entre los árboles detrás de cada tribu apareció una bestia enorme, Ek, el jaguar negro, el doble de alto que el guerrero más corpulento, Chak, el águila, de plumas cobrizas y rojas que al extender las alas era más ancha que la ceiba más frondosa que se hubiera visto, y por último Sak, el lobo, de pelaje gris plata, tan grande como su hermano jaguar. Los tres caminaron a paso lento entre sus súbditos hacia el centro donde se levantaba el fuego. De su pelaje y plumas emanó un vapor que se convirtió en una niebla en la que se desvanecieron sus cuerpos. La nube se movió al centro y desapareció. Tres figuras humanas flotaron en medio de las llamas y se dieron un abrazo fraternal. Los líderes que habían guiado la discusión retrocedieron unos pasos y se sentaron al lado de sus semejantes, cediendo el lugar a los dioses. Los tres espíritus terminaron de materializarse en su forma humana alrededor de la fogata, eran seres andróginos de rasgos indefinidos con voz grave y melódica que continuaron la discusión donde la habían dejado sus servidores.

—Si me permiten hermanos —habló el dios Chak—, creo que a partir de los hechos recientes, podemos confirmar la ubicación de Camazotz bajo tierra, oculto en el sitio donde mis Uay Ch'iich descubrieron la gran humareda.

Los otros dioses asintieron.

—Ese misterio ha sido resuelto al fin —dijo el dios Sak.

—Sin embargo, sería muy riesgoso bajar a buscarlo —señaló el dios Ek—. Hay un laberinto de túneles y cuevas, recorrerlos nos llevaría semanas y estaríamos demasiado expuestos.

Además, si Camazotz percibe nuestra presencia podría huir por uno de los muchos caminos a su disposición.

—No podemos perderlo una vez más. Debemos aprovechar esta oportunidad, no sabemos si habrá otra —añadió Chak.

—Necesitamos más guerreros —dijo Sak—. Hemos perdido más Uay de los que hemos ganado en tiempos recientes. Podemos valernos de los pueblos exiliados y elegir entre ellos a los más fuertes.

—No podemos otorgarle nuestro don a cualquiera y no hay tiempo de prepararlos, estaríamos arriesgando el engendrar otro mal en el mundo —respondió Ek.

—Omitamos las pruebas y preparativos —añadió Sak.

—Hermano, lo que dices es una violación a nuestros principios. Guardar el equilibrio, no lo olvides —respondió Ek.

—No tenemos los números para invadir sus tierras, no sabemos con certeza a lo que nos enfrentaremos allá abajo —expuso Sak.

—Tenemos que hacerlo salir, para enfrentarlo en tierra firme y a cielo abierto —dijo Chak—. Tal vez haya una forma. En Zotz, los jefes del pueblo lo invocaban con sangre. Si le ofrecemos un sacrificio digno, es probable que acuda al llamado.

—Juramos nunca levantarnos contra los humanos de nuevo —protestó Sak.

—Debemos elegir el menor de los males. No hay manera de que los exiliados sobrevivan y no podemos permitir que se unan a Camazotz. Como tú has dicho Sak, hemos perdido a demasiados Uay y nuestras tribus se han debilitado —agregó Ek.

—Si no acabamos con Camazotz ahora, sus engendros continuarán creciendo y adaptándose, requiriendo más sangre hasta que nos sea imposible detenerlos —dijo Chak.

—Lo que decidan dos, tres lo acataremos —aceptó Sak.

—En dos semanas habrá luna llena, será el mejor momento para emboscarlo —reflexionó Chak.

—Mi tribu se hará responsable de cuidar a los refugiados y guiarlos hasta el cenote sagrado donde se oculta Camazotz —decretó Sak, girándose para ver a sus Peek que aguardaban silenciosos.

—Nosotros los Ch'iich vigilarémos el sitio a la distancia y prepararemos la emboscada —decretó Chak.

—Los Balam continuaremos combatiendo a los Nocturnos que intenten acercarse a la ciudad desde este lado de sus fronteras —dijo Ek.

—Está decidido hermanos. Nos encontraremos cuando la luna haya completado su ciclo —finalizó Chak.

Los tres dioses se abrazaron y se despidieron. Canek levantó la cabeza y se topó con los ojos de Sak. Supo que no había opción, debían obedecer los mandatos de los dioses y la decisión estaba tomada. Agachó la cabeza, avergonzado y suspiró.

—Qué mierda. Necesito un trago.





Éramos miles los que deambulábamos por los caminos y veredas en medio de la selva. Caminé entre la muchedumbre, entre cientos de familias que se apilaban sobre el camino y a ambos lados. Los Uay Peek nos guiaban e impedían separarnos de la caravana. Nos dijeron que la guerra había acabado y los Nocturnos habían sido derrotados, que solo quedaban unos pocos en los bosques y selvas y ya no representaban un peligro mayor. Los Uay Ch'iich y Uay Balam cazaban a los últimos, liberando las zonas aledañas para que pudiésemos transitar en paz. Nunca más tendríamos que volver a preocuparnos por esas criaturas. Prometieron que pronto podríamos regresar a nuestros hogares, solo debíamos esperar a que los Uay Ch'iich Uay Balam dieran aviso que era seguro regresar y eso podía tomar varios días, solo debíamos aguantar un poco más.

Me pareció muy extraño la coincidencia del fin de su guerra con la expulsión de los refugiados de la ciudad, sobre todo, cuando poco antes, estando en el campamento de los Uay, nunca se mencionó que el fin de la guerra estuviera cerca sino todo lo contrario. Todos los días caminábamos durante horas. Íbamos en círculos de un lugar a otro sin explicación. ¿Por qué debíamos mantenernos en movimiento si ya no había Nocturnos? No compartí la información que tenía, temeroso de

las represalias que pudiera sufrir si la caravana se enterara que por mi culpa todos estábamos en esta situación. Mucha gente desconfiaba de los Uay.

Teníamos poca comida y casi nada de agua. No se nos permitía acercarnos a los cenotes para ir a beber o asearnos. Solo los Uay podían hacerlo y era muy poca el agua que traían de regreso, no había forma de que trajeran la suficiente para todos y eso ocasionó conflictos entre la gente. Entre el calor, la sed, el hambre y los mosquitos, los ánimos de todas las personas iban en detrimento y los corajes y peleas eran cada vez más comunes. Hasta los Uay se veían preocupados y comenzaban a comportarse erráticos y agresivos. Escuché entre la gente que había quienes tenían planes de escapar e ir a buscar suerte por si solos, acercarse a robar algo de los cultivos alrededor de la ciudad que nos había expulsado, los mismos cultivos que muchos de ellos estuvieron trabajando como esclavos. No parecía mal la idea de ponerse en marcha y adelantarse hacia su aldea o algún otro lugar donde pudieran comenzar de nuevo. Había muchas tierras abandonadas esperando a ser reclamadas.

Cada intento que hubo por parte de un grupo de aldeanos para escabullirse a la selva había sido impedido por los Uay Peek. Siempre lo intentaban durante el día, cuando creían que tenían más posibilidades, pues todos sabían que durante la noche no podrían huir de ellos en sus formas de hombre bestia. Calculé que debía haber alrededor de doscientos Uay y aunque tuvieran habilidades muy superiores a las de cualquier humano, incluso durante las horas de sol, éramos demasiados para que pudieran controlarnos, era cuestión de tiempo para que se desatara un motín y las cosas se les fueran de las manos.

Aprovecharía ese momento para huir y buscar a Yatzil. Quedó claro que como humano ni mucho menos como Uay

mi vida valía algo, pero tal vez como Nocturno pudiera vivir al lado de ella. Solo tenía que encontrarla antes que los Uay. Me reconocería, quizás aún me buscaba. Estaba seguro que seguía por ahí con vida, siempre fue muy lista y ágil. Me entregaría a ella y me haría eso mismo que le hizo a Kabah para levantarme como su semejante. Seríamos inmortales, viajaríamos juntos y tendríamos lo que siempre se nos prohibió.

Dos hombres se acercaron a mí, reconocí a ambos. El primero usaba túnicas grises y tenía un colmillo tatuado en la cara sobre el ojo y la mejilla izquierda, era Imox, el cocinero que conocí en el campamento de los Uay, el otro era Iktan.

—Akbal, que bueno que te encontramos. Necesitamos de toda la ayuda posible —me dijo Iktan.

—Necesitamos cazar algo, estas personas sufren de hambre —comentó Imox.

Iktan se quitó de la espalda un arco y un costal de flechas y me lo cedió.

—Tú eres mejor que yo con el arco, serías de gran ayuda. ¿Vienes con nosotros?

Esa era mi oportunidad de escapar. No solo tendría una oportunidad única para alejarme sin mucha supervisión, sino que además me estaban dando un arma.

—Iré con ustedes.

Nos alejamos bastante, hasta donde la planicie terminaba y el suelo se volvía más irregular. Vimos una pendiente y la subimos para analizar mejor el terreno, que era desconocido para nosotros tres. En la cima encontramos una formación de rocas que llamó la atención de Imox por las marcas de arañazos que había sobre las piedras.

—Nocturnos. Estuvieron aquí, el nido debe estar cerca —dijo Imox—. Parece que nos están siguiendo. Es muy fácil seguir el rastro de miles de personas caminando lento por la selva, nuestras pisadas no dejan viva una hierba y vamos arrancando todo el fruto que se cruce en nuestro camino. Hasta las aves se alejan de nosotros, han aprendido que vamos a comerlas.

—Llamamos mucho la atención.

—Lo bueno es que quedan pocos Nocturnos, ¿verdad? —preguntó Iktán.

—Claro, no hay de qué preocuparse —contestó Imox.

Percibí en el rostro de Iktán una mirada cómplice, que me decía que él tampoco creía en lo que contaban los Uay Peek. Podíamos hacer una alianza para escapar juntos de Imox y después tomaríamos cada quien nuestro propio camino.

—Bueno, ¿a dónde creen que deberíamos ir, en qué lugar esconde sus manjares esta selva? —Imox cambió el tema.

Dejé que ellos se encargaran de discutir el camino y me senté en las rocas para ver el cielo, recordando las tardes que pasé con Yatzil. Analicé las marcas sobre las piedras, eran los rasguños de una mano pequeña y las huellas de sus dedos en la tierra. Llamó mi atención una piedrita rosada entre las rocas, era una concha de mar. Nos encontrábamos muy lejos de la costa. Me acerqué, la levanté y la observé con detenimiento. Era el collar de conchas rosadas que le hice a Yatzil en nuestra aldea, olvidado entre las rocas. Ella estuvo ahí y no hacía mucho de eso. Yatzil lo llevaba puesto la noche que Kabah murió. Me pregunté si lo habría dejado a propósito en espera de que yo lo encontrara, el lugar era muy parecido a donde nos reuníamos los dos. Recordé la promesa de volvernos a ver, aquella noche que todo cambió.

—Vamos, Akbal, por aquel lado se aprecian los reflejos sobre el agua de un pequeño cenote. De seguro que podremos encontrar algún animal cuando se acerque a beber.

Me colgué el collar al cuello y los seguí.

—¿Y eso? —preguntó Imox.

Lo encontré y me gustó, me recuerda a mi aldea. Vamos, no perdamos tiempo, nos están esperando.

Rodeamos, para avanzar contra el viento y no tuvimos que caminar demasiado antes de toparnos con una familia de cuatro venados que comían tranquilos un poco separados entre sí. Imox e Iktan prepararon las lanzas, yo alisté las flechas. Nos dividimos y avanzamos tan lento como era posible, manteniéndonos fuera del campo de visión de los animales. Imox nos guiaba con señas, cada uno eligió a su presa, contó para coordinar nuestros ataques y disparamos nuestros proyectiles al mismo tiempo. Su lanza dio en el costillar del venado más cercano, la de Iktan rozó el lomo de otro, más no alcanzó a herirlo de gravedad y el venado saltó. Mi flecha se clavó en el cuello de un venado más pequeño, pero no lo derribó, rápido le disparé una segunda y el venado fue a caer más adelante. Preparé otra flecha, tensé la cuerda y apunté al venado que se le escapó a Iktan. Contuve la respiración. Seguí los movimientos del animal, observé su andar, sus patas sobre la tierra seca. Predije su próximo salto y disparé.

Cada uno de nosotros cargó uno de los venados a lomo. No pude abandonar a mis compañeros en ese momento, pero lo haría cuando entregáramos los animales una vez que alcanzaremos a la caravana. Me iría nuevamente con la excusa de cazar algo más. Cuando nos vieron llegar, hubo quien nos recibió con aplausos y agradecimientos. Una sensación extraña inundó mi pecho. Entregué los cadáveres de los venados

y pronto comenzaron a desollarlos y prender el fuego. Un anciano se acercó sosteniendo a una niña entre sus brazos, se trataba del viejo con el que viajé cuando entramos a la ciudad.

—Joven Akbal —recordaba mi nombre—, mi nieta quiere agradecerle por la comida que nos has traído el día de hoy. No hemos probado bocado en dos días ya.

—Lo hice con gusto señor. Espero disfruten de la cena.

—¿Mañana va a traernos más? —me preguntó la niña con una voz que en mis oídos se escuchaba como la de mi hermanita.

Me limité a sonreírle y me despedí de ellos. Vi a Imox hablar con Canek. Estaba a punto de retirarme cuando sentí una mano en el hombro.

—Akbal, ¿veo que piensas ir a cazar otra vez?

—Así es maestro Canek. Quiero ir a buscar otra presa y regresar antes de que anochezca.

—No te va a alcanzar el tiempo, el sol casi termina de ocultarse. Ven conmigo por favor, necesito decirte algo.

Parecía que tenía que esperar hasta más tarde para irme. Entramos a un pequeño refugio que Canek había improvisado y me senté para escuchar lo que tenía que decirme.

—Imox me ha dicho que hiciste un gran trabajo hoy. Quiero que sepas que eres un hombre muy valiente y admiro mucho el esfuerzo que haces. También quiero que sepas que no es tu culpa lo que ha sucedido. Desobedeciste una orden, es cierto, pero lo hiciste buscando un bien mayor. Durante el entrenamiento Kabah, Kinich y tú siempre colaboraban —se me revolvió el estómago al escuchar sus nombres—, siempre buscaban ayudar a otros sin importar lo mal que ya la estuvieran pasando. Querer ayudar es parte de tu naturaleza, fue por eso que te elegimos en su momento. Yo pedí que te mantuvieran con

nosotros, pero al final ganó la voluntad de otros compañeros. ¿Sería verdad lo que decía o solo quería hacerme sentir mejor?

—Lo siento maestro, lo decepcioné.

—No es conmigo con quien debes disculparte, sino contigo mismo.

—Maestro, me he preguntado algo desde hace tiempo. ¿Por qué me eligió, por qué me llevó con los Uay?

—Vi algo en ti. Contéstame, ¿por qué te quedaste, para qué entrenabas?

—Quería ser fuerte como ustedes para poder vengarme, para matar a los monstruos que mataron a mi familia.

—Hablas de matar, hay palabras de odio en tu boca que provienen con toda certeza de tu corazón, pero no creo que pertenezcan ahí. Has sufrido una tormenta de dolores y tu corazón ha quedado revuelto como los bosques después de que Huracán los atraviesa con su ira. Más semejante al desastre que deja, poco a poco las aguas bajan, la tierra se va asentando y la selva prevalece. De igual manera tus sentimientos van recuperando su verdadero rostro. Tú no eres un asesino, tú eres un protector, tú resguardas. Lo has hecho toda tu vida, estoy seguro.

—Soy débil. No puedo cuidar a nadie.

—Eres humano, eres mortal. Todos los seres que viven bajo el cielo están propensos a padecer enfermedades y a perecer bajo el rigor del tiempo. En las batallas todos hemos de conocer la derrota en algún punto, siempre hay alguien más fuerte. No es el grosor de tus brazos o la resistencia de tus piernas, ni la velocidad de tu lanza o el filo del hacha lo que hace fuerte a una persona. Es la voluntad. Es tu espíritu el que te hace fuerte. El hombre más poderoso en el maayab, con las mejores armas y el mayor ejército no es nada frente a la ira o siquiera el desencanto de los dioses. Porque ellos son de excelso espíritu. Aquel con

la voluntad de aceptar los designios divinos, por más oscuros que parezcan y hacerle frente a la vida, esa es en verdad una persona poderosa. Así que, Akbal, ¿qué clase de poder aspiras tú? Es tiempo de que te perdones tus fracasos y valores más tus éxitos. Gracias a ti muchas familias comerán hoy. No te culpo por lo sucedido esa noche y tampoco deberías culparte tú. Tengo entendido que te encontraste con un rostro familiar en uno de los Nocturnos.

—La Nocturna que atacó a Kabah, es una chica de mi aldea, Yatzil. Ella y yo.... teníamos una relación especial.

Canek asintió y meditó frotándose la boca y la barbilla.

—Maestro Canek, sé que no va a creerme, pero ella me reconoció, intentó conectarse conmigo.

—Es posible.

—¿De verdad?

—Hay muchas cosas sobre los Nocturnos que no comprendemos aún, pareciera que algunos conservan algo de humanidad en su interior. Como en el caso de Uukum Soots

—Todo este tiempo pensé que Yatzil estaba muerta. Es posible que tenga otros familiares vivos como ella, mi na', mi hermana.

—Yatzil no está viva, Akbal. No como lo entendemos normalmente. Puedes ver a los Nocturnos y querer reconocer algunos comportamientos como rasgos propios de la persona, pero ellos ya no son los seres que amamos. Déjame preguntarte algo. ¿La chica que amaste sería capaz de asesinar a otro ser humano sin pensárselo? ¿Iría detrás de su familia y devoraría a sus hermanos?

—No. Yatzil es una mujer dulce y cariñosa.

—Yo ya he pasado por eso. Mi na' fue convertida en uno de ellos e intentó matarme cuando era apenas un muchachito.

Si no hubiera sido por el arribo de los maestros Uay, yo también hubiera muerto en sus manos. Bebió la sangre de chichí y mató a muchos otros antes de que yo pudiera encontrarla y darle fin a su miseria. Es posible que algo de ellos sobreviva muy adentro, pero carecen del control de sus acciones. Están atrapados dentro de su propio cuerpo. Existen en constante sufrimiento, presas del hambre y el instinto asesino que los obliga a dañar hasta sus seres queridos. ¿Puedes imaginarte el sufrimiento de matar a quien amas, escuchar sus suplicas, los gritos de horror... y no poder hacer nada para evitarlo? No imagino vivir con algo así y no se lo deseo a nadie. Si no hubiera sido por Kinich y Namú, habrías muerto esa noche o peor, habrías sido condenado a sufrir como ellos, te lo aseguro.

—¿Cómo sabe esto, maestro?

—Algo similar ocurre al momento de transformarnos en bestia, pero nosotros conservamos nuestra voluntad, la hemos entrenado y somos capaces de hacerle frente a los instintos animales. Es nuestro espíritu el que domina el cuerpo y no al contrario.

Reflexioné sobre lo que me dijo. Yatzil, la mujer que yo conocí nunca hubiera lastimado a Kabah, ni a nadie.

—Ese es un lindo collar. ¿Qué te pasó en la mano? Tienes los nudillos reventados, necesitas una curación.

—No es nada, ya casi se me pasa.

—¡Nada de eso! Le llamaré a nuestro líder, él es mucho mejor que yo en curaciones y sabrá como ayudarte. Míralo, aquí viene.

Canek asomó la cara y un brazo fuera del refugio. Vi que ya era de noche. El líder de los Uay Peek que tenía la cara de un perro tatuada sobre su propio rostro, entró en el lugar y se sentó a mi lado.

—Akbal, que bueno verte —dijo el líder Peek.

—Platicábamos sobre la habilidad innata que tiene Akbal para involucrarse y ayudar a otros —dijo Canek.

—Es cierto, quedó claro durante los entrenamientos. Es una lástima que tuvieras que ser expulsado —el líder tomó mis manos y frotó mis nudillos, observó mis heridas y continuó haciendo conversación—. Cuéntame Akbal. Ahora que has demostrado tu destreza y capacidad con el arco y que has visto la diferencia que puedes hacer con las personas que están a nuestro cuidado. ¿Te crees capaz de apoyarlos y defenderlos ante cualquier peligro que pudiéramos encontrar?

Medité mi respuesta detenidamente antes de contestar.

—Sí, eso creo. Yo los defendería con mi arco y con mi cuchillo.

—Eso imaginé —contestó el líder Uay que todavía sostenía mi mano derecha—. Verás, hay algo que debes saber...

—Por favor no te lo tomes a mal, Akbal —dijo Canek que se posó detrás de mí y me apresó con sus brazos impidiendo moverme—. Lamento mucho lo que va a suceder ahora.

Los ojos del líder Uay brillaron en la oscuridad, apretó mi mano y jaló fuerte de mi brazo.

Sacó un cuchillo de debajo de su túnica y colocó la punta sobre mi muñeca.

—Nuestro dios nos ha encomendado una misión —dijo entre gruñidos, babeando— y no podemos dejar que nada nos impida cumplirla. Presionó el cuchillo, la sangre brotó. Jaló hacia abajo el arma y el filo cortó mi carne.



Cerca de cien refugiados, los más jóvenes y saludables, se situaron alrededor del precipicio con los Uay Peek a su espalda para evitar que cayeran o escaparan. El cenote tenía en sus paredes de piedra inscripciones que lo designaban como lugar sagrado, la puerta al inframundo. Las nubes remolinearon naranjas y doradas, dieron paso al color lila y poco a poco la oscuridad se fue imponiendo en el firmamento, con un último destello de rojo sobre una nube rezagada. Los Uay sacaron los cuchillos y cortaron las palmas de los jóvenes. Los obligaron a extender los brazos y decenas de hilos carmesíes corrieron desde sus manos hasta las temples y oscuras aguas en el suelo, conectando de esta forma al mundo de los vivos con el de los muertos.

Una colonia de murciélagos voló en círculos sobre la cabeza de los presentes, chirriando y aleteando frenéticos. Muchos de los jóvenes dispuestos para el sacrificio quisieron correr del espanto, pero los Uay Peek no lo permitieron. Todavía en su forma humana y con el cuchillo en la mano, los obligaron a permanecer ahí, quietos, en espera de que los terrores que dormían abajo acudieran al llamado que habían hecho. Los murciélagos se alejaron y se perdieron en la distancia. La luz de la luna llena brilló sobre la selva, bañando todas las cosas con destellos azules y plateados. De la profunda cueva subacuática frente a sus pies

brotó un murmullo y el jadeo alienado de muchas creaturas, solo entonces comenzaron a moverse, alejándose del borde, de regreso a la maleza y a los árboles altos. Al principio caminaron lento por órdenes de los Uay, pero cuando escucharon los alaridos a sus espaldas apresuraron el paso y empezaron a correr despavoridos. El primero en perder la vida fue un Uay Peek. El pobre se quedó atrás y no tuvo oportunidad, los Nocturnos salieron mucho más rápido de lo que esperaban, excitados por la sangre que habían probado en el agua. No le dio tiempo al Uay de transformarse en bestia y fue alcanzado por las uñas y los colmillos de media docena de Nocturnos hambrientos.

Canek lo veía todo desde la copa de un árbol, oculto entre ramas y lianas al igual que muchos otros Uay, esperando la indicación de los líderes para entrar en batalla. Los refugiados, ofrecidos como tributo, atravesaban la selva con la sangre escurriendo de sus manos, dejando un rastro en la tierra y en las ramas o follaje para que los Nocturnos sigan el mismo camino. Hubo jóvenes humanos y Uay peek que no pudieron escapar y se quedaron atrás, pero la mayor parte logró llegar al claro que durante muchos días fueron preparando los Uay Ch'iich y donde se encontraban alrededor de dos mil hombres y mujeres puestos como sacrificio para las creaturas. De último momento y a pesar de las protestas de los Uay Ch'iich, los Balam y Peek decidieron proporcionarles lanzas, para que al menos tuvieran una oportunidad de defenderse. Las primeras decenas de Nocturnos llegaron dando saltos y cayeron sobre los hombres poco entrenados, arañando y mordiendo, abriendo heridas en su piel, esparciendo el dulce aroma de la sangre como el polen de las flores bajo el aleteo de los colibríes.

Las puntas de obsidiana poco daño les hacían a los Nocturnos y el pánico se apoderó de los humanos. Corrieron

desesperados, tratando de ocultarse entre los árboles, pero una fila de Uay Balam, ya en su forma felina, les cortó el paso. Canek buscó a los Uay ocultos en las ramas, exigiendo se interviniera al instante para detener la carnicería, pero su petición fue negada, el objetivo era hacer salir a Camazotz y todavía no se le podía ver por ningún lado. Una segunda oleada de Nocturnos se movió entre los árboles. Los líderes de los Uay y los principales guerreros se asombraron al ver la cantidad tan grande de criaturas que salían del cenote escalando por las paredes como hormigas alborotadas. Sobrepasaban el millar y continuaban emergiendo por centenares. A Canek poco le importó lo que tuvieran que decir las otras tribus, aulló con toda su fuerza, revelando su posición, llamó la atención de los Nocturnos hacia su escondite con tal de darnos la señal para que acudiéramos con él.

Me hincué tocando el suelo con una rodilla y me llevé el puño al corazón. Agaché la cabeza, cerré los ojos y me concentré. Repetí el conjuro en la lengua de los Uay tal como Canek me lo había enseñado.

*Sean los dioses conmigo su siervo leal.  
Estas carnes que reclamarán tus fauces  
de tu fuerza se sirvan, madre  
tierra y mi voluntad te encamine a la  
luz más allá del sendero de huesos.  
Mi sangre enjuague tu rostro y no  
permita a la oscuridad imponerse.*

Mi corazón se aceleró de golpe y mi cuerpo se tensó. Era la tercera vez que me convertía en Uay Peek y el dolor que recorrió cada músculo y cada hueso de mi cuerpo fue igual o más

intenso que las veces anteriores. La piel me dolía y se estiraba, la arranqué sin pensarlo y la comí apenas se apaciguó mi dolor para saciar el hambre desmedida que sentía. Mi cuerpo se cubrió de pelaje marrón amarillento con pequeñas áreas grises alrededor de los ojos y en la mandíbula, como pude constatar la primera vez que vi mi reflejo en el agua. Mi vista se agudizó, aunque decían que no se comparaba con los ojos de los Balam o los Ch'iich, en las noches podía ver mucho mejor de lo que nunca había pude en el día con mis ojos humanos. Lo más extraño y a lo que me costaba trabajo acostumbrarme, fue percibir una infinidad de aromas que me llamaba y daba pistas de lo que ocurría alrededor. Volví a escuchar el aullido de Canek convocándonos a la batalla. Respondí con otro aullido y asimismo hicieron mis compañeros que habían concluido el proceso de transformación.

Cuando el líder de los Uay Peek cortó mi muñeca no estaba seguro de lo que ocurría. La cabeza del líder se transformó en la de un enorme perro de abundante pelaje negro y largo, babeó y carraspeó, mordió su muñeca derecha y unió su herida con la mía, apretando mi antebrazo para que yo no pudiera retirarme. La cortada ardió como si tuviera la carne sobre una hoguera y el dolor fue subiendo por mi brazo hasta mi pecho. Canek me inmovilizó por detrás.

—Sé valiente, como lo has sido hasta ahora. Esto te va a doler, lo vas a sufrir, pero dentro de poco te levantarás como uno de nosotros.

El Uay Peek me tomó de la cabeza con su otra mano y pegó su frente a la mía. Profirió unas palabras en voz baja en su lengua y caí desmayado. Estuve postrado y con fiebres por dos días, tras lo cual desperté sintiéndome mejor que nunca.

Estaba lleno de energía, pero el hambre no cesaba sin importar cuánto comiera. Además de mí, se eligieron a otros doscientos refugiados para otorgarles la sangre y el don de los Uay Peek por parte de Canek o algún otro guerrero o maestro, solo a mí e Iktan nos fue entregado por parte del líder. Por desgracia Iktan no sobrevivió a las fiebres, lo enterramos en un prado repleto de sak nikte a un lado del camino una tarde de cielo gris. Esa misma noche Sak Peek, el dios de los Uay, caminó entre nosotros como un lobo enorme. Canek me dijo que era la primera vez en muchos siglos que se presentaba ante los mortales y hablaba con ellos. Nos contó la verdad. La guerra con los Nocturnos continuaba, pero teníamos frente a nosotros una oportunidad única para terminar con ella. Nos explicó el enorme sacrificio que se requería y lo que debíamos hacer.





Cuando todos nos hubimos transformado en nuestra forma animal, guie a mis nuevos hermanos hasta donde estaban los valientes que se habían puesto en el lugar del tributo. Por ser el único que completó el entrenamiento y el que más había convivido con los Uay, Sak Peek me pidió que liderara a los nuevos. Canek y la tribu luchaban al lado de los aldeanos contra los Nocturnos. Los Uay Balam y los Uay Ch'iich consideraban que debía derramarse más sangre para atraer a Camazotz, los Uay Peek no estábamos de acuerdo. Nuestro objetivo era librar a las personas del peligro, defenderlos de los Nocturnos y llevarlos a una zona segura que establecimos previamente. donde esperaba el resto de la caravana al abrigo del fuego con antorchas y fogatas.

Los Uay Balam no nos esperaban, lucían muy confundidos. Nuestra presencia en la batalla violaba los acuerdos y principios de los Uay, nos explicó Sak Peek días atrás. Saltamos por encima de ellos y fuimos directo a donde los aldeanos luchaban contra las creaturas. Canek guio a un grupo de Peek a interponerse entre nosotros y la segunda oleada de Nocturnos. Arruinado el plan de los Uay Ch'iich y Uay Balam, no tuvieron otra opción que salir de sus escondites e integrarse a la pelea.

Eran demasiados Nocturnos. Al calor de la batalla no sé cuántos maté. Vi los rostros de hombres, mujeres, viejos y niños hinchados de furia, sus enormes ojos negros, las bocas bien abiertas manchadas de sangre y los cuerpos mugrosos y desnudos la mayor parte de las veces, sus movimientos erráticos llenos de coraje y desesperación. Desde que descubrí a los Uay soñé con vengar a mi familia y aniquilar a los Nocturnos. Ahora que al fin podía hacerlo, sentía un gran pesar al arrebatarles la vida. Se golpeaban ellos mismos en desesperación, gritaban y gemían como animales asustados, pero desde que encontré a Yatzil, *desde que Yatzil me encontró...* me era imposible ignorar sus rasgos humanos.

Intenté por piedad acabar con cada Nocturno lo más rápido posible. Un zarpazo o mordida en el lugar preciso era lo ideal para liberarlos pronto de su miseria. Les abrimos paso a los aldeanos y un grupo de Peek los guiaron para que escaparan. Mantuve mi posición al frente, luchando mano a mano y usando mis flechas cuando alguno de los Nocturnos lograba atravesarnos e ir detrás de los refugiados. Durante mi forma animal, mi habilidad con el arco se incrementaba, podía hacer tiros más precisos y potentes con los que salvé la vida de varios compañeros refugiados en su huida, atravesando el cuello de los Nocturnos en el punto exacto donde la flecha podía hacerles daño.

De un momento a otro los Nocturnos dejaron de pelear, se echaron todos de cara al suelo y cubrieron sus cabezas con las manos, temerosos. Una sombra se arremolinó sobre el campo de batalla. Un murciélago enorme atravesó el cielo y atrajo la vista de todos. Aterrizó sobre la rama gruesa de un árbol colgándose de cabeza y extendió las alas. Observé el tipo de creatura que

era Camazotz y reviví todos los temores que había sentido desde niño, cuando chichí me contaba historias horripilantes de seres que habitaban en el bosque y devoraban a los viajeros incautos o castigaban a los hombres impuros, sentí el miedo de ver a mi familia atacada por los Nocturnos y escuché sus gritos en mi cabeza una vez más. Mis hermanos Peek comenzaron a gemir. Supe que sentían lo mismo que yo, era como si esos ojos amarillos pudieran ver dentro de cada uno de nosotros al mismo tiempo y extraer de nuestro interior lo que más nos hacía sufrir.

—¡No lo vean! ¡No lo vean a los ojos! —les grité— ¡Evacúen a la gente, concéntrense en la misión!

Camazotz se burló.

Sentí el aroma de la tierra removiéndose y escuché los gemidos de los Nocturnos abriéndose paso hacia la superficie. Estábamos rodeados por cientos de nidos que ocultaban otra parte de las huestes de Camazotz, fuera del círculo que los Uay Ch'iich y Uay Balam habían trazado para sorprenderlos. En ese momento escapaban de sus refugios subterráneos, y se acercaban hacia nosotros de todas direcciones. Los Nocturnos que teníamos cerca, dentro del claro, chillaron y reanudaron sus ataques.

El chillido del dios águila Chak Ch'iich retumbó en el aire y el bólico emplumado cruzó el cielo como rayo, con esquirlas de oro y rubí. Camazotz batió las alas y alzó el vuelo, pero la enorme ave lo interceptó. Lucharon unos momentos en el aire y se perdieron al otro lado de los árboles mientras caían. Ek Balam y Sak Peek aparecieron detrás de nosotros rugiendo y corrieron detrás de ellos.

Yo no era el único Uay que utilizaba armas, las flechas llovían en todas direcciones desde los arcos de los Uay Ch'iich. A los Uay Balam les encantaba usar el hacha. Un Balam a mi

lado se enfrentó a dos creaturas al mismo tiempo y una lanza le atravesó el cuello. Un Nocturno saltó sobre él y tomó la lanza con una mano, hizo presión con el pie y sacó la punta desgarrando la carne. El Balam, ahogándose con su propia sangre, extendió su brazo buscando mi ayuda y la lanza le atravesó el cráneo entrando por un ojo.

—Ven aquí, perrito, perrito... —me dijo el Nocturno que lo mató—, ¿quieres la vara, la quieres? ¡Voy a atravesar tu asqueroso cuello!

Me arrojé la lanza y apenas pude esquivarla. Le disparé una flecha y la desvió de un manotazo al piso antes de que tocara su pecho. Gruñó enojado y ambos pares de colmillos sobresalieron de su apestoso hocico ensangrentado.

—Son unos tontos si creen que no los esperábamos. Tu sangre es bastante pura, casi puedo saborearla —dijo el Nocturno relamiéndose los labios.

Un Uay Peek de cara chata, pelaje oscuro y mechones largos en la frente se le echó encima.

Era Canek.

—¡Vete Akbal, llévatelos lejos! —ordenó Canek luchando contra el Nocturno en el suelo.

Obedecí. Con mis hermanos Peek a mi cargo le abrimos paso a los sobrevivientes del tributo y nos adentramos en la selva, corriendo entre los troncos gruesos de los árboles. Ordené a mis hermanos defender los flancos, yo decidí quedarme en la retaguardia. Perdimos a varios en la huida, hombres y Uay por igual, pero logramos alejarnos del caos de la batalla y ocupamos de los pocos Nocturnos que nos siguieron. La mayor parte de las creaturas estaba centrada en unirse a la lucha suscitada cerca del cenote.

Los humanos se veían muy cansados pero el miedo los obligaba a continuar avanzando.

Cuando pusimos suficiente distancia y dejamos de escuchar la pelea aminoramos el paso.

—Nadie más se queda atrás —les dije—. Lo peor ya ha pasado, casi llegamos.

Sentí el olor de la leña quemándose y después de una hora o poco más vimos los fuegos donde nos esperaba el resto de la caravana de exiliados. Los hombres que cuidábamos corrieron para reunirse con sus familias. Las mujeres con ojos vidriosos buscaban a sus esposos o familiares entre los cuatrocientos hombres que regresaron con vida. Un hermano Peek me apartó y señaló el camino que habíamos dejado con el rastro de sangre.

—Asegúrate de que las heridas sean tratadas lo antes posible, quemen las ropas que estén manchadas y enciendan más fuegos. El doble por lo menos. Ningún humano sale del círculo de fogatas. Nosotros nos quedaremos afuera vigilando.

Se hizo como ordené y pasaron las horas sin que supiéramos nada de nuestros compañeros Peek o de las otras dos tribus. Todos cooperábamos para alimentar las fogatas y la noche transcurrió tranquila sin que bajáramos la guardia. Nunca imaginé que pudieran existir tantos Nocturnos y en un solo lugar. No dejaba de pensar en el Nocturno que me habló y si Canek habría salido con bien. Me preguntaba qué otras cosas nos estaban ocultando los Uay.

Mis orejas reaccionaron a un movimiento irregular en el bosque, tomé una flecha y le enredé un trapo con cera, le prendí fuego y la disparé al lugar de donde provenían los ruidos. El calor y la luz del proyectil hizo correr espantados a tres Nocturnos. Aullé para advertir a mis compañeros y les señalé por donde se habían ido. De inmediato fueron tras ellos. Uno más

había subido a un árbol. Busqué su esencia valiéndome de mi olfato y percibí algo familiar. La encontré sobre una rama alta, mirándome fijamente con las luces de las fogatas reflejándose en sus ojos negros y en los aretes de jade que colgaban de sus orejas.



Yatzil bajó lentamente por el tronco y de un salto cayó en la tierra frente a mí. Avanzó como un animal apoyada en sus cuatro extremidades y extendió su mano hacia mi rostro. Estiré mi mano y quise tomar la suya. Gruñó y se me arrojó encima arañándome la cara, me hizo sangrar de un ojo y con dificultad logré quitármela de encima. La empujé y me hice hacia atrás, apenas pude esquivarla cuando se lanzó de nuevo contra mí.

—¡Yatzil! Si estás ahí, mírame, soy yo —mi voz carraspeaba, era casi como un gruñido. Intenté suavizarla—. Recuerdame, por favor.

Yatzil pareció entender por unos momentos, abrió la boca y mostró sus colmillos afilados, extendió las manos y se abalanzó hacia mí una tercera vez. La tomé de los brazos con mis garras y la arrojé al suelo, me subí en ella y la inmovilicé. Yatzil pataleó, gruñó y dio un fuerte alarido. Escuché los aullidos de mis hermanos llamándome y acercándose.

—¡Akbal! Nos encargamos de los tres Nocturnos. ¿Akbal, dónde estás?

Asustado por el repentino llamado, dejé ir a Yatzil por unos instantes, quien se levantó de un saltó. La sujeté por detrás, la abracé presionando su espalda con mi pecho. Traté de alejarme con ella tan rápido como pude. Pataleó, mordió mis

dedos y arañó mi cara, me cegó de un ojo a causa de toda la sangre que escurría por mi rostro, pero no la solté. Avanzamos bastante, lejos de las fogatas y mis hermanos Peek, lejos del cenote donde se dio la batalla. A ratos parecía que lograría liberarse, pero de nuevo volvió a atraparla. Caminé con ella a mis espaldas, llevándola en rastras o sujetándola frente a mí, más de una hora, soportando sus arrebatos, golpes y quejidos. Le hablé al oído con mi nueva voz, tratando de conectar con ella.

—Yatzil, por favor vuelve. Te amo, te necesito...

Por un momento se tranquilizó y emitió una serie de sonidos suaves. Me atreví a soltarla y permaneció de pie frente a mí. Se veía cansada, confundida.

—Háblame, dime que me reconoces. ¿Recuerdas este collar que hice para ti? Lo dejaste aquí porque pensabas en mí, quería que te encontrara, ¿no es cierto?, ¿recuerdas este sitio? Dejaste el collar justo aquí.

Me acuclillé y señalé el sitio exacto donde lo había encontrado. Yatzil abrió mucho los ojos y tocó el collar que colgaba en mi pecho con la punta de sus dedos, su expresión fue de coraje y en seguida comenzó a gritar desesperada. Empezó a golpearme y arañarme. Hice un gran esfuerzo para someterla. Me eché sobre las rocas con ella en mis brazos. La sujeté con piernas y manos mientras se retorció para escapar. Continué hablándole sin obtener respuesta de ella, las palabras desaparecían en el aire sin poder alcanzar su corazón. Sabía lo que tenía que hacer, pero no me atreví en ese momento.

El cielo empezó a clarear. Yatzil asustada renovó sus fuerzas y clavó sus garras en mi carne. Sus gemidos parecían una súplica. Los primeros rayos del sol tocaron la pendiente donde nos encontrábamos y una brisa cálida tocó nuestra piel. Mi cuerpo ardió al contacto con la luz del sol. Me estaba quemando vivo.

El pelo que cubría mi cuerpo se deshizo en nubecillas de vapor. Yatzil buscó desesperada esconder su rostro del sol contra mi pecho. La apreté con todas mis fuerzas contemplando el amanecer con mis ojos humanos. Por un instante percibí su calma y sentí sus manos acariciarme. Sin despegar los ojos del cielo froté su cabello una última vez hasta que mis dedos se hundieron en cenizas. Después de unos minutos recogí los aretes de jade, los colgué en mi oreja izquierda, y empecé el camino de vuelta para reencontrarme con los míos.

Muchos hermanos Uay perecieron en la batalla y no solo los guerreros se mostraron heridos y derrotados, los dioses también cargaron con heridas en su piel. Los tres habían luchado contra Camazotz y los Uukum Soots que lo resguardaban. Se dijo que habían acabado con la mayor parte de sus guardianes, pero no así con el dios. Una vez más, Camazotz logró escapar. Se cree que continuó viajando al norte por la estela de humo que dejó tras él cuando el sol obligó a todos a ponerle un fin a la lucha. De acuerdo a los testimonios de los guerreros Uay, muchos de los Nocturnos corrieron a esconderse bajo tierra, entre los cenotes sagrados de la región. El número de Nocturnos sobrevivientes es desconocido, pero sabemos que son guiados por los Uukum' Soots que lograron escapar y que continúan aumentando sus fuerzas. El ataque a la ciudad de Kabah fue brutal, con miles de muertos y cientos de desaparecidos. Entendimos que no podíamos rendirnos. No hay descanso en esta guerra.

La última noche que nos reunimos las tres tribus, los Uay Peek sobrepasaban por mucho a las otras dos. La congoja era palpable y cada palabra pronunciada iba cargada con notas tristes y desoladoras. Chak Ch'iich y Ek Balam llevaron sus tribus hacia el noroeste para solicitar ayuda en el lejano reino de Teotihuacán y recobrar fuerzas. Sak Peek pagó el precio

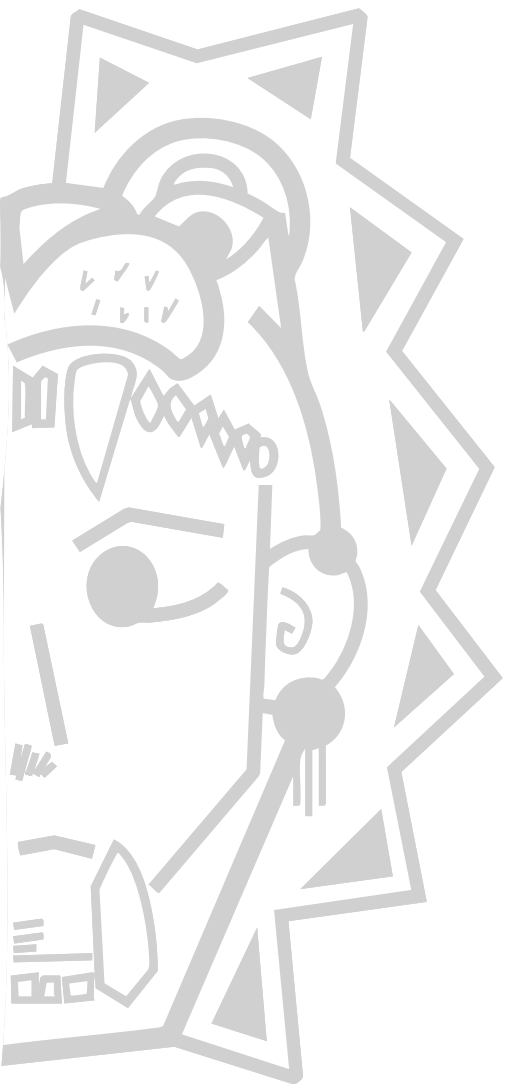
por romper el pacto con sus hermanos y a nuestra tribu se le prohibió marchar con las otras dos. Desde ese momento y en adelante, lucharíamos por nuestra cuenta. Kinich llevaba tatuadas las plumas en los hombros y caminaba entre las filas de los Uay Ch'iich. Estoy seguro de que me vio. Ni él ni yo, intentamos hablar con el otro. Fue la última vez que supe algo de él.

Un pequeño grupo de Uay Peek viaja al sur para tratar de localizar a los Uay renegados de Zotz. Algunos esperan que el reino de los teotihuacanos nos brinde ayuda una vez que hagan contacto con los dioses y de esa manera restaurar nuestras ciudades. Yo me quedé junto a la mayor parte los Uay Peek en las tierras del maayab para proteger a los humanos y garantizar la supervivencia de nuestro pueblo, protegiéndolos cada noche del inevitable regreso de los Nocturnos.



## Índice

AKBAL		11
●		17
● ●		25
● ● ●		35
● ● ● ●		43
INTERLUDIO I ZOTZ		53
■		61
● ■		73
● ● ■		79
● ● ● ■		87



INTERLUDIO II  
XIBALBÁ

| 95



| 107



| 125



| 137



| 145

INTERLUDIO III  
EL CONCILIO DE  
LOS DIOS

| 151



| 161



| 171



| 177



| 183





*Akbal*

Édgar A. Rivera

*Akbal* se terminó de imprimir en diciembre  
del 2025 en los talleres de Litográfica

Ingramex, S.A. de C.V.,

Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.

En este libro se utilizó tipografía de  
la familia Minion Pro.

Se imprimió en papel cultural.



